

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIV - Núms. 791-792
Mayo-Junio 1997

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

Crónica del homenaje. José M^a Romero

«**Celebramos y actualizamos el misterio del amor redentor del Corazón de Jesús.** Pedro Suñer, S.I.

«**Instrumento adecuado de continuidad para un elevado magisterio.**» Francisco de Gomis Casas

«**Sus nombres están escritos en su Corazón.**» Gerardo Manresa Presas

«**El Sr. Canals nos dio a conocer el Concilio Vaticano II.**» José M^a Artola

«**Eran sus lecciones como brisa suave, como lluvia torrencial, como tormenta...**» Antonio Prevosti Monclús

«**Los que hemos encontrado en el Padre Orlandis un guía seguro siempre estaremos en deuda con usted.**» Jorge Soley

«**Hizo de la función pública un lugar adecuado para el servicio a todos los hombres en la verdad.**» Jordi Sales Coderch

«**No sólo nos ha estimulado y ayudado a pensar por propia cuenta, con seriedad y sin ligereza, sino también a orientar y ordenar la propia vida.**» Eudaldo Forment

«**Canals es ante todo un teólogo.**» Abelardo Lobato, O.P.

«**Canals Vidal extiende su mirada de historiador a todas las cosas, divinas y humanas.**» Juan Bms. Vallet de Goytisolo

«**¡Gràcies, Cors de Jesús i Maria!**» Pere Basil Sanmartí

«**Ultra quam speraverint.**» Francisco Canals Vidal

«**Nosaltres avui donem gràcies a Déu, li agraïm al professor Canals que hagi col·laborat tan eficaçment amb l'Esperit Sant segons el do que li ha donat per al servei de tots.**» Monseñor Pere Tena

Adhesiones al homenaje

Perfil biográfico

Entrevista en «Catalunya Cristiana»

El culto al Corazón de Jesús ante la problemática humana de hoy. Francisco Canals Vidal

HOMENAJE A FRANCISCO CANALS VIDAL

Como saben muchos de nuestros lectores, el pasado 10 de mayo tuvo lugar en Barcelona un acto de homenaje al profesor Francisco Canals Vidal con motivo de su setenta y cinco aniversario. Aprovechar una circunstancia personal, como puede ser un cumpleaños significativo, para rendir homenaje a una vida o a una labor es siempre un acto legítimo; pero en este caso hay que añadir, inmediatamente, justificado y merecido.

El profesor Canals no necesita presentación en estas páginas: no la necesita porque en los últimos dos años ha asumido la dirección de la Revista; pero, sobre todo, porque desde 1945 su firma ha estado presente en más de doscientas ocasiones, que sumadas a los numerosos editoriales que le hemos visto escribir pero que por tener carácter institucional eran formalmente anónimos, le convierten en el colaborador más prolífico y en el más profundo; y aun para quienes no son lectores de CRISTIANDAD tampoco necesita Canals presentación: pueden hablar de él los miles de alumnos de sus clases de filosofía en el Instituto y en la Universidad, o de teología en Balmesiana, los oyentes de sus conferencias, los lectores de sus comunicaciones más científicas y de sus artículos periodísticos más coyunturales...

Si los organizadores pensaban que los méritos y la labor inconmensurable del doctor Canals —en los campos de la teología, de la filosofía, de la historia— justificaban sobradamente el homenaje, él, en cambio, lo aceptó como un acto de reafirmación de aquellos ideales por los cuales ha trabajado toda su vida. Las palabras que pronunció en la sesión académica celebrada por la tarde en Balmesiana y que reproducimos en su integridad ponen de manifiesto estos ideales; y las reiteradas alusiones que durante todo el día se oyeron al Padre Orlandis y a los «antiguos» de Schola Cordis Iesu hacen que podamos mirarlo y recordarlo como un hito de recapitulación y de nuevo impulso en la tarea de propagar el Reinado de Cristo en la tierra, en la que Schola Cordis Iesu y CRISTIANDAD están comprometidas desde su nacimiento por inspiración del Padre Orlandis. Este fue el espíritu del merecidísimo homenaje al doctor Canals, esta fue la causa de que él lo aceptara y esta es la razón por la que CRISTIANDAD le dedica ahora este número de forma monográfica.

J.M.M.G.



RICARD MARIA CARDENAL CARLES I GORDÓ
CARDENAL ARQUEBISBE DE BARCELONA

Barcelona, 22/04/1997

Dr. Francesc Canals i Vidal
Schola Cordis Iesu
c. Duran i Bas, 9, 2º
08002 BARCELONA

Estimat Dr. Canals,

Assabentat de l'homenatge que li oferiran el proper dia 10 de maig, i en la impossibilitat d'assistir-hi degut a compromisos inajornables, desitjo fer-li arribar una carta de felicitació i d'agraïment per tot el que ha fet i fa al servei de la cultura cristiana.

En arribar al cim dels 75 anys, segur que recordarà el llarg camí recorregut, sobretot de la mà de qui fou el seu estimat mestre, el P. Ramon Orlandis, S.I. Vostè ha fet una gran tasca en el magisteri com a professor de Filosofia -concretament de Metafísica- a la Universitat de Barcelona i, després de la seva jubilació, hi ha persones que donen continuïtat al seu magisteri i al seu treball intel·lectual.

Un especial reconeixement mereix el seu esforç per impulsar un millor coneixement del més genuí pensament tomista, a través sobretot de la Societat Internacional Sant Tomàs d'Aquino. Per aquesta tasca tan exemplar i valuosa, ha rebut justos reconeixement de part de l'Església.

Finalment, voldria encara fer esment dels seus estudis de Teologia i de la seva tesi doctoral en aquesta matèria sobre la figura de Sant Josep i la seva relació amb l'Església, així com els seus nombrosos escrits a la revista «Cristiandad».

M'uneixo a les felicitacions que rebrà amb motiu del proper homenatge. I demano a Déu que l'ajudi en la realització de les tasques que pugui fer actualment i li concedeixi molts anys de vida.

El beneeixi i el saluda amb tot afecte en el Senyor,

+ Ricard M. Cardenal Carles,
Arquebisbe de Barcelona.

CRÓNICA DEL HOMENAJE

El pasado día 10 de mayo tuvo lugar un homenaje al Dr. Francisco Canals Vidal, director de esta Revista, alma de la asociación Schola Cordis Iesu, y catedrático emérito de Metafísica de la Universidad de Barcelona, con motivo de su setenta y cinco aniversario. El homenaje fue promovido por Schola Cordis Iesu y reunió, en los distintos actos, a más de cuatrocientas personas, amigos y discípulos del conocido profesor. El profesor Canals, que culminó sus estudios de Filosofía con premio extraordinario de Licenciatura y de Doctorado, posee además los doctorados en Derecho y Teología. Para sintetizar la tarea intelectual del profesor Canals diremos que es autor de catorce libros y más de trescientos artículos de revista —sin contar muchas colaboraciones en diversos periódicos— en campos que cubren su interés, que no sólo es el de la filosofía sino también, y con igual intensidad, la teología y el análisis socioopolítico, impregnado siempre de un análisis histórico, que es característico de todos sus estudios.

El primer acto programado, la santa misa, fue celebrada en la Capilla de Balmesiana —institución con la que Canals colabora muy asiduamente—, y resultó insuficiente para albergar a los asistentes, por lo que hubieron de habilitarse varios bancos del contiguo salón de actos desde los que podía seguirse, con dificultad, la santa misa. Fue presidida por el Director de Fundación Balmesiana, P. Pedro Suñer, S.I., y concelebraron: Mn. José M^a Alsina, P. Josep M^a Blanquet, S.F., P. Isidro Burunat, S.I., P. Nicolás Echave, SDB, Mn. Àngel Fàbrega, Mn. Josep Lluís Fernández, Elías Ferreres, Sch. P., P. Jordán Gallego, O.P., P. Lorenzo Galmés, O.P., P. Jordi Gil, O.C., P. Abelardo Lobato, O.P., Mn. Ignasi Manresa, Mn. Francesc Muñoz, P. José O'Callaghan, S.I., P. José M^a París, S.I., Mn. Antonio Pérez-Mosso, P. Antonio Queralt, S.I., P. Valentí Serra, of.cap., Mn. Josep Vives. Actuó la coral de Schola Cordis Iesu. En la homilía el P. Suñer resaltó el itinerario espiritual de Canals, desde la perspectiva del mensaje de determinados santos y hombres de Iglesia que tuvieron decisiva influencia en su vida, desde santo Tomás hasta el jesuita P. Enrique Ramière, propagador de la devoción al Corazón de Jesús en el siglo pasado, hasta llegar al propio P. Ramón Orlandis, maestro de espíritu y de formación intelectual del profesor Canals. En este itinerario espiritual están presentes —dijo el P. Suñer— Santa Margarita M^a de Alacoque y san Luis M^a Grignon de Monfort. Especial hincapié hizo en las afinidades de estas devociones esenciales, la Virgen María, el Corazón de Jesús

y la espiritualidad de santa Teresita del Niño Jesús, que tanto conforman la vida espiritual de Canals, con las que expresan el ideal de los fundadores de la institución Balmesiana y que quedaron plasmadas en la preciosa iconografía de su capilla.

Al mediodía tuvo lugar un almuerzo de hermandad en un hotel barcelonés, con más de doscientos cincuenta comensales, de los que destacamos al Dr. Salvador Claramunt, presidente de la División de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de Barcelona, el decano honorario de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Dr. Francesc Gomà, compañero de cátedra de Canals, así como otros catedráticos y profesores en activo. Había, sobre todo, una nutrida presencia de matrimonios y jóvenes de Schola Cordis Iesu, así como familiares y amigos de Canals. A los postres se ofrecieron algunos regalos significativos del cariño que se le profesa a él y a su esposa Isabel, sin la que —y no es un tópico— Francisco Canals no habría podido realizar su formidable tarea, por el cariño con que le acompaña siempre.

Se dio sucinta cuenta de las más de sesenta adhesiones recibidas de alumnos, profesores y personalidades eclesíásticas, de las que merecen destacarse la del Nuncio de S.S., las del arzobispo de Madrid, el obispo de Toledo, el obispo de Palencia, el obispo de Osma-Soria, y las de los obispos auxiliares de Barcelona Mons. Jaume Traserria y Mons. Joan Enric Vives, que fue también alumno de Canals en el prestigioso y ya centenario Instituto de Bachillerato «Jaume Balmes». Se leyó íntegramente la felicitación del Sr. Cardenal de Barcelona Ricard M^a Carles, que ponderaba, en particular, la profundización que Canals ha hecho en el campo del tomismo.

Tomaron la palabra distintos invitados para destacar otros tantos rasgos de nuestro querido profesor y amigo. Como representante de los más antiguos, Francisco de Gomis recordó en primer lugar al Padre Orlandis, y confesó lo mucho que para él tuvo la pasada contienda de defensa de la cristiandad. Como Presidente de Schola Cordis Iesu, Gerardo Manresa agradeció con sus palabras los muchos bienes que ésta había recibido de Francisco Canals y manifestó su deseo de que así fuera todavía por muchos años. Antonio Pérez-Mosso, uno de los ingenieros vascos que había acudido a Barcelona en los años sesenta a escuchar a nuestro profesor y que aquí concretó su vocación al sacerdocio, destacó su papel director y orientador de vidas y de vocaciones. En el mismo sentido, José M^a Artola recordó el mensaje «id y lo



La capilla de Balmesiana momentos antes de iniciarse la Santa Misa. En primer término, el matrimonio Canals-Surís y el P. Suñer, S.I.

veréis» que junto con otros compañeros recogieron del anterior, y que dio lugar a una nueva sección de Schola Cordis Iesu en el País Vasco.

Testigo de su labor en el aula, Antonio Prevosti destacó como antiguo alumno la labor concienzuda, rigurosa y sólida del profesor universitario y maestro de pensamiento que ha sabido ser también Francisco Canals. En el mismo sentido se pronunciaba Salvador Claramunt, Presidente de la División de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de Barcelona, recordando sus años de alumno de Francisco Canals en el Instituto «Jaume Balmes», del que Canals fue catedrático de Filosofía durante nueve años y del que —según explicó Canals— guarda tan buenos recuerdos por ser una institución pública y, sin embargo, muy entrañable y agradecida con su cuerpo docente. La generación joven de Schola testimoniaba con palabras de Jorge Soley su agradecimiento por el ejemplo que el Dr. Canals ha sabido dar con su constante dedicación a la labor apostólica.

Y como no puede haber ningún gran hombre que no tenga junto a él a una gran mujer, las palabras que siguieron quisieron ser también un merecidísimo homenaje a su esposa, Isabel Surís de Canals. En nombre de todas las esposas y madres de Schola, la señora Blanca Echave leyó el poema que la señora Enriqueta Gralla de Petit había compuesto destacando la paz que emana de su siempre abierta y acogedora sonrisa. No menos elocuente a este respecto se mostró Enrique Calicó, sobrino del matrimonio Canals-Surís, al poner de relieve esa en-

trega maternal y el acrisolado amor de los esposos en momentos muy significativos de su vida familiar. En su sentido parlamento, refiriéndose a la señora de Canals dijo: «Cuando recientemente leí ese librito tan precioso que nos ha dejado nuestro querido señor cardenal Dr. Narcís Jubany *María en la vida familiar*, a medida que iba avanzando en su lectura y viendo cómo el Dr. Jubany nos describe a la Santísima Virgen y nos la va poniendo por ejemplo, me pasaban por la cabeza aquellas personas que realmente van siguiendo por ese camino de sencillez, obediencia y amor». Y concretó más, hablando del corazón de la señora de Canals: «Un corazón en el que no caben ni la vanidad ni el orgullo ni la ambición ni el querer ser protagonista ni estar en primera fila ni envidiar a nadie; un corazón siempre al servicio de los demás, de amor verdadero, de buscar el bien ajeno sin pedir nada a cambio».

Finalmente, una de las asistentes más jóvenes, Immaculada Petit, leyó con aplomo los versos que Costa y Llobera escribió en su *Pi de Formentor*, agitado por el vendaval sobre el mar. Fue como el prólogo a las palabras con que el homenajeado cerraba esta parte tan emotiva del acto, al manifestar que el influjo del Padre Orlandis sobre él fue sólo comparable «a la resurrección de un muerto» y que sólo pudo llegar a ella por la humildad y la pobreza de espíritu, siguiendo el caminito de «las almas débiles y humilladas» de Santa Teresita. Es cierto que, según la parábola del Evangelio, el grano de trigo no da fruto si no muere, pero también es cierto que

un grano tan pequeño como el de mostaza llega a dar un árbol tan frondoso que hasta las aves anidan en sus ramas. He ahí la grandeza de la pequeñez evangélica que ha fructificado en Schola.

En el acto académico de la tarde, celebrado en el Salón de Actos de Balmesiana, y frente a más de trescientas personas, el Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona Dr. Jordi Sales glosó la tarea y figura del eminente catedrático mostrando su intensa dedicación a la Universidad y su contribución a la vida universitaria, como Director del Departamento de Metafísica y como Vicedecano, y, en especial, en la formación de tantos alumnos que guardan especial recuerdo de su apasionada y profunda tarea docente. A continuación, el actual catedrático de Metafísica Dr. Eudaldo Forment sintetizó puntualmente tres claves esenciales de su filosofía: el descubrimiento del carácter locutivo del entendimiento, el uso de la analogía como método filosófico, y el concepto de persona como perfección sustancial, culminación y fin último de toda la creación. Se refirió también a Canals como definitivo impulsor de la floreciente Escuela Tomista de Barcelona, cuyos orígenes se remontan al llorado Jaime Bofill.

Los trabajos teológicos del Dr. Canals fueron glosados por Abelardo Lobato, O.P., Maestro en teología, Rector de la Universidad de Lugano (Suiza) y Director internacional de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino —de la que el homenajeado es Vicepresidente—, afirmando que Canals era, ante todo, un teólogo cuyas preocupaciones esenciales, según revelan sus escritos, han sido la cristología como plena comprensión del misterio redentor, la relevancia fundamental de la gracia en la compleja relación de ésta con la naturaleza humana y el descubrimiento del papel singular del patriarca San José en la economía de la salvación y, desde allí, la creciente importancia de la devoción a la Sagrada Familia como maravillosa síntesis de lo divino y lo humano en el plan de salvación de Dios.

A continuación, el eminente jurista Dr. D. Juan B. Vallet de Goytisolo, Académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, así como de la de Jurisprudencia y Legislación, doctor honoris causa de la Universidad Autónoma de Barcelona, enjuició los trabajos históricos y políticos, que constituyen una faceta inseparable de la pasión intelectual del Dr. Canals, haciendo principalmente hincapié en sus trabajos sobre el papel de Cataluña en la época moderna y, en particular,

durante el siglo XVIII con incidencia especial en torno a los sucesos que llevaron al once de septiembre de 1714 —de los que Canals es un experto, como muestra su prólogo a la edición, hasta ahora inédita, de las «Narraciones históricas» de Castellví— y la prolongación de esta actitud tradicional en las confrontaciones del siglo XIX, en una línea que asemeja a Canals con la visión de Torras i Bages.

Para finalizar, Pere Basil, Presidente de la «Fundació Ramon Orlandis i Despuig» y Presidente honorario de Schola Cordis Iesu, cerró el turno de oradores con emotivas palabras, referidas a la devoción entrañable y eficaz al Corazón de Jesús, núcleo de la vida cristiana de Canals, y destacando la definitiva consolidación y fructificación de esta asociación laica de fieles, merced a la entregada e incansable tarea del homenajeado.

Contestó Canals, agradeciendo la asistencia a todos los presentes y todo cuanto se había dicho de él y a continuación mostró, con aquella sobriedad y fuerza que le caracterizan, el hilo conductor de la que ha sido su actividad en el campo del pensamiento católico, inserto en la afirmación de la necesidad de la presencia social de la Iglesia en el mundo contemporáneo y convencido, pese a modas aparentes, de la perenne actualidad de las líneas maestras del programa apostólico que, en tiempos del Padre Orlandis, podría verse reflejado en el Papa Pío XI y que, arrancando desde Pío IX, se prolonga indefectiblemente hasta Juan Pablo II.

Monseñor Pere Tena, Obispo auxiliar de Barcelona, en sus palabras de clausura, glosó la adecuación entre los trabajos intelectuales de Canals y el año de la Fe y de Jesucristo en el programa de la celebración de la Redención proclamado por Juan Pablo II, a las puertas del tercer milenio. Terminó felicitando, en nombre de la Iglesia de Barcelona, a Canals y agradeciéndole toda su abnegada y eficaz dedicación a la Iglesia. Los numerosos asistentes al homenaje recibieron la Miscelánea que recoge varios trabajos significativos de Canals, que son como una muestra de su dilatada tarea como escritor y para el que ha escrito un elogioso prólogo el que fuera unos años arzobispo de Barcelona, Cardenal Marcelo González. En definitiva, el acto puso de relieve la importante presencia de Canals en el campo intelectual católico y el homenaje constituyó el reconocimiento público de esta presencia, que se espera continúe todavía muchos años.

José M^a Romero Baró

«Celebramos y actualizamos el misterio del amor redentor del Corazón de Jesús»

Homilía pronunciada por el Padre Pedro Suñer, S.I., que presidía la misa concelebrada de acción de gracias.

La celebración de la Eucaristía es la celebración de nuestra redención. Sí, en ella reproducimos el misterio del amor de Dios hacia nosotros: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito» (Jn 3,16) y Éste —podemos decir cada uno— «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20). Esto es lo que conmemoramos y hacemos presente al celebrar la Eucaristía.

Hoy nos reunimos en torno al altar con el propósito particular de celebrar los 75 años de vida de nuestro hermano y amigo Francisco Canals. Y, al hacerlo, celebrando la Acción de Gracias de siempre, celebramos en especial estos 75 años de redención, de continuo derramarse este amor misericordioso del Padre, por Cristo sobre nuestro hermano Francisco.

Sea pues nuestro primer sentir una viva gratitud al Padre, fuente de todo bien, y a Jesucristo, sacramento primordial de esta obra de salvación.

En el evangelio hemos leído que, del corazón abierto de Jesucristo en la cruz, brotó sangre y agua; en este hecho los santos Padres han visto siempre el signo del nacimiento de la Iglesia: de este corazón traspasado brotan los sacramentos que van realizando la salvación en cada uno de nosotros. Al celebrar pues ahora la eucaristía, celebramos y actualizamos este misterio del amor redentor del Corazón de Jesús y su eficaz comunicación a nosotros.

Y hoy, particularmente, conmemoramos la eficacia de este amor salvífico en los 75 años de vida cristiana de nuestro hermano Francisco Canals. Poco habría que celebrar de estos 75 años, si no estuvieran bañados por el agua y la sangre que brotan del Corazón de Jesús crucificado. Me place advertir que este misterio está iconográficamente expresado en este magnífico crucifijo que nos preside. No celebramos precisamente el nacimiento carnal, sino el del espíritu: el de uno que ha creído en el nombre del Señor y ha venido a ser hijo de Dios, «que no de la sangre ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios ha nacido» (cf Jn 1,12-13).

Esta verdadera vida la recibimos los hombres a través de la Iglesia: de sus sacramentos, de su oración, de sus ejemplos, de su doctrina. El misterio de la encarnación del Verbo lleva consigo la encarnación de su obra

salvífica en la historia, en la Iglesia. Esto nos invita a rastrear en esta historia y descubrir en ella momentos y personas que han encarnado especialmente esta obra de salvación; en concreto, las que parece han tenido una influencia clave en la formación cristiana de nuestro hermano. Rastreo, cierto, sumario e imperfecto. Sólo Dios conoce bien todos los movimientos del espíritu en su Iglesia y en cada uno de sus fieles. A nosotros sólo nos son cognoscibles algunos elementos más visibles y externos.

Ateniéndonos a ellos, y sin ánimo de ser exhaustivos, señalemos algunos de estos momentos, presididos por figuras insignes, que han influido de forma decisiva en Francisco Canals.

En primer lugar, mencionemos a Santo Tomás de Aquino, culminador de la escolástica del medioevo. En él Canals ha estructurado su pensamiento y su docencia, con la fecundidad que hoy todos admiramos y agradecemos. Hoy hablamos de una escuela tomista de Barcelona, porque Canals ha ejercido su magisterio intelectual sobre sus discípulos transmitiéndoles la sabiduría —sabiduría, que no sólo ciencia— del Aquinate.

En segundo lugar, nos encontramos, ya en el siglo xvi, con san Ignacio de Loyola. El propio Sr. Canals me comentaba hace poco que ha practicado veinte veces los Ejercicios de San Ignacio en retiro. Y él mismo los ha dirigido repetidas veces en su amplitud y seriedad a otras personas, entre ellas a jóvenes que se preparan para el sacerdocio. La inmersión en esta espiritualidad ignaciana no hay duda que le ha facilitado aquella honda sintonía con la devoción al Corazón de Jesús —y también al Inmaculado Corazón de María— que tanto han marcado su vida.

Hablando de estas devociones, claro está, hemos de recordar a dos grandes santos del siglo xvii. Mejor dicho, una santa y un santo: Santa Margarita María Alacoque y San Luis M^o Grignon de Montfort.

El Sr. Canals insiste con razón en que la devoción al Corazón de Jesús, aunque tiene raíces bíblicas, no sería lo que ha sido, y es, en la historia de la Iglesia, sin las apariciones de Paray-le-Monial y el movimiento que ellas provocaron. Lo mismo podemos decir de la devoción a María. Aunque nace de la misma devoción a Jesucristo y

por tanto es connatural al cristianismo, no cabe duda que San Luis M^ª, por inspiración divina, le imprimió un especial vigor y cuño, que la Iglesia oficial ha ido asimilando cada vez más.

Repitémoslo: sin estos dos santos y sus respectivos movimientos de espiritualidad, hoy no estaríamos aquí agradeciendo a Dios estos 75 años de fecunda vida cristiana de Francisco Canals. Creo interpretar sus sentimientos al exhortar a dar gracias a Dios por el don que ellos representan para él.

El P. Orlandis, en sus «Pensamientos y Ocurrencias», divide la historia de la devoción al Corazón de Jesús en tres etapas, jalonadas por tres almas grandes: Santa Margarita, el P. Ramière y Santa Teresa del Niño Jesús.

Todos sabemos, porque el propio interesado lo confiesa repetidamente, el influjo clave que este breve escrito ha tenido en su vida. Ello explica que Francisco Canals haya ido a beber afanosamente en estas otras dos fuentes: el P. Enrique Ramière y su Apostolado de la Oración y el caminito de la sencillez y la confianza de la Santa de Lisieux.

Dice el P. Orlandis que Ramière propone la devoción al Corazón de Jesús como el centro de toda vida cristiana (lo asumirá luego Pío XI) y como principio único de toda restauración social del reinado de su Amor. Estas ideas de Ramière han sido ideas base de la vida de Canals, como podemos atestiguar los que estamos aquí. También ha sido básico para él el caminito de Santa Teresita. En épocas de juventud y de cierta zozobra, los pétalos de Lisieux llovieron mansamente sobre su alma y la serenaron con el aroma de la humildad y de la confianza.

Hemos citado ya el P. Orlandis. Es la última estrella que brilla en este largo camino de Santiago que ha ido iluminando el itinerario de Francisco Canals durante estos 75 años, que ahora estamos agradeciendo a Dios Nuestro Señor.

Desde la situación privilegiada que me da mi amistad con el Sr. Canals, me atrevería a decir que en este su camino hay una progresiva marcha hacia una simplicidad cada vez mayor, sin menoscabo de su potencia intelectual. Me atrevería a compararlo con el proceso de Santo Tomás que, al final de su vida, tenía por paja todo cuanto había discurrido y escrito. De ahí su progresiva devoción a la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Ya hemos hablado de su devoción a Jesús en su Sagrado Corazón y a María también en su Corazón Inmaculado. Añadamos su devoción a San José, acentuada estos últimos años. A él dedicó su tesis doctoral en teología. Más aún, estas tres devociones se simplifican últimamente en una: su devoción a la Sagrada Familia, a la que está dedicando no poca atención.

Soy muy consciente de que, después de lo dicho, queda aún mucho por tratar y profundizar. Otros abundarán



Visión de Santa Margarita en la que aparecen el Corazón de Jesús, la Virgen María, San Francisco de Sales y San Claudio la Colombière.

luego en ello. Ahora esto bastará para motivarnos a celebrar esta Eucaristía en acción de gracias a Dios por todos estos beneficios. Y esta gratitud tiene un doble motivo: porque todo esto ha sido gracia para él; y porque ha sido también gracia para todos nosotros.

Porque —acabamos de escucharlo en la epístola— «A mí, el más insignificante de todos los santos, se me ha dado esta gracia [...]: aclarar a todos la realización del misterio, escondido desde el principio de los siglos en Dios [...] y así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto, y lo profundo, comprendiendo lo que trasciende toda filosofía: el amor de Cristo» (Ef 3). Amén.

«Instrumento adecuado de continuidad para un elevado magisterio»

Francisco de Gomis Casas, uno de los «antiguos» de Schola, situó la tarea llevada a cabo por Francisco Canals en el camino iniciado por el Padre Orlandis.

Me referiré al Dr. Canals, según mi vivencia personal de lo que fue para mí Schola Cordis Iesu, cuya herencia espiritual ha recogido, a la muerte de su fundador el Padre D. Ramón Orlandis S.I., haciendo posible su continuidad, y la eficacísima labor que ha realizado como soldado de la Verdad y abanderado de la Fe, con una total entrega docente y personal a lo largo de varios decenios.

En los difíciles momentos que siguieron a la muerte del Padre Orlandis, hubo un pequeño núcleo de personas que apoyaron y alentaron al Dr. Canals con diferentes aportaciones que contribuyeron a la salvación de esta empresa espiritual; pero el abanderado, la persona indispensable para hacer viable la superación de la crisis de sucesión pasaba por la existencia de alguien que heredara la fe, el aliento y las capacidades de Maestro en la línea señalada por el Padre Orlandis; que sirviera de aglutinante de adhesiones y esperanzas, y fuera instrumento adecuado de continuidad para un elevado magisterio, y ese abanderado natural de esta sucesión ha sido el Dr. Canals. La profundidad y el dolor con que vivía las dificultades de cada momento de esta difícil sucesión han servido de movilización y aglutinante de voluntades, necesarias para salvarla de aquella crisis.

En esos años, mi relación con el Dr. Canals ha sido frecuente. Siempre he recordado algunas reflexiones profundas del Padre Orlandis: la luz de una cerilla —decía— es a veces fundamental en la oscuridad para ayudar a orientarnos y encontrar una salida. En la oscuridad de la hora presente consideraba como una deserción no salvaguardar una «luz» de tanta importancia, y no prestar apoyo a quien con tal fe se entregaba a luchar por la continuidad de Schola. Canals fue confidente y amigo en muy diferentes cuestiones que afectaban a nuestro futuro. Ha sido siempre para mí un gran amigo en quien he admirado la fe que ha iluminado todas sus iniciativas y el impulso de su vigorosa vocación. Hemos querido y admirado a los mismos amigos, como en el caso de Eduardo Conde, Conde de Salces del Ebro, que fue también su consejero y su amigo. Su gran cultura trasciende a lo sobrenatural, y sus criterios fundamentales no se han inmutado al vaivén de las oscilaciones de opinión provo-

cadas por las falsas interpretaciones del Concilio Vaticano II. Su criterio ha sido siempre sereno y seguro, en la misma línea que había señalado reiteradamente el Padre Orlandis: hay que estar siempre con el Papa, que tiene la asistencia del Espíritu Santo; todos los equívocos se disiparán.

Sin duda, por razón de esta vieja amistad me he visto honrado con la invitación de tomar la palabra en ocasión del homenaje a su persona. Caballero de Cristo Rey y de la tiernísima advocación al amor misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús. Le conocí hace más de cincuenta años, cuando apareció por Schola Cordis Iesu en una época en la que yo solía ver con mucha frecuencia al Padre Orlandis y Canals iniciaba una nueva singladura de pensador y de filósofo bajo la dirección del mismo Padre Orlandis. Es verdaderamente su heredero y su hijo espiritual.

Quizás el Padre Orlandis llegó a vislumbrar que sería Canals el que recogería su herencia como escuela de formación metafísica y de afirmación espiritual. Descubrió la capacidad de Canals y la modeló, le dejó el ejemplo de lo que debe ser un maestro para impartir la formación de la mente como instrumento para servir a la Verdad, y fue el modelo inolvidable de cómo la inteligencia y la Verdad tienen como única fuente de Vida el Amor, que Schola Cordis Iesu proponía con el estudio, penetración y difusión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, siguiendo las doctrinas del Padre Enrique Ramière, y con un ejército de orantes constituido por el Apostolado de la Oración, como única alternativa de salvación, frente al racionalismo antropocéntrico y gnóstico, que hoy, por orgullo o vanidad, deja al hombre desasido de Dios y le arrebató todos los valores que sirven de fundamento a su dignidad y libertad.

De las semillas plantadas por el Padre Orlandis nació el movimiento espiritual que agrupa hoy en torno a Schola hasta tres generaciones consecutivas de numerosas familias, que frecuentemente son también numerosas, y que se reúnen todos los sábados, dedicados —siguiendo la tradición del Padre Orlandis— al estudio y formación espiritual, dividiéndose en grupos para la atención y formación diferenciada a medida de las respectivas edades.

El resultado ha sido, que, por un lado, se ha constituido dentro de esta reunión de familias, una agrupación de filósofos y teólogos, catedráticos y profesores de la Universidad de Barcelona y de otros centros docentes, integrantes de lo que se conoce como la Escuela Tomista de Barcelona, de la que el Dr. Canals y el Dr. Forment pertenecen a la reputada Pontificia Academia Romana de Santo Tomás. Por otro lado, como fruto espontáneo y natural del culto y devoción de Schola Cordis Iesu al Sagrado Corazón de Jesús, y como exponente de la vocación espiritual que anima a esta asociación, surgen en las nuevas generaciones de la misma numerosas vocaciones. Son varios los sacerdotes ya ordenados y religiosas contemplativas,

En Schola Cordis Iesu conocí a muchas personas con ese ideal de entrega personal ilimitada, mecenas de sus bienes y de su espíritu, bajo la superior dirección del Padre Orlandis, entre los que destaca por su gran generosidad, Pedro Sáenz-Díez y su mujer Isabel Trías; aquí encontré amigos entrañables: Tomás Lamarca, de gran profundidad y finura intelectual; Jaime Bofill, con una mente filosófica brillante, que introdujo al grupo de CRISTIANDAD en la Cátedra de Metafísica de la Universidad; Ignacio M^a Serra Goday que puso su bellissimo arte al servicio de la revista «Cristiandad», representando gráficamente todas sus devociones e ideales, en admirable y artística iconografía; José M^a Modolell, a quien debemos el hermoso altar barroco dedicado a la Virgen; Domingo Sanmartí, que durante tantos años presidió Schola; Luis Creus, que tanto escribió en la revista CRISTIANDAD y fue también presidente activo de Schola y del Apostolado de la Oración, por citar sólo algunos de los «antiguos» ya desaparecidos.

Y junto a estos no puedo dejar de recordar a otros que fueron también miembros de Schola a través de mi previa y entrañable amistad: así, José Antonio Cortázar, a quien recurrí en los comienzos de la andadura de la Revista, constituyendo un grupo de Schola en Madrid, en torno al Padre Caballero, S.I., Director diocesano del Apostolado de la Oración —Capellán de la Legión y Medalla Militar individual, exponente de su espíritu de Cruzada—, con Jesús Marañón y Ruiz Zorrilla, Manuel de Arquer y José Luis Vázquez Dodero, y otros, todos entrañables amigos, y que colaboraron con artículos en la revista CRISTIANDAD y otros generosos empeños. Así también, Eugenio Vegas Latapié a quien con Cortázar nos unía una fraternal amistad. Así el Conde de Salces del Ebro, mi dilectísimo y paternal amigo, de genial intuición y a quien tuve yo empeño de presentar al Padre Orlandis, anunciándole que sería «su mejor y más entrañable amigo», como efectivamente fue a partir del primer día que se conocieron y en sus ya ininterrumpidas reuniones dos o tres tardes cada semana hasta la muerte

del Padre. En la última visita que le hizo, ya agonizante: «Padre —dice Conde— estoy aquí, ¿sabe quién soy? —Sí, un gran hombre. —¿Quiere algo Padre? —Sí, *Todo*.» A las pocas horas el Padre Orlandis se sumergió definitivamente en ese «Todo» que había sido el anhelo constante de su vida.

A la muerte del Padre Orlandis era necesario que alguien recogiera la dirección de su legado. Hacían falta unas condiciones singulares: pureza de intención, piedad, sacrificio y entrega total, talento adecuado, y el atractivo de un insobornable amor por la Verdad. Sólo la Verdad sin alifafes llega al corazón. El Dr. Canals sentía esa verdad, a veces, ante determinadas desviaciones, con violencia restallante, como cuando Cristo coge el látigo frente a los mercaderes del templo. Dios le ha dado el gran carisma de la Fe, vive compenetrado con el ideal de Schola, y frente a un mundo que no comprende esas locuras y misticismos tan poco «prácticos» y que está propicio para lo anecdótico y el pasteleo, Canals cruje, grita la Verdad, sufre la aspereza de las dificultades con el aliento constante de su mujer y la dimensión de *peus a terra* que da la responsabilidad de sus once hijos. Eduardo Conde, su paternal amigo, desaparecido el Padre Orlandis, le alienta en la dificultad. Ese hombre lleva mucho dentro, me decía. Llevaba la vocación que nace del Espíritu Santo. Fue el instrumento providencial para salvar Schola, con colaboraciones tan señaladas como las antes apuntadas.

Los discípulos de Canals creyeron en su testimonio y siguieron sus enseñanzas; así los doctores Alsina, Petit, Forment y el amplio grupo de competentes profesores que constituyen la «Escuela Tomista de Barcelona». La autenticidad del grupo, sus reuniones familiares y sabatinas, la pureza de sus raíces tienen hoy el testimonio de esas numerosas vocaciones sacerdotales y contemplativas que ocupan las vanguardias de esa entrega para Cristo en la nueva generación.

En nuestro mundo rodeado de Mentira es necesario salvar toda levadura; que la Verdad pueda encontrarse impoluta para deslumbrar, atraer y arrastrar. Por eso siempre he creído que Schola Cordis Iesu no podía morir.

El Padre Orlandis nos dio a leer *Los tres monjes rebeldes* (la historia del Císter). San Roberto el rebelde, San Alberico el radical y San Esteban Harding el racionalista. Yo añadiría aquí a otro «rebelde» el Dr. Canals, y cuantos como él siguen el camino de la oración y de la verdad sin vacilaciones. Los tres monjes mantuvieron la levadura, su ideal monástico, casi en soledad, pero confiando siempre en la Providencia. Después vendrá San Bernardo y se producirá la fermentación de esa levadura y su eclosión en un nuevo amanecer de cristianismo total. Que ese sea también el resultado de tan gloriosas rebeldías como la del Dr. Canals.

«Sus nombres están escritos en su Corazón»

Gerardo Manresa Presas, presidente de Schola Cordis Iesu, dirigiéndose a los esposos Canals, recordó la promesa del Sagrado Corazón de Jesús a sus apóstoles.



La reunión de hoy es para dar gracias a Dios por todas las misericordias que ha tenido con Schola Cordis Iesu, pero muy especialmente, como decía Santa Teresita, por el pincel que ha escogido para este lienzo de Schola Cordis Iesu y el alma de muchos de sus socios.

Todos hemos oído relatar con admiración y entusiasmo, a sus discípulos, la labor que realizó el P. Orlandis, primer pincel utilizado por el Sagrado Corazón en este lienzo tan grande de Schola Cordis Iesu. La labor fue sólo la de formar celadores del Apostolado de la Oración, es decir, personas que consagrarán su vida al Sagrado Corazón de Jesús para que venga a nosotros su

reino. Y consecuencia de ello, fue que ingenieros, abogados, médicos, etc., reorientaron su vida. Todos hemos oído el relato de Pau López sobre su orientación y quizás no se conoce tanto que Canals, gracias a Dios, no fue notario.

En los años sesenta muchos de nosotros llegamos a Schola Cordis Iesu y en poco tiempo ocurrió una cosa similar: Con el nuevo pincel que el Sagrado Corazón había escogido, fue moldeando los corazones de estudiantes de ingeniería, abogados, economistas, químicos, etc., para convertirlos en celadores del Apostolado de la Oración y, como todos sabéis, muchos reorientaron su vida hacia labores más humanas y algunos entregaron su vida al Señor, en el sacerdocio.

La segunda generación de Schola cruza los sentimientos de gratitud, reverencia y amor filial que los discípulos del Padre Orlandis le tenían, y particularmente ustedes, señores Canals, y que su recuerdo llena de ilusión sus vidas dando continuas gracias a Dios por el pincel que usó con ustedes. Pues como los pinceles usados por el Sagrado Corazón han sido tan iguales, podemos asegurarle que el afecto y el amor filial de los que nos consideramos sus discípulos no son en ningún caso menores a lo que siente usted por el Padre Orlandis y rogamos a este Corazón misericordiosísimo que los bendiga siempre.

Como presidente de Schola Cordis Iesu me permito hacer una consideración a todos los socios y simpatizantes aquí presentes. De la vida de nuestros mayores hemos de sacar las enseñanzas y los frutos para nuestro apostolado. Hoy podemos aumentar nuestra confianza en el Sagrado Corazón porque vemos cómo se han cumplido sus promesas. Santa Margarita en sus cartas al Padre Croisset le habló de las promesas a los apóstoles del Sagrado Corazón. Quiero resaltar tres:

1. La devoción al Sagrado Corazón no avanzará sino en medio de sufrimientos y humillaciones. Los señores Canals saben lo que es.

2. Los frutos de sus esfuerzos serán «ultra quam speraverint». La reunión de hoy es un pequeño reflejo.

3. Sus nombres están escritos en su Corazón: estamos convencidos de que se ha cumplido ya en los señores Canals.

Señores Canals, muchas gracias por su vida y que el señor los bendiga.

«El Sr. Canals nos dio a conocer el Concilio Vaticano II»

José M^a Artola, de Schola Cordis Iesu de San Sebastián, habló en representación de numeroso grupo de quienes, en los años sesenta, acudieron a Barcelona de diferentes puntos de España para estudiar en su Universidad e integrarse en Schola

Como bien dice el presentador, pertenezco a ese grupo, al que se refería, de vascos que allá por la década de los sesenta vinimos a Barcelona a estudiar una carrera universitaria, pero todos sabemos que la verdadera razón de nuestra venida era nuestra incorporación a Schola Cordis Iesu.

En estos momentos a uno se le agolpan en la memoria muchos recuerdos a los que es difícil poner orden. Sin ánimo de jerarquizar nada, pretendo hacer un breve recuento de lo aprendido en Schola bajo la dirección del Sr. Canals.

Aprendimos a obedecer. A conocer, amar y respetar el Magisterio de nuestra Madre la Iglesia. No debemos olvidar las inmensas gracias divinas recibidas por haber tenido al Sr. Canals a nuestro lado, que nos dio a conocer, en aquellos trascendentales años, el Concilio Vaticano II. Milagrosamente sorteamos aquellos ciclones que nos querían arrastrar hacia bandos rupturistas que pretendían un punto y aparte en el perenne Magisterio de la Iglesia.

Nadie de los presentes calificaría la celebración religiosa de esta mañana, con su Eucaristía, como un acto religioso-privado para ponerlo en contraposición a los actos de esta tarde, que tampoco nadie de los presentes calificaría de sociales o humanistas de carácter público. Ello es así por cuanto todos en Schola hemos aprendido por qué el liberalismo es pecado y las consecuencias de ello. Esta mañana y esta tarde de homenaje es un todo, a

modo distinto, de lo que debe ser la alabanza y agradecimiento a Dios por las enseñanzas del Sr. Canals.

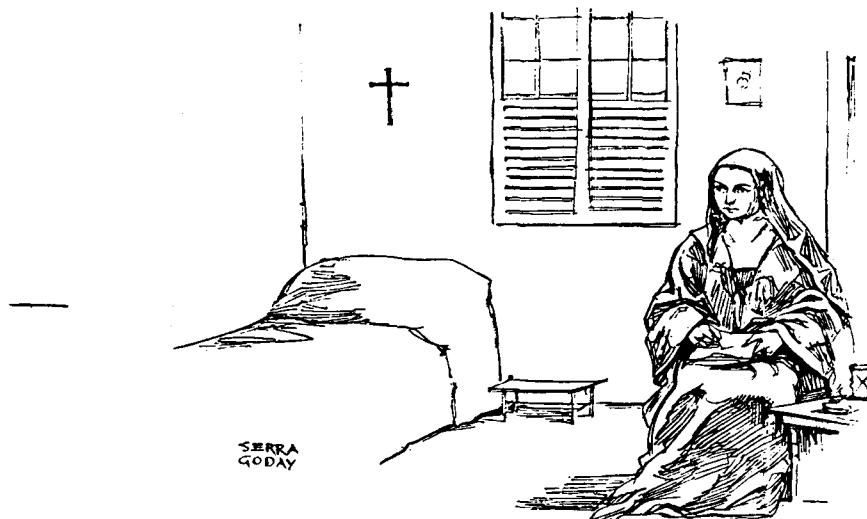
Aprendimos en Schola a conocer y amar la humildad y la sencillez cristianas por cuanto conocimos, por el Sr. Canals, a Santa Teresita y al Padre Orlandis. La humildad también la vimos en la propia vida del Sr. Canals, sobre todo en los momentos que sufrió mayor persecución.

Aprendimos el catalán, aprendimos a cantar el *Violai*, aprendimos a rezar en catalán. En justa reciprocidad —por decirlo de manera cordial— en Schola de Barcelona aprendieron a cantar en euskera el *Agur Jesusen Ama*, que es una canción de saludo a nuestra Madre la Virgen.

Aprendimos Teología de la Historia, estudiamos al Padre Ramière, las revelaciones de Santa Margarita y en estos momentos no puedo dejar de recordar aquella tarde del 68 en que el Sr. Canals nos invitó a un sencillo acto litúrgico que tendría lugar en la capilla de los Jesuitas de Caspe que tenía su entrada por el portal del mismo edificio de nuestra sede de Schola de Barcelona. El Padre Manubens, S.I., nos incorporó a todos, formalmente, al Apostolado de la Oración. Nos estábamos formando para ser celadores del Apostolado de la Oración.

Gracias por todo, Sr. Canals.

¡Irakatsi diguzunarengatik, ezkerrik asko! ¡Por sus enseñanzas, muchas gracias!



«Eran sus lecciones como brisa suave, como lluvia torrencial, como tormenta...»

Antonio Prevosti Monclús, Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de Barcelona, recordó en su parlamento cómo le influyó el Dr. Canals desde su cátedra de Filosofía.

Dr. Canals, Vd. celebra hoy los 75 años de su vida; yo celebro los 25 años de que le conozco. Pues fue justamente en el año 1972 cuando me matriculé de la asignatura de Ontología, que Vd. impartía, cursando yo el cuarto curso de filosofía. Esta es para mí, hoy, una celebración personal, porque lo que aquella circunstancia ha significado para mí es que ha sido el instrumento de que se ha servido la Providencia para hacerme conocer y guardar sus caminos.

Cuando llegué a sus clases, barruntaba ya algo de lo que podía ser —en efecto, había oído hablar del Dr. Canals con anterioridad, incluso en mi casa—, pero la realidad superó todas mis esperanzas. Desde luego, el profesor Canals era un profesor singular. Ese hombre que andaba por los pasillos y los patios de la Universidad con la mirada clavada en el suelo, en el aula parecía que se transformaba. Allí nos clavaba la mirada hasta lo hondo del alma, como si quisiera comprobar si habíamos entendido lo que nos explicaba. Eran sus lecciones como brisa suave, como lluvia torrencial, como tormenta... En sus clases saltaban las chispas. Ahora bien, lo

esencial es que en él encontré al maestro de pensamiento que yo andaba buscando. La filosofía de Santo Tomás que nos transmitía, tenía para mí el interés de ser racional, sólida y rigurosa, tanto como podrían serlo las matemáticas o la física, las ciencias que hasta entonces habían ejercido sobre mí mayor atracción. Mas, por otro lado, llegaba a unas alturas y penetraba en unos niveles de realidad que la física y la matemática no podían alcanzar. Esto es lo que en mi época de estudiante dejó en mí una impronta imborrable.

Luego, una vez licenciado, a través de Narciso Torres, pero por la virtud de la atracción del Dr. Canals, fui llevado a Schola Cordis Iesu, donde recibí todavía mucho más. Y como yo, otros, estudiantes y licenciados, han llegado a Schola desde la Universidad por esta atracción del Dr. Canals, y en Schola hemos encontrado todo aquello de lo que otros ya han hablado y ahora yo no necesito repetir. Sólo quisiera terminar agradeciendo todo esto al Dr. Canals, todo lo que se ha dicho, y, sobre todo, algo que estoy seguro que me ha ayudado mucho; y ha sido su constante oración.



El Dr. Canals hablando al final de la comida de homenaje.

«Los que hemos encontrado en el Padre Orlandis un guía seguro siempre estaremos en deuda con usted»

Jorge Soley Climent habló en representación del numeroso grupo de «jóvenes» de Schola Cordis Iesu, tanto de Barcelona como del resto de España.

Quisiera, a través de mis palabras, expresar el reconocimiento y el más profundo agradecimiento de los jóvenes de Schola Cordis Iesu hacia el Dr. Canals, tanto de los que han crecido escuchando su magisterio como de aquellos que, provenientes de otros ambientes, pero guiados suavemente por la divina providencia, han descubierto en sus enseñanzas un tesoro de incalculable valor.

Gracias, Dr. Canals, por Schola; somos conscientes de que si hoy existe éste nuestro hogar, familia de familias, legión de almas pequeñas, es en gran parte gracias a usted. Los que hemos encontrado en el Padre Orlandis un guía seguro y en su obra las claves de nuestra vocación, estaremos siempre en deuda con usted.

Gracias por su continuo magisterio, a través de conferencias, libros, artículos o de viva voz, aprovechando incluso esos encuentros fortuitos en Schola que tanto fruto han dado y darán, demostrando que cualquier momento es bueno para hacer el bien.

Gracias por *Cristiandad*, gracias por animarnos a leer la revista, a estudiar y a escribir en sus páginas. Sus

orientaciones, especialmente a través de los Consejos de Redacción, han sido estímulo y guía para nuestros estudios y reflexiones.

Sus enseñanzas no se han limitado a las palabras, también han llegado a nosotros a través de su vida. Con ella nos ha mostrado un amor apasionado hacia Dios y hacia el prójimo, del que nace ese amor a la Verdad que le caracteriza, ese amor a la Iglesia de Cristo, ese celo por la salvación de las almas, siempre repleto de esperanza y confianza, en la certeza de que Dios siempre da más de lo que esperamos, *ultra quam speraverint*.

También en los más pequeños detalles, más importantes de lo que el mundo cree, el Dr. Canals ha ido mostrándonos su caminito de infancia espiritual, el camino de Schola, el camino del Padre Orlandis. Su constante presencia física en Schola nos recuerda que tan sólo da fruto el sarmiento unido a la vid.

Esperamos, Dr. Canals, ser dignos continuadores de su labor y que, con su ayuda y la ayuda de Dios, siendo fieles y perseverando, demos el fruto esperado.



El P. Ramón Orlandis Despuig, S.I. (1873-1958)

«Hizo de la función pública un lugar adecuado para el servicio a todos los hombres en la verdad»

Jordi Sales Coderch, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, abrió el acto académico celebrado en el salón de Fundación Balmesiana.

Començaré i acabaré la meva intervenció en català i per les raons que exposaré en el seu moment faré el centre de la meva intervenció en castellà. Quan l'amic Josep M^e Petit em va dir de participar com a degà de la Facultat de Filosofia en aquest acte d'homenatge al Dr. Canals —segons el costum de la Universitat de Barcelona d'anomenar als seus professors— vaig acceptar amb goig per un doble motiu. Primerament pel sentit institucional d'oportunitat per tal de testimoniar el sentiment de la Facultat de Filosofia de la Universitat de Barcelona. I, segonament, per l'oportunitat que em donava de poder manifestar públicament la meva felicitació pel seu aniversari i el meu agraïment pels seus ensenyaments i per la seva amistat durant els molts d'anys de col·laboració en un mateix Departament universitari. L'actual Facultat de Filosofia de la Universitat de Barcelona és pròpiament una institució molt jove amb aquest nom, però amb una molt llarga història. En ella, en aquest moment actual —no massa fàcil pel futur dels estudis filosòfics—, l'esforç de seriositat, intensitat i estudi de la gran tradició metafísica que realitzà el Dr. Canals manté una continuïtat en un munt de professors que reconeixen, d'una o d'altra forma, en el mestratge del Dr. Canals un motiu d'inspiració constant. És, doncs, ben just que en nom de la Facultat de Filosofia de la Universitat de Barcelona felicités a Francesc Canals i Vidal en ocasió del seu 75è aniversari i li recordi que la nostra Facultat de Filosofia és casa seva.

Aquest any 1997 per diferents motius m'està essent un any d'exercici de la memòria des de situacions més o menys institucionals, la del record dels que ens han deixat com l'amic Pau Lopez, i el també Catedràtic de la Universitat de Barcelona J.M^e. Valverde, i les ocasions més felices de celebració, fa poc dies, dels 80 anys d'en Raimon Galí i avui els 75 anys d'en Francesc Canals. En tota vida humana hi ha uns temps de desert, de dolor i de joia. En la companyia i l'amistat entre els homes —sobretot si s'extenen al llarg de molts d'anys— hi ha uns temps de desert, uns temps de dolor i uns temps de joia. Comptat i debatut tampoc es massa bo —contra el que podria semblar— fer-los tots homogenis en un

somort, gris i standaritzat temps de convivència sense massa contrastos.

Els meus primers records d'en Francesc Canals es remunten al curs de Teoria del Coneixement de l'any 1963-1964. Aquell any el Dr. Canals va canviar el seu costum fins aleshores d'explicar la *Crítica de la Raó Pura*, crec que per primera vegada, per tal de centrar-se tot l'any en la metafísica tomista del coneixement que com hom sap des de la seva tesi doctoral fins al llibre sobre *La Esencia del Conocimiento* és l'eix de l'aportació més capital de Francesc Canals a la Filosofia. *Verbum oritur ex memoria* n'és la seva tesi central, sostinguda amb força contra visions de la noètica tomista que, sota pretext dels temes ben reals del realisme i l'abstracció, no saben donar compte del gruix de la vida humana com a mens i del moment exemplarista de la bellesa de la realitat creada. Des de llavors, i després en els temps ben difícils del Departament de Metafísica fins a fets ben recents, hem compartit comunes alegries, inquietuds i compliacions en la vida universitària. Són més de 30 anys d'una relació més o menys intensa en la que no ens hem fet mai massa nosa, hem passat moltes estones agradables i hem compartit ideals en la fraternitat.

Pero no voy a seguir por este camino de mis recuerdos; más de una vez he ironizado sobre el hecho de que en este tipo de actos como el que hoy celebramos se hable más de uno mismo a propósito del que recibe el homenaje que de quien reúne a las personas congregadas y que motiva la celebración. De algún modo ello es en parte inevitable; nada mejor que la concepción de Canals del conocimiento como locución surgida de la memoria como palabra para dar cuenta de ello; pero también es verdad que la cortesía surge desde alguna realidad que hace que el descentramiento sea en el interior de nosotros mismos como una fuerte atención a lo que nos reúne la posibilidad de compartir la fiesta. Precisamente, por ello, voy a realizar esta parte central de mi breve exposición en lengua castellana. En atención a los amigos de Francisco Canals, que por ello mismo, según la ley transitiva de la amistad son también mis amigos y que

tendrían alguna dificultad en seguirme. Es importante que en la hora actual de Catalunya se den repetidos gestos en este sentido —y también, claro está, a la inversa— para expresar una rotunda negativa de todos a manipular en cualquier sentido la vida del lenguaje que sirve para hablar entre los hombres y expresarnos los unos a los otros el agradecimiento constante por la bondad de las cosas.

Quisiera, pues, glosar la figura de Francesc Canals —desde mi recuerdo, ciertamente—, pero atendiendo a lo que en su vida como plenitud es hoy para muchos motivo de fiesta y como toda fiesta motivo de unión y de alegría. Entre los muchos aspectos posibles quisiera elegir para glosar la figura de Francesc Canals un aspecto a menudo poco considerado o juzgado como algo menor, accidental y poco digno de mención: Canals realizó su tarea docente como un ejemplar funcionario público. Sobre ello, creo, que es conveniente reflexionar y agradecerle su ejemplo. Mientras que Pau López con quien comparte Canals el común discipulado de Ramon Orlandis y su Schola Cordis Iesu ejerció su «passió per l'ensenyament» en distintas instituciones por él fundadas o dirigidas como la Escuela «Costa i Llobera» y el COU «Jaume Bofill», de lo que se ha dado en llamar con un nombre que a mi no me ha gustado nunca: Escuela Privada. Debería hablarse de la libre iniciativa ciudadana en la constitución y mantenimiento de instituciones públicas. Francesc Canals ejerció primeramente en l'Institut de Batxillerat «Jaume Balmes», del que se ha celebrado hace poco el centenario y luego en las distintas Facultades que han albergados los estudios de Filosofía en la Universidad de Barcelona: «Facultad de Filosofía y Letras», «Facultat de Filosofia y Ciencias de la Educación» y finalmente la actual «Facultat de Filosofia».

No voy a ser yo ciertamente, que me honro en haber sido Secretario del Consell Català d'Ensenyament quien tenga nada que oponer a un modelo de sociedad que haga de la libertad de enseñanza un bien jurídico a proteger; pero quizá, por ello mismo, tenga alguna autoridad para mostrar la variedad de situaciones en las que un mismo impulso fecundador da sus frutos. Y también, creo, para prevenir en algo la tendencia a aislar en instituciones privadas todo el esfuerzo civilizador, de espíritu jurídico práctico y de elegancia espiritual que yo he recibido como ejemplo de Francesc Canals, cuando lo he visto actuar en su Cátedra, en el Departamento, en la Facultad y la

Universidad en general y en ocasiones como exámenes de grado, selectividad, en la administración del Departamento o en su tiempo de Vice-Decano. Su excelente formación jurídica, su sentido común, su buen sentido de la equidad y su fino sentido del humor salvaban situaciones muy difíciles en momentos de gran tensión en la vida universitaria; sin que la fortaleza con que se defendía una concepción de la verdad y el bien para todos los hombres se menoscabase en el ejercicio constante de la cortesía.

Que la definición tienda a ser excluida de la función pública desde la definición misma no es una buena cosa; hay algo que no acaba de funcionar suficientemente bien en el actual reflejo de desprestigio de lo público frente a lo privado. Es muy cierto que la actual situación es hija de muchos abusos de un espíritu mezquino; pero en los cánticos de ahora mismo a la libertad, a la eficacia y a la iniciativa hay algo que suena a una triste y vieja canción que ha causado ya mucho dolor en la vida de los hombres: la apropiación de la riqueza espiritual en manos de la riqueza material. La cuestión es muy compleja y no vamos a seguir por aquí.

Solo quería agradecer al Dr. Canals una dimensión de su vida que he podido recibir como enseñanza: en este sentido su ejemplo se me une al de Antonio Valenciano, Roser Pujades, Josep Pallach, Josep Gassiot y tantos otros comunes amigos que hicieron de la función pública un lugar adecuado para el servicio a todos los hombres en la verdad.

Amic Canals: Per dir-se les coses més fondes, ningú com els poetes. Acabaré, doncs, felicitant-te en el teus 75 anys de la ma d'en Costa i Llobera i dels «Magnificats» del Ballarín de Santa Maria, pa de cada dia. Des de l'austeritat en l'amor a la pàtria del mallorquí Costa i Llobera: «Fills d'una rassa dreturera i forta que unia el seny amb l'impetu» podem sentir en el temps del desert «el meu esperit és deu d'esperança a cada coix que camina, perquè ha fet doll d'aigua en el desert de la meva solitud», podem escoltar en el temps del dolor: «Déu home sense conhort, conhort dels desconhortats, s'ha fet compassió donada a pares, fills i néts nou llinatge de Déu sofrert» i en el temps de la joia de la Pasqua: *enmudir perquè, certament, hi ha un Logos en el Temps: els poetes el canten, el filòsofs el pensen, Ell Regna: «Arc de glòria marcat als cels, dóna xopluc a un poble nou. Jerusalem de promesa i enyorança, llinatge de pobres. Per sempre».*

«El Dr. Canals no sólo nos ha estimulado y ayudado a pensar por propia cuenta, con seriedad y sin ligereza, sino también a orientar y ordenar la propia vida»

Eudaldo Forment, que ha sucedido a Canals en la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Barcelona, hizo un resumen del pensamiento filosófico del homenajeado.

Excelentísimo Señor Obispo, Excelentísimos Señores Académicos, Magnífico Señor Rector, Ilustrísimo Señor Decano, Ilustrísimos Profesores, querido Profesor Canals, Señoras y Señores:

Es un gran honor y una enorme satisfacción para mí, exponer lo más esencial del pensamiento filosófico del Profesor Canals, en este importante acto académico. Agradezco de todo corazón al Dr. Petit, organizador del mismo, la confianza que en mí ha depositado al encomendarme la exposición de la fecundísima labor filosófica de nuestro común maestro. Todas mis palabras siguientes quieren ser el testimonio del respeto, admiración, afecto, y gratitud, que le profesamos todos sus discípulos y amigos.

Cuando conocí al Dr. Canals, en mi época de estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, en 1968, poco después de que el ya eminente profesor hubiese ganado brillantemente la cátedra de Metafísica, me impresionó no sólo su gran disponibilidad y atención a cada uno de nosotros, sus alumnos de Ontología, sino también su extraordinaria inteligencia, ayudada por una memoria fuera de lo común, su constante dedicación al estudio, especialmente de las grandes fuentes del pensamiento filosófico de todos los tiempos, y sobre todo su vivido y apasionado amor a la verdad.

Quizá estas dotes, que han hecho que sea un profesor excelente, expliquen también dos de sus virtudes más características: la perseverancia en estudiar unos mismos temas nucleares, aunque cada vez con mayor profundidad; y la de proporcionar ideas sugerentes a sus alumnos, que han dado lugar a muchas investigaciones y que asimismo han sido el hilo conductor del pensamiento durante toda la vida de sus discípulos. Además, el Dr. Canals no solo nos ha estimulado y ayudado a pensar por propia cuenta, con seriedad y sin ligereza, sino también a orientar y ordenar la propia vida. A todos nos ha hecho mucho bien.

El Dr. Canals, en la actualidad Académico de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, se formó filosóficamente en la orientación tomista, en la línea del P. Orlandis, de quien fue discípulo directo. Uno de los frutos del magisterio tomista del Dr. Canals, en el campo filosófico, ha sido la consolidación definitiva y expansión de la reconocida internacionalmente Escuela Tomista de Barcelona. Casi todos sus actuales miembros, muchos de los cuales enseñan en Universidades y centros de Enseñanza Media, han recibido y continúan recibiendo su magisterio.

Puede también considerarse como otro de sus frutos la sección de la SITA de Barcelona, que presidió en su fundación, en 1989, y que en la actualidad tiene más de un centenar de socios. La SITA de Barcelona organizó, en 1993, bajo la sugerencia y auspicio del Dr. Canals, ya entonces Vicepresidente 1º del Consejo directivo de la sede central en Roma, las «Jornadas de la SITA», *Dignidad personal, comunidad personal y orden jurídico*, cuyas actas ocupan dos densos volúmenes. En estos momentos esta sección barcelonesa está organizando junto con la Fundación Balmesiana, que dirige el P. Pedro Suñer, y con la colaboración de la Universidad de Barcelona, el «IV Congreso Internacional de la SITA», que por primera vez se celebrará fuera de Roma.

En el pensamiento filosófico del Profesor Canals se encuentran como tres líneas maestras articuladas, que lo sostienen y lo unifican. La primera es la de la Metafísica del conocimiento. Por sugerencia de su maestro Ramón Orlandis, y con su estímulo, en 1948, comenzó su reflexión de esta cuestión filosófica fundamental, a partir de la interpretación del gran comentador Juan de Santo Tomás.

Sus resultados comienzan a darse a conocer con la publicación del artículo «El 'lumen intellectus agentis' en la ontología del conocimiento de Santo Tomás», que apareció en la revista *Convivium*, en 1956, y que contiene ya en germen las ideas nucleares, que después ha ido

desarrollando. Se continúan en otros artículos y en los libros: *Para una fundamentación de la Metafísica*, de 1968; y *Cuestiones de fundamentación*, publicado por la Universidad de Barcelona, en 1981, que recoge varios de estos artículos y trabajos, publicados desde 1956 a 1978. Ha culminado recientemente con la monumental obra *Sobre la esencia del conocimiento*, que el Profesor Jesús García López ha calificado de «libro excepcional».

Canals ha mostrado que la comprensión de la esencia de la intelección, como manifestativa y expresiva de lo que las cosas son, fue la profesada explícitamente por Santo Tomás, y que defendió Juan de Santo Tomás. Su redescubrimiento podría sintetizarse en dos tesis. La primera es el carácter locutivo del entender o la afirmación de que el verbo mental surge del entender en acto por este mismo acto de entender. La segunda, que la palabra mental es lo entendido. Ambas tesis presuponen, en primer lugar, que la presencia íntima del espíritu en su ser sea anterior y originante de la intelección; y, en segundo lugar, que el conocer sea manifestador de la realidad, que el entendimiento sea capaz de poseer las cosas. En definitiva, la afirmación de la locución inmanente, que expresa la esencia de la realidad entendida, y de ahí la extraordinaria importancia de la doctrina del profesor Canals, permite explicar el hecho del lenguaje inteligible, de la ciencia, de la legislación moral y jurídica y de la misma comunidad racional del hombre, y, en último término, comprender la vida personal humana.

En toda esta temática, que se encuentra ya en su tesis doctoral en filosofía, *El logos: ¿Indigencia o plenitud?*, y que ha sido objeto de constante estudio y profundización durante toda su vida, como escribió Abelardo Lobato, hace pocos años: «Canals ha logrado una penetración nueva en el tema del conocimiento. Con ello supera la habitual interpretación del tema en el to-mismo de nuestro siglo».

En el estudio de esta difícil problemática, el Dr. Canals ha prestado una especial atención al problema crítico, como revela una serie de trabajos dedicados a Kant que se inician con *Sobre el sentido de la revolución copernicana*, de 1964. Sobre su polémica con Kant, dijo, Antonio Millán-Puelles, en febrero de 1988, en Madrid, después de calificar su exposición del criticismo kantiano de «ejemplar y de auténtico maestro», que «era un modelo de crítica filosófica frente a Kant».

Escribió Eusebi Colomer en «La Vanguardia» (1 de enero de 1988), que: «Uno diría que Canals ha llevado a cabo (...) el proyecto de una trascendentalización del to-mismo desde la 'mens' agustiniana, que cubriera las lagunas que Maréchal, en su diálogo crítico con Kant, dejó abiertas». En efecto, el Profesor Canals ha complementado el intento de Joseph Maréchal, en *Le point de départ de la Métaphysique*, de superar el formalismo kantiano

con el dinamismo del acto de entender, realizando su fundamentación en el propio ser del sujeto pensante. Afirmaba también, por ello, el eminente pensador jesuita catalán que: «Canals lleva a efecto, en el marco metafísico-ontológico que le es propio, una tarea similar a la que el filósofo de Friburgo llevó a cabo en aquella obra desde su peculiar marco ontológico-existencial», es decir, a la de Heidegger en *Kant und des Problem der Metaphysik*.

Es necesario igualmente destacar que, por una parte, estas investigaciones no responden a un mero interés histórico, o a un afán de erudición, o de simplemente cavilar sobre un descubrimiento curioso; sino a un serio y riguroso intento de fundamentar el realismo, mostrando la ineficacia de las doctrinas intuicionistas y de su irreductibilidad con cualquier irracionalismo, que haya reaccionado contra los intuicionismos racioanalistas e idealistas.

Por otra, es muy importante señalar también que en estos casi cincuenta años de estudio de la esencia del conocimiento y de diálogo con el pensamiento moderno y contemporáneo, fundamentando la validez del entendimiento humano, ha sido motivada por su profunda convicción de que con esta certeza la filosofía puede ser asumida por la Teología y que, sin ella, se siguen graves dificultades para la misma comprensión de la fe.

La segunda línea de su pensamiento, conexas con la anterior, ha sido su estudio de la analogía. Quizás el más representativo de todos sus escritos sobre este «fundamental» tema de la metafísica sea «Analogía y dialéctica», publicado en *Convivium* en 1967. La analogía es camino de síntesis de la metafísica, de la Ontología y de la Teología, porque permite la sistematización metafísica, sin negar la finitud y la multiplicidad de la realidad y al mismo tiempo la afirmación de su fundamento unitario y permanente. Con este instrumento metódico de la metafísica se supera la antinomia de la unidad y la multiplicidad, se puede reconocer el devenir y la pluralidad de los entes y permite que el pensar humano «diga» adecuadamente toda la realidad.

Desde su exposición de la analogía, arraigada en la interpretación de Cayetano, ha polemizado con el univocismo de la modernidad. El Profesor Canals ha estudiado reiterada y profundamente a Duns Scoto, Suárez y a otros grandes autores de la cristiandad medieval, como se advierte en su conocidísima y apreciada *Historia de la Filosofía Medieval* (1976) y en *Textos de los grandes filósofos de la Edad Media* (1975); ambas obras han llegado ya a la cuarta edición. También se ha ocupado, quizás todavía con mayor empeño, al estudio de la modernidad y del pensamiento contemporáneo —tal como se advierte en sus libro *Textos de los grandes filósofos de la Edad contemporánea* (1974), también en su cuar-

ta edición—, que ha tomado como un «videtur quod». El olvido de la analogía, junto con la hegemonía del presupuesto intuicionista del conocer, ha llevado a la reducción unilateral de la realidad y al desconocimiento de líneas de causalidad.

La crítica del Dr. Canals se ha centrado especialmente en el método hegeliano de la dialéctica, utilizado por el marxismo, que realiza un enfrentamiento antitético de aspectos parciales, de recortes de la realidad, que se han escindido de la integridad y coherencia de lo verdadero, para poner en marcha un movimiento de contradicción y de superación. Ha mostrado que con su pretendida negación del principio de no-contradicción, ha creado otro gran sistema sólo comparable con el aristotélico-tomista, pero que es en realidad un «juego de palabras».

La tercera y última línea de investigación es sobre la metafísica de la persona y la contemplación personal, que le permite establecer su primacía sobre todas las cosas y su finalidad contemplativa. Ya en su metafísica del conocimiento, el Dr. Canals ha señalado la inadvertencia moderna, que ha encontrado denunciada por Berdiaev, del sujeto individual de la actividad cognoscente. Quien conoce es la persona, y con la universalidad e infinitud del conocimiento trasciende su individualidad y limitación.

Las anteriores líneas de investigación y la metafísica del ser de Santo Tomás —que el Profesor Canals ha estudiado ampliamente siguiendo las importantes observaciones de Domingo Báñez y del P. Orlandis, y que se encuentra expuesta sistemáticamente en su obra *Sant Tomás d'Aquino. Antología Metafísica*, publicada en 1991—, le han permitido defender el carácter substantivo de la persona frente a los actuales personalismos relacionales y dialógicos. En su ponencia de las Jornadas de la SITA, de 1993, titulada *Ser personal y relación interpersonal*, queda espléndidamente reafirmada, frente a todas las corrientes que entienden la persona antes del ser personal, que en la misma subsistencia incommunicable que expresa la persona se funda su comunicación interpersonal.

En otro importantísimo estudio, la ponencia *Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad del ser personal*, dictada en Génova, en el Congreso «Teoría-Praxis», celebrado en 1976, se encuentra lo esencial de su constante defensa de la primacía del fin de la contemplación. Contra todo subjetivismo, pragmatismo, voluntarismo, utilitarismo, positivismo, voluntad de poder, y autarquía

ética, el Dr. Canals la mostrada como la omisión de la contemplación como amor, y del consiguiente reconocimiento de la subordinación de la acción —en lugar de su autosuficiencia de la praxis—, ha desintegrado el orden natural y ha llevado a la valoración del hombre como lo absoluto y lo supremo, pero cancelando la persona individual y su dignidad y exigencia contemplativa.

La dignidad personal del hombre hace que pueda ser fin de otra persona, de que pueda ser amada por sí misma. También con Santo Tomás, el Profesor Canals ha enseñado que todo está ordenado a la perfección de las personas, a su perfección, a su felicidad. La persona humana es el fin de todo lo creado, pero no es un fin para sí misma. El mismo fin último de la persona humana, que satisface y completa todas sus tendencias y deseos, es también personal. El fin último del hombre es la contemplación de Dios, pero no es meramente en el orden de la verdad, sino también en el de la bondad, del amor.

La concepción de Dios como Bondad infinita y de su amor infinito comunicativo explica que se le deba contemplar a Dios, como en sí mismo y por sí mismo, bueno y merecedor del amor de benevolencia del hombre. Además, desde la consideración del mismo hombre, se precisa que su fin último satisfaga, además de su afán de saber, también su tendencia a la donación, al amor. La contemplación requiere el amor de amistad entre Dios y el hombre. La contemplación, tanto la imperfecta en esta vida como la perfecta en la otra, tiene siempre por objeto el amor de caridad de Dios al hombre, que pide la nuestra.

Toda la filosofía del Dr. Canals, que puede situarse en estas tres líneas coordinadas, que parten del pensamiento de Santo Tomás y de su interpretación orlandiana, no debe ser entendida como una mera doctrina metafísica, ni siquiera como filosofía tomista, que exprese muy bien la auténtica filosofía del Aquinate, sino como una síntesis filosófica unitaria y coherente que presenta la verdad como bien de la persona, del ser humano individual y concreto, como ordenada a su felicidad terrena y eterna. Todo el pensamiento del Profesor Canals podría sintetizarse, por ello, con las dos palabras con las que Juan XXIII caracterizó la obra de Santo Tomás de Aquino: «sapientia cordis», porque expresan adecuadamente el carácter de una gran labor filosófica, seria y fecunda, que desde sus inicios ha estado al servicio de una vocación apostólica del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús.

«Canals es ante todo un teólogo»

El Padre Abelardo Lobato, O.P., maestro en Teología, Rector de la Universidad de Lugano (Suiza) y Director internacional de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, desglosó los hitos más destacados del pensamiento teológico de Canals.

El teólogo y el misterio de Jesucristo

Me siento muy honrado con la invitación a participar en el homenaje al querido Dr. Francisco Canals Vidal, y vengo con gusto desde mi sede en Lugano para estar con vosotros a su lado en este acto, como amigo, colaborador desde hace unos años en la empresas de la SITA en España, de la cual fue Presidente, y de la SITA de Barcelona, de la cual ha sido como el alma desde el principio, muy gozoso de ver este árbol de la doctrina de Santo Tomás en Barcelona, plantado junto a las corrientes de las aguas, y este centro que en imagen virgiliana se alza por encima de los otros *quantum lenta solent inter viburna cupressi!*, como admirador de su obra docente, oral y escrita, y por ello lector de sus libros y discípulo a distancia. El amigo Petit no ha tenido que hacerme presión para aceptar. Me hubiera dado pesar no estar hoy aquí con vosotros. El me ha puesto vallas, en los folios, en el tiempo, en el tema: Canals teólogo! Pues heme aquí, Señor! He vuelto los ojos a Tomás y he contemplado el amplio horizonte de la teología, he «ojeado» y «hojeado» la parte teologal de la gran obra canalsiana, he mirado también a nuestro momento cultural, y me he detenido en el tema del presente año 1997, piedra angular de todo teólogo: el misterio de Jesucristo. Me he preguntado cómo ha leído el teólogo Canals este misterio y cuál es su «lectura». Os ofrezco en mis palabras algo de lo que he espigado en su bien cultivado campo teologal. Mis pasos son tres: el preámbulo, un perfil del teólogo Canals; el núcleo: la cristología de Canals; y la irradiación del misterio de Cristo en su obra.

El teólogo

Todos experimentamos una cierta «angustia» al tratar de dar un perfil, una definición de uno mismo, y cuando lo hacemos nos quedamos insatisfechos, del otro, al cual creemos conocer. La «angustia» procede de esta condición: todo lo que existe es concreto, singular, individuo, y todo individuo es inefable! Todo esto se acre-

cienta en el caso de las grandes personalidades, como es el Dr. Canals. La personalidad deja su huella en todo lo que toca. Por su condición espiritual y humana, si hacia adentro es bien compacta, subsistente, diferente, hacia afuera rebasa todos los límites y puede llenar el tiempo de fulgor de eternidad, y el lugar de apertura al infinito. Sus facultades son muchas, pero todas tienen la misma fuente de energía, y por ello, la personalidad se perfila en direcciones muy distintas, a veces en cierta oposición. Unamuno es el ejemplo de quien se resiste a ser «encasillado», y se define como Tomás definía a los ángeles, por la coincidencia de individuo y especie: como el ave Fénix, «especie única, Miguel de Unamuno y Jugo»!

El Dr. Canals, como la persona, se viste con las apariencias de diversas profesiones y estilos. Se forma con los jesuitas, y su gran pasión es hacerse discípulo del gran dominico Tomás de Aquino; opta por la filosofía y la cultiva como especialista, y se pone al frente de una manifestación de devoción a San José; escruta el conocimiento en diálogo con Kant, de tú a tú, y tiene sus delicias en la devoción al Corazón de Jesús, y la «Schola Cordis»; es un padre de familia numerosa y pasa sus días como solitario en la Balmesiana; es un talento metafísico, pero tiene sus delicias en seguir las aventuras de la historia y descifrar las intrigas de los políticos catalanes; es un laico, que siente a fondo su pertenencia al cuerpo místico, formando parte de los fieles, pero no puede resistir su atracción «clerical» y se pasa largos días dirigiendo tandas de ejercicios espirituales.

Yo me pregunto cuánta nota duerme en sus «cuerdas», y de cuántas profesiones es capaz, y cuál es la que ocupa un puesto primordial. Y creo que la respuesta adecuada es que el Dr. Canals lleva en el alma un teólogo, que necesita hacerse presente. Más aún, esta vocación es la más profunda de cuantas ya han despertado en él. Y eso se debe a su misma estructura de pensador esencial, vital, nuclear. Le ocurre como a Santo Tomás, está convencido de que el hombre es un ser teologal, que la cultura auténtica se mide por el amor y el saber acerca de Dios. Todo lo demás es periférico. Canals es ante todo un teólogo. Se siente a gusto cuando da lecciones de teo-

logía, cuando dirige ejercicios espirituales, cuando escribe en CRISTIANDAD. Cuando advierte que los teólogos de oficio, aún los que enseñan en la Facultad de Teología de Barcelona, se olvidan de su misión y firman un manifiesto contra el Nuevo Catecismo de la Iglesia, él, fiel entre los fieles, asume la voz de la Iglesia discente y sale al paso en la prensa diaria, para dar gracias a la Iglesia romana porque reparte el pan de la fe a los sencillos! El teólogo Canals no puede callar de Dios y por ello habla de Dios!

Pero su hablar de Dios no es de cualquier modo. En la escuela de Tomás de Aquino y en la tradición de la Iglesia ha aprendido que la teología es una ciencia rigurosa, una sabiduría, que sobrepasa a la natural del metafísico, participa de la que es propia de Dios, aunque no llega a la penetración que da el don de sabiduría. Ha frecuentado las aulas de la teología, ha puesto a prueba su talento y se ha sometido al rigor de la investigación en la redacción de una tesis doctoral. El objeto formal es Dios en su misterio, cual se revela a los hombres, y desde esa luz, trata de todas las demás cosas: *omnia sub ratione Dei*, como se propone Santo Tomás. Es una ciencia humana, subalternada a la ciencia de Dios y de los bienaventurados.

El teólogo tiene que disponerse para el ejercicio de su oficio. Aproximarse al misterio de Dios implica una preparación especial. El teólogo es un personaje que se describe ante todo desde su relación a Dios, porque habla de Dios, como quería Hilario y recuerda Tomás, no sólo con palabras, sino con el lenguaje de los hechos y del testimonio. Por ello tiene afinidad con otros personajes que también dicen relación a Dios: el sacerdote, el profeta, el rey-pastor. El sacerdote es el mediador en el culto: recoge los dones de Dios a los hombres y acoge las súplicas de los hombres para ponerlas ante Dios. El misterio de Dios lo envuelve y lo hace sacro. El profeta habla, anuncia y denuncia, se hace presente ante los hombres y resulta molesto por lo que denuncia y lo que reclama. El rey-pastor conduce al pueblo, personifica la justicia, posibilita el bien común, la paz deseada. El teólogo no se identifica con ninguno de esos oficios, pero tiene de común con ellos una cierta mediación entre los dos polos de la relación a la que está llamado todo hombre, debe estar presente en ambos, cercano a Dios desde la experiencia, la fe, la vivencia profunda del misterio, y la proximidad a los hombres porque ha penetrado en la realidad de las mismas.

Al teólogo se le pide sentido del misterio, como al sacerdote, luz de la verdad profunda como al profeta, sentido de la comunidad, de la iglesia como al pastor, y más allá de todos ellos, una doctrina que ilumina el misterio y ayuda a la solución de los problemas que la fe plantea a diario a los hombres. Es algo más que un «sa-

télite de Dios», que situado en órbita y a una cierta distancia, puede conocer, comunicar e informar a los hombres acerca de las cosas de Dios y ser crítico. Canals ha tenido presente la misión auténtica del teólogo, su dimensión eclesial, las exigencias culturales, la sacralidad de esta tarea, donde todo tiene su apoyo en la fe, en el misterio, en la luz que viene por revelación a la Iglesia, que es la Iglesia de Cristo y no de los hombres, y del servicio que está llamado a prestar. Canals ha recordado la primera lección de Tomás cuando en la Universidad de París hacía su *Inceptio* y definía el estatuto del teólogo con su proluación de *Rigans montes*, pidiéndole que fuera inocente, inteligente, ferviente y obediente, y se preguntaba, entre el temor y el temblor, ¿quién podrá ser todo eso? Y, consciente de su pequeñez, concluía orando: «Cristo nos lo conceda. Amén». El teólogo Canals se ha propuesto esa misma meta en el oficio teologal.

Canals y el misterio de Jesucristo

Tenemos al teólogo Canals frente al misterio de Dios. Un misterio que excede las fuerzas del hombre. A Dios no lo ha visto nadie en esta vida y no lo puede ver, porque no es visible. El teólogo llega a ese misterio como llega el fiel creyente, por la fe. La fe es para el creyente la luz que ilumina sus sendas. Es como los ojos para ver el mundo, como la razón para discernir las cosas desde algo que va más allá de las apariencias. Dios ha desvelado su misterio. La fe acoge esa autorrevelación de Dios, la acepta a través de la palabra, y la convierte en «substancia» de su propia vida. Creemos lo que no vemos ni entendemos. La fe llega a Dios a través de los dos misterios, uno hacia lo profundo de Dios, otro hacia lo profundo del hombre, el de la Trinidad y el de la Encarnación: Dios en sí mismo, Dios con nosotros. Este misterio es la clave de la fe, porque todo se centra en él. Tomás de Aquino llama a este misterio *miraculum miraculorum*, el gran signo, el sacramento por antonomasia. Este misterio es el misterio de Jesucristo, en el cual se desvela a un tiempo el misterio de Dios y el problema del hombre. Este misterio es la piedra angular de la fe y de la vida cristiana.

En el misterio de Cristo, se concentran todos los misterios de su vida. El teólogo está llamado a confrontarse con este misterio, porque es preciso que responda a la pregunta que el mismo Jesús hacía a sus apóstoles: ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Y vosotros qué decís, quién soy yo? (Mt 16,15). La respuesta es la síntesis de las cristologías. El maestro Canals ha tratado de dar la respuesta. Puede decirse que lo ha hecho desde dos puntos de partida: desde la fe actual del pueblo de Dios, en un movimiento de teología regresiva, que admiraba el Car-

denal Marcelo González, partiendo de la fe actual de la Iglesia y llegando hasta el Jesús de la historia, testimoniado por la palabra y la vida de los apóstoles, y con mayor insistencia en sentido inverso, desde el Jesús de la historia al Jesucristo de la fe de los Concilios, desde Efeso al Vaticano II.

Hay un punto de partida real, histórico, un hombre concreto, Jesús de Nazaret, una persona real, *ipsum suppositum hominis*, es el Jesús de Nazaret, el hijo de María, el hijo de David. En Él está el núcleo del evangelio, como afirma Marcos: «el evangelio de Jesucristo, hijo de Dios» (Mc 1,1), el que proclama Pablo: «El evangelio de Dios acerca de su Hijo, el que nació de la estirpe de David según la carne, que fue constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad desde su Resurrección de entre los muertos» (Rm, 1,34). Éste es el Jesús histórico y el Jesús de la fe, desde el principio, cuyo misterio se presenta a los fieles, porque es verdadero hombre y verdadero Dios. La cristología pasa de la predicación apostólica a la comprensión de la fe en los diversos Concilios orientales. La fe de la Iglesia mantiene la vía media entre los dos extremos, el de quienes ven en Cristo sólo a Dios con apariencia humana, o sólo un hombre excepcional en quien Dios actúa. La fe afirma la unidad de las dos naturalezas en una sola persona. Lo que ahora nos parece sencillo costó grandes esfuerzos y batallas doctrinales.

Canals sigue con atención las peripecias de la fe y logra la síntesis en los tres momentos decisivos: en el Concilio de Efeso (431) se condena el error judío de Nestorio, por obra de San Cirilo de Alejandría, y se afirma la unidad de Cristo confirmando el Concilio de Nicea, Jesucristo es el hijo de Dios hecho hombre, y por ello le competen los predicados divinos del Emmanuel. María es la Madre de Dios; el Concilio de Calcedonia (451) condena a Eutiques y habla de las dos naturalezas, divina y humana, unidas en Cristo en una sola persona. En este Concilio se ponen de relieve los predicados humanos del hijo de Dios, «Dios perfecto y hombre perfecto, de alma racional y cuerpo... Confesamos a un solo Cristo, a un solo Hijo, a un solo Señor». De una naturaleza se había pasado a dos naturalezas en Cristo. La fe de la Iglesia en torno al misterio de Cristo logró la unidad en el Concilio II de Constantinopla (533) confesando en Jesucristo una sola persona y dos naturalezas. La gracia de la unión de Cristo, la unión hipostática, y la gracia capital, la de ser cabeza del cuerpo místico, van unidas, porque la humanidad es el instrumento de su obra salvadora. La fe de la Iglesia persiste en la afirmación de este dogma central.

El Dr. Canals ha seguido atento al hilo de la historia de la fe, y ha encontrado en la escisión protestante la raíz de la división en la falta de inteligencia del misterio de

Cristo, en las controversias sobre la gracia, entre los dominicos capitaneados por Bañez y los jesuitas, que siguen a Molina, hay que encontrar una cristología subyacente que oscilaba entre dar la primacía al elemento divino o al humano.

El Maestro Canals es un gran delador de la síntesis de los contrarios —«la contrariedad dialéctica, dice, es nota propia del error»— y defensor de la unidad en la fe, del posible encuentro de todos en Jesucristo. En la hora actual el misterio de Jesucristo sigue siendo el centro de la historia de la salvación. En esta hora de la secularización es preciso volver a Él y afirmar su reinado, su poder salvador, su amor infinito por los hombres simbolizado en el Corazón de Jesús. En su comprensión del misterio de Cristo, el Dr. Canals, discípulo de Tomás y predicador de los ejercicios de San Ignacio, al topar con el motivo de la encarnación, *Cur Deus homo*, a veces tiende a la tesis tomista de que Dios se ha encarnado por nosotros los hombres para salvarnos del pecado, y a veces a la tesis escotista y suareziana, de que se ha hecho hombre por pura bondad y que hay una primacía de Cristo sobre la creación del hombre, por pura bondad. Esa antítesis no es tal. Tomás conocía esa tesis y la propone entre los motivos de la encarnación. No sólo la salvación del hombre, su exaltación, sino también llevar a la plenitud de la perfección todo el universo, y eso se logra en el Verbo, sin que haya que apelar a la *felix culpa*. Si alguna vez fue a la catedral de Chartres, podía ver en el pórtico una expresión plástica, a Dios Padre creando al hombre, y mientras lo forma del barro de la tierra, tiene los ojos fijos en el Hijo, a cuya imagen crea todo lo demás (Cfr. ST.III.1.3).

Irradiación

El misterio de Jesucristo desde ese centro en el cual se toca el misterio de la autorrevelación de Dios, el teólogo tiene el punto de partida y de retorno para sus incursiones. Canals ha penetrado en el fundamento de la «unión hipostática». Desde ella se puede ascender al misterio de la Trinidad, se puede encontrar el rayo de luz para indagar en el misterio de María, se puede perfeccionar la teología de San José. En verdad, Canals lo ha hecho de modo ejemplar en los tres campos.

Devoto de San Ignacio, a quien tiene por digno de ser proclamado «Doctor de la Iglesia», y buen conocedor de su obra, se complace en descubrir la profunda coincidencia de la fe de un cristiano sencillo, sin letras, como era Ignacio de Loyola, con la fe de la Iglesia. Ignacio se expresa en el lenguaje del pueblo, con el *sensus fidelium*. Canals recoge esas fórmulas densas y un tanto rudas, que provienen del Catecismo, y las somete a análisis.

Ignacio invita al ejercitante en la segunda semana a contemplar «cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez del mundo... las tres personas divinas como en su solio real o trono de la su divina majestad, cómo miran toda la haz o redondez de la tierra... y cómo se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre...». Jesucristo es el objeto de la contemplación: «Imaginando a Cristo Nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados». En esa luz del misterio de Cristo, San Ignacio ve la maldad del género humano, la necesidad de la conversión, el misterio de María, y la misión de la Iglesia.

Irradiación de ese misterio central de Cristo es su teología mariana. Su percepción del misterio de Cristo le ha llevado a ser crítico con los desvíos protestantes en torno a la mariología. Si en el principio de la tarea conciliar se trataba de silenciar el tema de María, para no herir a los protestantes, o de atenerse a la *sola Scriptura*, Canals celebró con gozo el cambio de enfoque producido por dos hechos decisivos, el de incluir en la constitución *Lumen Gentium* el capítulo último sobre «María en el misterio de Cristo y de la Iglesia» y la proclamación por parte del Papa, Pablo VI, en pleno Concilio, de María madre de la Iglesia. Con ello no se deroga nada la obra salvadora de Cristo, sino que se manifiesta su bondad con los hombres al darnos a su propia madre.

María representa la máxima efusión del bien divino y el principio de la elevación del hombre para conformarse con Cristo. Por medio de ella se ha realizado el milagro de la unión hipostática, esa «unidad natural» de que hablaba San Cirilo que confiere una presencia entitativa de Dios en el universo criado. Él ha nacido de mujer, y esa nueva Eva es María, que participa de la gracia de unión al ser elegida para ser digna Madre del Hijo de Dios, y por ello Madre de Dios.

Una irradiación del misterio de Jesucristo es la Teología de San José, en la cual Canals no sólo ha trabajado a fondo, sino que ha logrado un desarrollo que antes no tenía. No sólo le mueve la devoción, como a Santa Teresa, que sabía de San José más que su confesor Bañez, sino le conmueve que el Papa Pío IX en 1870 lo proclame Patrono de la Iglesia de Dios, que Juan XIII le confie el patrocinio sobre el Vaticano II, incluya su nombre en el canon de la misa, que el pueblo catalán en el siglo XVIII asista a disputas teológicas sobre quién es mayor, San José o San Juan Bautista, sino que se funda en la tradi-

ción teológica del gran jesuita Francisco Suárez, quien no sólo estructura la mariología, sino que indica una nueva vía para el desarrollo de la teología acerca del esposo de María y padre legal de Jesucristo, la vía de la pertenencia de San José al orden hipostático; «Dios concede su gracia en proporción con la dignidad y el ministerio que confiere... El oficio de San José fue tanto más excelente cuanto más alto fue el orden a que perteneció». (*De mysteriis vitae Christi*, Disp. VIII.s.1. n.º 9.). Por ese camino real de la teología, Canals ha indagado el lugar que ocupa San José en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Ese lugar se encuentra teniendo en cuenta la relación que tiene con la persona de Cristo, Salvador y cabeza de la humanidad redimida. Esa relación lo sitúa de modo singular al servicio de la salvación de los hombres en Jesucristo. Tiene un parentesco humano con Jesús, tiene un oficio en relación con Jesús, por ser esposo de María. Él personifica las promesas hechas a Abraham y realizadas en la casa de David. José y María, siendo esposos, están asociados en la obra salvífica, a Cristo, piedra angular. Por ello es proclamado por el pueblo el Patriarca del pueblo de Dios de la nueva alianza.

Tal es el perfil teológico del maestro Canals, un perfil bien definido, aunque estos rasgos míos, demasiado genéricos, lo hayan dejado desdibujado. Al seguir sus huellas de teólogo me he preguntado a qué escuela de la actualidad se puede adscribir. El Maestro Canals, que es un hombre impulsivo y trasparente, no oculta ni disimula sus preferencias y sus fuentes. Es un fiel discípulo del P. Ramón Orlandis, S.I., a cuyo lado trabaja desde 1944 en la Schola Cordis Iesu y en la revista *Cristiandad*. Ha adquirido su título de Doctor en la Facultad de Teología de Barcelona, y se ha sentido impulsado en sus estudios por el teólogo Francisco de P. Solá. Ha desarrollado su vocación en ese clima de altura que ha distinguido a la Balmesiana, dirigida largo tiempo por el P. Roig Gironella. Al mismo tiempo, catedrático de metafísica, sucesor del maestro y amigo Jaime Bofill, ha dado impulso a la escuela tomista y ha penetrado con singular fortuna en el núcleo de la teología de Santo Tomás. La vocación de teólogo le es connatural. Por ello, en la cúspide de su madurez intelectual, y con el espacio de libertad que da la jubilación, yo le deseo *tempus et oleum* para que su lámpara teológica siga encendida y su fecundidad proverbial pueda ofrecernos nuevos frutos. Pido al Señor le inspire y que este mi deseo se convierta en realidad.

«Canals extiende su mirada de historiador a todas las cosas, divinas y humanas»

Juan Bms. Vallet de Goytisolo, Académico de las Reales Academias de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación, se complace en recordar la contribución de Canals en el campo de la Historia.

Son muchos años —ceranos ya de los cuarenta— que me unen con entrañable amistad al Profesor Francisco Canals Vidal. Son tantos cuantos han transcurrido de constante colaboración entre Schola Cordis Iesu y Speiro. Colaboración leal, con una asombrosa coincidencia de pensamiento, de perspectiva y fines. A ella se suma, desde hace pocos años, la que existe, hoy, entre Schola y la Fundación Francisco Elías de Tejada.

El profesor Canals Vidal es doctor en teología, en filosofía y en derecho. Pero, además, sus saberes se extienden universalmente. Si se leen sus obras se observa enseñada que es un polígrafo. Esto no es de extrañar, pues tanto la teología y la filosofía, como también el derecho, abarcan la vida entera del hombre, al que acompañan a través de toda su vida personal, individual y, genéricamente, a lo largo de toda la historia de la humanidad, desde sus mismos orígenes hasta escrutar el más allá. Por eso, Canals no ha podido dejar de extender su perspectiva teológica y filosófica a la historia, estudiarla y reflexionar al contemplarla profundamente con su visión mental iluminada por sus saberes teológicos y filosóficos. Pero, también, lo hace a través de su sentido común, inseparable de la verdadera filosofía realista, según nos enseñaron prácticamente Aristóteles y Santo Tomás de Aquino.

Cuando preparaba estas palabras tenía entre mis manos su libro *La tradición catalana en el siglo xviii. Ante el absolutismo y la ilustración*. Hacía muy poco que había leído el magistral prólogo escrito por él para la edición crítica que Fundación Elías de Tejada prepara de las *Narraciones históricas* de Francisco de Castellví. Poco antes, para preparar esta colaboración, había tenido a mi vista su prólogo al libro de José María Alsina Roca *El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana*; así como la colección completa de la revista *Verbo*, para repasar sus artículos y conferencias en ella publicados, y la recopilación de artículos suyos, la mayoría aparecidos en *Cristiandad*, que fueron agrupados por Ediciones Acervo en el volumen titulado *Política española: pasado y futuro*, formando un libro de extraordinario interés no sólo en la fecha de su publicación, sino también hoy; pues, tanto su temática como sus reflexiones se mantienen vivas y actuales. De

aquella colección y de esta recopilación he repasado especialmente aquellos trabajos que tratan de temas históricos.

Canals Vidal domina de modo muy especial la historia de los siglos xviii, xix y principios de este siglo xx, en los cuales vivieron las principales personalidades por él estudiadas y tuvieron actualidad los temas acerca de los cuales ha emitido juicios.

Conviene resaltar, entre estos temas: la rivalidad entre el Estudi General de Barcelona y el Col·legi de Cordelles; la guerra de Sucesión vista con su trasfondo en el tablero político europeo de entonces, con todas las vicisitudes de alianzas y contraalianzas, que finalmente dejaron a Barcelona abandonada a su suerte durante su asedio por el ejército aliado que comandaba el Duque de Berwick; la pintura del ambiente religioso que durante su transcurso se respiraba en la Ciudad; el Decreto de Nueva Planta, y la rivalidad posterior entre *botiflers* y *vigatans*. Cambiando de página, son de sumo interés: sus relatos acerca del jansenismo y el galicanismo; la descripción del ambiente intelectual de la Universidad de Cervera; el relato de la fundación de las Escuelas Pías y su espíritu; el de la Guerra Gran, de su contexto; su visión del romanticismo, del absolutismo, del liberalismo, del carlismo y del catalanismo, que ha confrontado repetidamente con la auténtica tradición catalana.

A la par que trata estos temas, va haciendo desfilar los personajes, que son objeto de su análisis serio y riguroso. En el siglo xviii: Francisco de Castellví, el gran romanista Josep Finestres y su significación negativa para el derecho catalán, fray Juan Tomás de Boixadors, el obispo dominicano Climent, el arzobispo Armañá, el regalista Félix Amat, etc. En el siglo xix, entre otros, el doctor Vicente Pou, el filósofo de Vic Jaime Balmes, el ministro Calomarde, Donoso Cortés, Antonio Cánovas del Castillo. Y, en el entrecruce del siglo pasado con éste actual, el gran obispo de Vic, Josep Torras y Bages, con su enorme personalidad.

Son muchas las reflexiones que suscitan las consideraciones históricas desgranadas por Canals Vidal a lo largo de su fructífera obra escrita. Pero pienso que es mejor centrarme sólo en aquello que —creo yo— mejor refleja su pensamiento filosófico proyectado a la historia.

Nada descubro al recordar la plenitud de su tomismo; pero, aquí, viene como anillo al dedo insistir en que el realismo integral de la filosofía tomista exige, cómo una necesidad, que penetremos profundamente en la visión de la historia del hombre, y en que, al mismo tiempo, nos facilita una más profunda y lúcida inteligencia del sentido que contiene el discurrir de la misma.

En su *quaestio* 103 de la *pars prima* de la *Summa theologiae*, titulada *De gubernatione rerum*, el Santo de Aquino realiza un lúcido contraste del orden general de las cosas, en su estática y en su dinámica trazado por Dios en su obra creadora, con la pluralidad de los órdenes particulares conforme los cuales, a causa del libre arbitrio del hombre y de su naturaleza herida por el pecado original, discurre la historia de los pueblos. Es un tema que, en el primer tercio del siglo XVIII, el genial napolitano Giambattista Vico retomaría para explicar los *corsi* y *ricorsi* de la historia de todos pueblos y el decurso de las civilizaciones, que se hallan previamente trazados condicionalmente en la «historia ideal y eterna», diseñada por la divina Providencia, atendiendo a cuál sea la conducta de los hombres y de los pueblos, que los llevará a su crecimiento y apogeo, o bien a su decadencia y ocaso; e incluso, a sus renacimientos.

El nominalismo había negado no sólo la cognoscibilidad sino también la existencia de todo orden en las cosas. Según él, los universales son meros nombres —*nomina*—; negando la existencia de causas formales y finales, sólo admitía las causas materiales y eficientes singulares. Pero, incluso la causalidad de éstas la había dejado en duda Ockham, y, siglos después, David Hume consideraría que son sólo meras apariencias que nuestra mente traza en imagen al observar que, en ciertos casos, a un hecho le sucede repetidamente otro siempre igual, pero que carecemos de toda prueba de la realidad de esa causalidad.

Con esa mentalidad, ¿a qué queda reducida la sociedad humana? y ¿qué sentido puede tener la historia? De aquélla predominará una visión individualista y voluntarista, y de ahí la dialéctica entre la voluntad soberana encarnada en el Estado y las voluntades individuales de los súbditos y, en suma, de los más fuertes. Socialismo y liberalismo, sin escrúpulos, quedan frente a frente. A su vez, la historia es reducida a una dialéctica de intereses y de pasiones.

La tradición de los pueblos es desechada como algo carente de sentido que debe ser superado por una revolución o por una evolución ideológicamente programada. La existencia social es explicada acudiendo a las ficciones del contrato social y de la voluntad general que, a veces, ahoga todo lo que es minoritario, y, en otras ocasiones, es amordazada por el poder absoluto de Leviathan... ¡O éste, o Demos!

El pueblo ya no puede ser comprendido como resulta-

do de una tradición viva, y es sustituido sea por la masa de votantes en plebiscitos teledirigidos o bien por aquellos grupos que tratan de encasillar ideológicamente las oligarquías de los partidos políticos, en lucha con los otros grupos de presión que ostentan el dominio de los medios de comunicación.

Canals Vidal, como filósofo realista, extiende también su mirada de historiador a todas las cosas, divinas y humanas; al Ser creador y a los seres por Él creados, a lo que es permanente —*aliquid stabili*, decía Santo Tomás— y a lo que cambia —*aliquid ad motus pertinens*, decía el mismo Doctor común—; contempla ser y devenir, esencia y existencia, potencia y acto. Solo así se pueden comprender los pueblos, en su respectiva tradición, con su cultura, arraigada en la tierra de los mayores. Así se entienden las naciones como algo más que una masa humana asentada en un territorio a la que el Estado da forma; y se observan con claridad los desarreglos a los cuales les conducen los *ismos*, por considerar las naciones como absolutos excluyentes, y al pretender conseguirlo ya sea mediante una revolución o bien conduciéndolas lentamente hacia otro estatismo, en el que caen inevitablemente, sobreponiéndose sobre su entramado social que desarraigan, y, así, se deshace su propia cultura. Luego, ya no cabe sino el plagio y la improvisación, en un constante hacer y deshacer.

El 31 de octubre de 1976, en una de las Reuniones de Amigos de la Ciudad Católica, le escuché a Canals hablar de «Países, naciones y Estados en nuestro proceso histórico» y, al respecto, de «las trampas del lenguaje político vigente con sus rigideces y equivocidades». Nos mostró la falsedad del denominado principio de las nacionalidades, que reclama un Estado para cada nación, ésta configurada por el idealismo romántico y aquél basado en la pretendida «soberanía del pueblo» o en el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». Expresiones a las que el mismo Canals opone que, en el sentido propugnado por aquél principio, «Nadie tiene derecho a disponer de sí mismo. Ni los esposos, ni los padres, ni los hijos, ni los pueblos».

Pero, hoy, ¡incluso aquellas mujeres que se dicen liberadas proclaman su pretendido derecho a disponer del fruto que tienen en sus entrañas, afirmando que son dueñas de su vientre! Individualismo radical, nacido de un nominalismo que sólo reconoce cosas singulares e individuos aislados, que sólo como masa de votantes permite comprender el conjunto de los súbditos; que no alcanza a percibir sus normas esenciales, necesarias para preservar una verdadera comunidad social, ni puede entender la tradición de cada pueblo, ni las virtudes que ayudan a formarlo, basadas en la fe religiosa, y que son imprescindibles para mantenerlo religado.

No se admite otro modo de dotar de un orden a esa masa sino la creación de un Estado, Leviathan o Demos.

El universal vivo es sustituido por una totalidad mecánicamente estructurada, tecnocráticamente planificada. El pueblo es reducido a masa, que se desborda fácilmente. o bien, para que no se desborde, es encapsulado en moldes prefabricados tecnocráticamente.

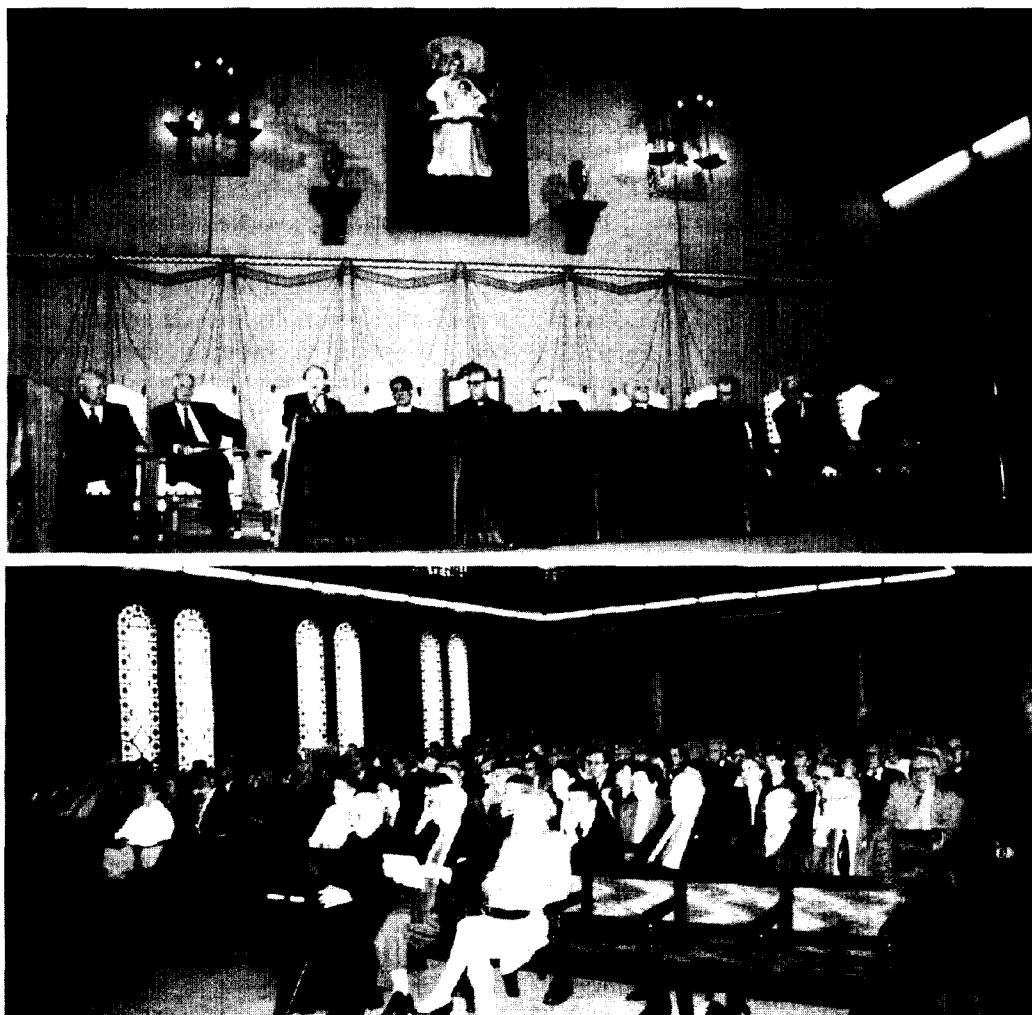
Los conceptos abstractos y las palabras que los expresan son absolutos y excluyentes y desprecian las particularidades y singularidades. En cambio, los universales, desechados por ella, son flexibles en su ámbito respectivo y comprenden todas sus peculiaridades.

Canals nos lo recuerda, incesantemente, cada vez que reflexiona y nos hace reflexionar acerca de un tema, de un período histórico, de un episodio, de un personaje histórico.

Su realismo filosófico y sus conocimientos históricos se complementan. Le permiten comprender y sentir viva la tradición histórica de cada ente social, desde la familia hasta la catolicidad, desde la cultura campesina y ciudadana hasta la civilización cristiana. Así todo se observa religado, todo se complementa, en contra de la visión y los proyectos que dialectizan, que disocian en masa amorfa

manipulable por una propaganda y por la enseñanza de una historia falsificada, que a los pueblos les haga creerse algo que no son o que sólo son en parte. Así, o se muestra una Cataluña mutilada de sus dimensiones católica e hispana o se predica una España unitarista, uniformada por un Estado burocrático. En cambio, Canals sabe ver cuáles son las raíces profundas del pueblo catalán, vivificadas por una concepción cristiana del mundo y de la vida. Y nos muestra lúcidamente cómo la concepción tradicional del propio ser de Cataluña se contrapone a la idea propugnada por la filosofía romántica del idealismo alemán, creadora de un nacionalismo insano, de cuyo peligro para Cataluña había alertado Torras i Bages hace cien años.

Termino, insistiendo en que teología, filosofía, historia y pensamiento político resultan perfectamente coherentes en el pensamiento, en las explicaciones y en las enseñanzas de Canals Vidal. ¡Muchas gracias! a él, por ellas, y a todos los presentes por haberme escuchado tan pacientemente.



Presidencia del acto académico y un aspecto general del salón de Balmesiana.

«¡Gràcies, Cors de Jesús i Maria!»

Pere Basil, presidente honorario de Schola Cordis Iesu, situó la actualidad de esta institución en el marco de su ya larga historia y destacó en ella la presencia de las familias.

Com un dels deixebles més vells d'aquesta Schola, junt amb la nostra benemèrita M^a Assumpció López, em plau associar-me a l'homenatge que tributem al nostre mestre Francesc Canals.

Altres, amb major autoritat, us han parlat del mestratge i de l'obra publicitària que, durant anys, ha desenvolupat el Dr. Canals en la nostra Schola, en la Universitat i en diverses publicacions. Jo, en canvi, us parlaré d'una de les seves obres, silenciosa però eficaç, com instrument de la Providència, en la continuïtat de la nostra Schola.

Però, com solem fer els vells, començaré per evocar els meus antics records, referint-me a les diverses etapes que ha viscut la nostra Schola.

La primera, «Juventus», integrada per un grup d'aleshores joves, gairebé tots procedents de la Congregació Mariana del Pare Vergés. Recordo especialment els amics Creus, Sanmartí (Pere i Domènec), Josep M^a Planas, Modolell, Grezner, Oriol Anguera... i especialment el boníssim «Papà» Bosch que, segurament des del Cel, comparteixen aquest acte junt amb els pocs supervivents, com el Dr. Gerard Manresa, l'Enric Freixa i en Manuel Solà-Morales, ací present.

La segona etapa, durant els anys dolorosos de la nostra guerra civil, que aprofità el Pare Orlandis per a iniciar alguns deixebles en l'estudi de la doctrina tomista. Un d'ells, en Jaume Bofill que, llicenciat i doctorat en filosofia, guanyà després la càtedra de Metafísica de la Universitat, punt de partida del que havia d'ésser el nucli tomista de la Universitat barcelonina. Per cert que, amb motiu d'haver conseguit aquesta càtedra, se li feu un homenatge, junt amb el Dr. Vicens Vives que n'havia guanyat una d'història, i en aquell acte el Pare Orlandis pronuncià un parlament glosant la paraula *convivium* que després es posà per títol de la revista universitària de filosofia, de la qual Bofill i Canals en foren fundadors.

De la tercera etapa, iniciada al final de la guerra civil, caldria recordar especialment quatre fets: la salvació de la biblioteca de Schola, gràcies als bons oficis del que fou director de la Biblioteca de Catalunya, el Dr. Jordi Rubió i Balaguer, i el seu posterior retorn a l'antic local de Llúria, 15. Les profundes lliçons que cada dilluns ens donava el Pare Orlandis sobre teologia de la Història. La incorporació de nous deixebles, con en Paco Gomis

Casas, l'Eduard Conde, l'Arquer, en Maurici Sivatte, en Martínez-Marí i tants d'altres, procedents de molt diverses i, àdhuc, oposades idees polítiques, però bàsicament units pel que el Pare Orlandis proposava com «ideal nuclear» de Schola, la reialesa del Cor de Jesús.

I, finalment, el llançament de la revista *Cristiandad*, mercès a l'empenta inicial d'en Fernando Pérez del Pulgar, al generós finançament, en bona part, d'en Pere Sáenz-Díez, a la direcció oficial d'en Fernando Serrano i a l'assídua col.laboració dels redactors avui difunts Jaume Bofill, Lluís Creus, Domènec Sanmartí, Tomàs Lamarca, Ignasi M^a Serra Goday, Pau López Castellote... i els que encara avui ens acompanyen, com el mateix Francesc Canals, en Josep M^a Minoves, la M^a Assumpció López i molts d'altres.

Mort el Pare Orlandis i, poc després, en Jaume Bofill, Schola Cordis Iesu sofrí una greu crisi, una veritable travessia del desert que, gràcies a Déu, pogué superar-se sota l'actuació de l'avui homenatjat Francesc Canals. Amb ell comença l'etapa quarta de Schola Cordis Iesu, la que podríem anomenar amb justícia l'etapa Canals, amb la incorporació de molts nous deixebles, alguns dels quals, com els Drs. Petit, Forment, Prevosti i Alsina, dirigits pel nou catedràtic de Metafísica, Canals, prengueren la torxa d'en Jaume Bofill en la difusió de la doctrina tomista en la nostra Universitat.

Moltes coses s'han dit sobre la personalitat i l'obra escolàstica del Dr. Canals, però jo voldria subratllar aquí una de les seves tasques que crec més important, en mireres al revifament i a la supervivència de Schola Cordis Iesu. Em refereixo a la providencial transformació d'aquesta entitat, d'una agrupació de seglars barons, a una agrupació de famílies; i encara podria afegir de famílies cristianes amb múltiples fills. Aquesta ha estat, per mi, l'obra més «revolucionària» de l'etapa Canals i el secret, i la raó profunda, de la pervivència de Schola.

Per això podem dir que el veritable autor d'aquesta transformació de Schola ha estat el Cor Providentíssim de Jesús; i encara afegiria, del Cor Mitjancer de Maria, que ha mogut a les mullers i mares a integrar-se en aquesta obra.

A ells hem de donar gràcies, majorment ara que ja apunta l'alba d'una cinquena etapa, protagonitzada pels fills d'aquestes famílies. ¡Gràcies, Cor Providentíssim de Jesús! ¡Gràcies, Cor Mitjancer de Maria!

«Ultra quam speraverint»

El Dr. Canals recordó al final de la comida su trayectoria personal y su relación con el Padre Orlandis. Fue un parlamento emotivo e íntimo. Ya en el acto académico de la tarde quiso evocar la tarea apostólica del Padre Orlandis y los rasgos fundamentales de la herencia recibida, que nos compromete a todos. Estas son sus palabras:

Para agradecer a todos los organizadores y asistentes a estos actos, me parece oportuno referirme a nuestra convicción sobre la raíz y la finalidad de la tarea apostólica del Padre Ramón Orlandis en la fundación de Schola Cordis Iesu.

En 1962 el Padre Luis González, S.I., entonces director del Apostolado de la Oración en España, decía en Barcelona que: «La sección fundada por el padre Orlandis ha sido única en el mundo en cuanto a desarrollar en el plano cultural los ideales del Apostolado de la Oración».

Nuestra pertenencia como sección al Apostolado de la Oración, y el hecho de que el propio Padre Orlandis asegurara que en esta integración estaba la garantía de la continuidad de Schola, me han hecho pensar muchas veces que la fructificación sorprendente e inesperada de su carisma apostólico responde a la promesa del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque anunciando que la tarea de los apóstoles del Corazón de Jesús fructificaría «*ultra quam speraverint*». Estas palabras están en cartas de la Santa, en las que afirma el designio del Corazón de Jesús de que los religiosos de la Compañía de Jesús se sintiesen especialmente llamados a este apostolado. De este llamado *munus suavissimum*, encargo suavísimo, tengo la convicción de que hemos sido partícipes los discípulos del Padre Ramón Orlandis.

Escribía el Padre Calveras en la revista *Manresa* (núm. 38, 1934), citando a Santa Margarita María de Alacoque, que el Señor «Sabe las personas que ha destinado en particular para establecer su reinado... Y será en vano que otras se entrometan en ello, porque no derramando él la unción de su gracia no podrán tener buen éxito».

El Padre Calveras afirmaba en aquel artículo que los hijos de la Compañía tienen por su Instituto, y por el espíritu de los Ejercicios de San Ignacio, esta vocación. Esta es la que se nos ha comunicado a través del Apostolado de la Oración. El Apostolado de la Oración no es una obra de la Compañía de Jesús, como las antiguas Congregaciones Marianas; es de carácter diocesano, pero la propia Compañía tiene por voluntad pontificia una responsabilidad universal de promoverlo e impulsarlo.

Es frecuente minimizar y aún poner en duda el valor de los encargos y promesas que aparecen citados en los escritos y cartas de Santa Margarita María de Alacoque,

con el pretexto de que se trata sólo de «revelaciones privadas». Conviene recordar que, en el Año Santo de 1950, la Dirección General del Apostolado de la Oración decía:

«La moderna devoción de la Iglesia al Corazón de Jesús está inseparablemente unida con Paray-le-Monial, y no puede entenderse, sobre todo en su adecuación y trascendencia para nuestro tiempo, sin atender a las revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque. La devoción que pasara en silencio estas revelaciones no sería ya la que la Iglesia nos propone en su liturgia y en los documentos pontificios» (*Nuntius ad nuntios*, Roma, diciembre de 1950).

Ha sido frecuente en nuestros días dar por caducadas todas aquellas cosas que la moda silencia o tal vez tiende a negar. Entre estas cosas está, como en el jansenismo del siglo XVIII, el culto al Corazón de Jesús, su relación con el Reinado de Cristo, y desde luego el espíritu de «reparación».

Una de las actitudes que inculcó el Padre Orlandis a los de Schola era la de atender fielmente a las palabras de los papas y de los obispos, y no a los rumores y noticias en torno a sus silencios, o al propósito de olvidar doctrinas muchas veces enseñadas y presentes en la vida de la Iglesia, en la liturgia y en el sentido del pueblo cristiano.

Hace pocos días hemos oído a Juan Pablo II, refiriéndose a la primera religiosa centroamericana beatificada, hablar de la reparación al Sagrado Corazón de Jesús; hemos oído narrar que el primer gitano beatificado murió clamando «¡Viva Cristo Rey!», como el Padre Pro, el jesuita mejicano que fue ejemplo para los mártires españoles en la persecución de 1936; en la canonización de San Claudio la Colombière oímos afirmar a Juan Pablo II los mismos contenidos esenciales del Magisterio de Pío XI en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, e insistir de nuevo, en la audiencia al Apostolado de la Oración, de 1 de junio de 1992, en el *munus suavissimum* de la Compañía de Jesús.

Schola Cordis Iesu, cuya fructificación más visible y primera en el tiempo ha sido la revista *CRISTIANDAD*, ha podido ser vista muchas veces como entregada a una línea de actuación y a una visión de las cosas que suelen atribuir sociólogos e historiadores a los pontificados del Venerable Pío IX y de San Pío X.

Nuestra devoción ferviente a la autoridad pontificia, nuestra convicción del carácter providencial de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, del patrocinio de San José, de la institución de la fiesta del Corazón de Jesús en la liturgia; y de la validez permanente de unas enseñanzas, como las contenidas en la Encíclica *Quanta cura* y en los documentos del *Syllabus* de 1864; cuya vigencia afirma el primer párrafo de la declaración del Concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa; nuestra convicción de la oportunidad de la condenación del modernismo por San Pío X... todas estas cosas explican aquella calificación, para algunos peyorativa.

Nosotros aceptamos esta caracterización, sin jactancia ni timidez cobarde. Pero me parece éste un momento adecuado para reafirmar lo que, hablando en nombre de la revista CRISTIANDAD en su XXV aniversario en 1969 ante el entonces Arzobispo de Barcelona Marcelo González, declaré. Es algo que es para mí un recuerdo de una conversación con el Padre Orlandis, que admitió complacido una observación mía dicha coloquialmente, y que él aprobó totalmente.

Si alguien quisiese definir las líneas nucleares del movimiento apostólico, al servicio y en el seno del Apostolado de la Oración, ejercido por Schola Cordis Iesu y la revista *Cristiandad*, fruto del cual y ordenado al cual han sido cualesquiera otras tareas culturales, o de estudio teológico y filosófico, podría formularlo así:

El programa espiritual y la tarea apostólica del Padre Orlandis podría caracterizarse por su coincidencia con la pastoral pontificia del papa Pío XI: la afirmación y la esperanza del Reinado de Cristo, sólo en el cual puede hallar el mundo la paz; la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, providencialmente vinculada a aquella esperanza (*Ubi arcano, Quas primas, Miserentissimus Redemptor*); la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús con su mensaje del Amor misericordioso y de la infancia espiritual, y que Pío XI afirmaba siempre ser «la estrella de su Pontificado»; los Ejercicios de san Ignacio de Loyola (*Mens Nostra*); la doctrina teológica y filosófica de santo Tomás de Aquino (*Studiorum ducem*).

En algunos artículos del Padre Orlandis —«Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», «¿Somos pesimistas»— se insiste en la afirmación de que no es posible en el mundo la paz sino en el Reino de Cristo, en los individuos, en las familias y en la sociedad política e internacional. Fue ésta una de las constantes del magisterio de Pío XI. Con ella se unía la afirmación de la esperanza de aquel día felicísimo en el que mundo entero obedecerá al dominio de Cristo Rey, de la que es signo precisamente la institución de la fiesta de Cristo Rey.

Estas esperanzas de Pío XI, vinculadas al cumplimiento de las promesas del Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque, dieron sentido a la teolo-

gía de la Historia que, siguiendo al Padre Ramière, constituyó el núcleo de la formación que fructificó en la fundación de la revista *Cristiandad*.

En el escrito del padre Orlandis "Pensamientos y ocurrencias" a estos ideales corresponden las dos primeras etapas que él señala en el providencial progreso de la devoción al Corazón de Jesús: la de Paray-le-Monial, y la de los escritos y las actividades apostólicas del padre Enrique Ramière, que fructificaron en la acción universal del Apostolado de la Oración, que llevaría a la consagración del mundo al Corazón de Jesús y a la institución de la fiesta de Cristo Rey.

Pero la coincidencia del carisma orlandiano con el programa pastoral de Pío XI no se limita a lo dicho hasta aquí. Si santa Teresita del Niño Jesús fue la "estrella" de aquel Pontificado, también el mensaje de infancia espiritual y de abandono confiado al Amor misericordioso del Corazón de Jesús constituían para el padre Orlandis el motor de su actividad y el centro de su vida. En el mencionado escrito sobre su propia espiritualidad el mensaje de santa Teresita es presentado como la plenitud de la auténtica devoción al Corazón de Jesús.

Al servicio de esta espiritualidad, la tarea del padre Orlandis puede definirse todavía por dos rasgos característicos: escribió sobre los Ejercicios de san Ignacio estudios de gran valor, pero además dio reiteradamente los Ejercicios en tandas que influyeron decisivamente en la vida de Schola y de *Cristiandad*.

En continuidad vital con su espiritualidad, el padre Orlandis desarrolló también un magisterio profundo filosófico y teológico nutrido en el pensamiento del Doctor Angélico, que sentía ser el remedio a la anarquía intelectual y a las confusiones y tensiones de nuestros días.

"La síntesis tomista" era una de sus consignas constantes, unida a la invitación a nutrirse del pensamiento del Angélico para encontrar en su sistema doctrinal también un elemento de síntesis vital, de armonía de la gracia con la naturaleza y de las convicciones intelectuales con los sentimientos del corazón.

Estamos convencidos de que el Padre Orlandis sirvió a corrientes de espíritu y doctrina que hoy siguen vigentes, reafirmadas por el Magisterio eclesiástico —recordemos la *Summi Pontificatus*, la *Haurietis aquas*, de Pío XII, la Carta *Investigabiles divitias Christi*, de Pablo VI— y en las que Juan Pablo II insiste de diversas maneras en muchas ocasiones. Estas corrientes están vivas entre el pueblo fiel. Con ellas estuvo en sintonía profunda la tarea apostólica y formativa, que hoy vemos tan fructífera e internacionalmente reconocida, del que fue nuestro maestro, el Padre Ramón Orlandis, cuya misión, como la del que siembra el grano de mostaza de la parábola evangélica, ha sido fecunda para el bien de la Iglesia.

«Nosaltres avui donem gràcies a Déu, li agraïm al professor Canals que hagi col.laborat tan eficaçment amb l'Esperit Sant segons el do que li ha donat per al servei de tots»

Monseñor Pere Tena, Obispo auxiliar de Barcelona, presidía el acto académico. Sus palabras de agradecimiento fueron un magnífico resumen de este jubiloso acto de homenaje.

Estimado Sr. Canals. Señoras y señores:

Creo que al terminar este acto las palabras tienen que ser muy breves y lo van a ser. La primera palabra es dar testimonio del sentido jubilar de este acto que estamos celebrando. Lo entiendo en el sentido jubilar propio por el aniversario del Sr. Canals. Pero también en el contexto de la preparación del Año Jubilar 2000. El P. Lobato ha hecho referencia a esto y varias de las intervenciones, y muy especialmente la del profesor Canals, que acaba de hacer, me han suscitado la imagen de este capítulo precioso de Juan Pablo II en la *Tertio Millenio Adveniente* cuando nos habla del sentido del jubileo, que nos hace esta referencia a lo que ha supuesto este siglo xx que estamos terminando; este siglo en el cual la Iglesia ha vivido con tanta intensidad una serie de acontecimientos que han marcado profundamente su vida. No voy a repetir todos los acontecimientos, pero es indudable que la devoción al Sagrado Corazón ha marcado desde el principio la vida de la Iglesia durante este siglo; que lo ha marcado la devoción a santa Teresa del Niño Jesús, y lo ha marcado el pontificado de Pío XI, y lo ha marcado el pontificado de Pío X, con todo lo que ha supuesto de renovación en la vida cristiana en sus aspectos sacramentales, litúrgicos; que lo ha marcado Pío XII con todas sus encíclicas... *Mystici Corporis, Mediator Dei*, de la cual este año celebramos el cincuenta aniversario; que lo ha marcado evidentemente de una forma decisiva el Concilio Vaticano II, al cual el Papa llama la preparación inmediata al jubileo del año 2000; y que lo ha marcado con esta época que hemos vivido después del Concilio que nos ha marcado a todos profundamente y de la cual nosotros mismos hemos sido en esta parte protagonistas, con todas sus luces y con todas sus incertidumbres, pero que ha significado para todos un momento de intensidad, de reflexión, de diálogo. En este contexto creo que es donde se enmarca la figura, la trayectoria, la personalidad del profesor Canals y de la misma Schola Cordis Iesu.

Esta presencia, esta actividad del señor Canals y de la Schola Cordis Iesu, es indudable que ha ejercido una influencia importante dentro de la vida cristiana, no solamente de los que han estado estrictamente vinculados a esta Schola, sino también a toda Barcelona, más allá de Barcelona y tantos otros lugares donde ha llegado esta influencia.

Por eso digo que estamos en la celebración jubilar, la celebración jubilar significa júbilo, significa acción de gracias, significa reconocimiento de la presencia de los dones de Dios en el mundo.

Y esto es lo que celebramos: la presencia de una historia, de una historia personal, que es un don de Dios, como asimismo nos acaba de decir el profesor Canals dando testimonio de sí mismo.

I és per això que la segona paraula que volia dir és precisament en el meu servei de bisbe de Barcelona: em penso, amb tota humilitat i sinceritat que aquesta sessió ha d'acabar —o pot acabar— ha d'acabar, em sembla, amb una acció de gràcies al professor Canals d'una manera la més eclesial possible. El professor Canals és un cristià, un fidel d'aquesta Església de Barcelona i per tant, és el moment avui de dir-li públicament: gràcies per tot allò que ha representat el carisme, el do de l'Esperit Sant al servei de tots els altres germans cristians d'aquesta Església de Barcelona. Gràcies, evidentment, perquè ha col.laborat amb el do de l'Esperit Sant. Estem començant l'última setmana del temps de Pasqua i preparant-nos per a la conclusió d'aquesta celebració esplèndida del do de l'Esperit Sant, que és cada any el dia de Pentecostès. I nosaltres sabem que a cadascú se'ns dóna l'Esperit Sant, que és el mateix en tots, però a cadascú se li dóna com si el do fos en utilitat de tots.

Nosaltres avui donem gràcies a Déu, li agraïm al professor Canals que hagi col.laborat tan eficaçment amb l'Esperit Sant segons el do que li ha donat per al servei de tots.

Adhesiones al homenaje a Francisco Canals Vidal

Reproducimos algunas de las adhesiones recibidas porque, en su conjunto, expresan el juicio que ha merecido la labor realizada por Francisco Canals en diferentes ámbitos. Al dar a la imprenta estas adhesiones pretendemos, sobre todo, mostrar la fructificación de una fidelidad y entrega que, aún fuera de lo común y por ello especialmente dignas de elogio, constituyen sin embargo un ideal al que queremos tender todos los miembros de Schola Cordis Iesu y redactores de la revista «Cristiandad». Sean también estas adhesiones palabras prestadas para la expresión de los sentimientos que compartimos todos los que, por estar presentes en el acto, no tuvimos ocasión de manifestar nuestro agradecimiento a Canals de esta manera.

Por razones obvias de brevedad tenemos que limitar las múltiples adhesiones recibidas e incluso, en muchos casos, la integridad de su contenido. También hemos suprimido el encabezamiento de la adhesión cuando ésta va dirigida a la Comisión organizadora.

Lo primero que debo hacer es felicitaros por la acertada idea del homenaje al Profesor Francisco Canals.

Es un acto tan justo y merecido que, lleno de entusiasmo, me adhiero de todo corazón.

Todos estamos de acuerdo en que la cabeza y el motor de Schola Cordis Iesu y de *Cristiandad* por espacio de muchos años y a través de toda clase de dificultades, ha sido Francisco Canals, con un tesón y una eficiencia insuperables. Es de toda justicia que ostensiblemente así se reconozca y se haga patente.

Reitero mi felicitación por la idea, con un abrazo de tu amigo

Fernando Serrano Misas

Director de la revista *Cristiandad* desde 1945 hasta 1995

* * *

Molt estimat Dr. Canals,

Amb motiu de l'homenatge que ben encertadament se li vol tributar el proper dia 10 de maig, i en la impossibilitat de fer-m'hi personalment present, permeti'm que m'hi uneixi ben de cor amb aquestes ratlles.

Gràcies pel seu mestratge a tantes generacions de joves estudiants de filosofia que, com jo mateix, fórem alumnes seus. El recordo com a molt bon professor meu, des dels meus temps adolescents a l'Institut «Jaume Balmes» de Barcelona, i posteriorment, ja jove sacerdot, a la Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació de la Universitat de Barcelona. Gràcies per tantes coses rebudes! Sobretot gràcies pel seu lliurament a la ciència filosòfica i teològica, des d'una identitat cristiana sempre ben clarament afirmada, amb una espiritualitat amarada d'amor a Déu i a la persona humana, i sempre tot realitzat des d'una recerca humil i rigorosa de la Veritat, que per gràcia de l'Esperit Sant ens és donat de trobar. Que Déu li premii el seu esforç i la seva dedicació!

Amb la meva benedicció per a Vostè i la seva família, així com per a tots els qui podran aplegar-se al seu entorn en aquest merescut i entranyable homenatge.

Affm. en el Senyor, servidor,

+ Joan-Enric Vives

Bisbe auxiliar de Barcelona

* * *

Estimado Sr. Canals:

Mi más cordial enhorabuena por el merecido homenaje y felicidades por el cumpleaños.

Que el Corazón de Jesús premie con sus bendiciones la entrega de quien también ha sido «amigo perfecto y siervo fiel».

Afmo. en el Corazón de Cristo

Manuel Orta, S.J.

Director nacional del Apostolado de la Oración

* * *

Próxima ya la celebración de su 75 aniversario y enterados del justo y merecido homenaje que se le piensa tributar el día 10 de mayo, tengo el gusto de expresarle nuestra más cordial felicitación en nombre de la Schola Cordis Iesu de Palma y en el mío propio.

Sentimos no estar presentes físicamente en los actos que tendrán lugar, pero puede estar seguro que sí lo estaremos moralmente y que nuestras oraciones a Dios no faltarán y se sumarán a otras muchas por la persona que supo propagar el ideal tan profundo de la defensa de la razón iluminada por la fe, es decir, el sublime ideal cristiano que tan noblemente supo difundir el P. Ramón Orlandis, S.I.

Un abrazo afectuoso de

Miguel Ferrer Flores

Palma de Mallorca

Muy apreciado señor Canals:

Estas líneas no tienen otro propósito que felicitarle por sus 75 años, adherirme a su merecido homenaje y el haber dado gracias a Dios por su vida dedicada a servir a Dios y a los hombres!

Mi plegaria también ruega al Señor que prolongue su vida muchos años para el bien de nuestra sociedad que nos ofrece serios motivos de preocupación en cuanto su irreligiosidad, inmoralidad, falta de ética y violencia!

Guardo vivo recuerdo del P. Orlandis y de su convivencia año y medio bajo un mismo techo. ¡¡Inolvidable!!

Que desde el cielo interceda el inigualable P. Orlandis por la eficiencia de su labor y su obra.

Un cordial abrazo de su affmo.

Gerardo Manresa Formosa

* * *

Agradezco mucho la carta del pasado 5 de abril, que recibo en este momento, y me uno entrañablemente a cuantos tributarán, el próximo día 10, un merecido homenaje al profesor Canals Vidal.

Estaré con vds. especialmente en la Eucaristía de acción de gracias, con un recuerdo especial en la que yo celebre con los sacerdotes palentinos que cumplen bodas de oro o de plata. En esta fecha precisamente honramos a san Juan de Ávila, Patrono del clero secular español.

Uno y otro —san Juan de Ávila y el Dr. Canals— han sido maestros de doctrina y de espiritualidad, con la palabra hablada y escrita, con el afán y la entrega, con la generosidad y el desprendimiento.

Con mi bendición cordial, un abrazo,

+ Rafael, obispo de Palencia

* * *

No dude de que me habría gustado poder compartir con ustedes, en la Balmesiana, los sentimientos de afecto y admiración hacia el Dr. Canals por su larga labor como profesor de filosofía y como uno de los continuadores cualificados de la obra del P. Ramón Orlandis, S.I., así como la formación y seguimiento de jóvenes y valiosos profesores que siguen difundiendo sus enseñanzas, en fidelidad al Magisterio de la Iglesia, sobre todo en el campo tan trascendental de la sana filosofía. Por eso me permito rogarle que haga llegar al Dr. Canals las expresiones de mi más cordial y sincera felicitación por sus 75 años de vida y por toda su labor docente.

Suyo affmo.

Miguel Huguet, pbro.

Ciudad del Vaticano

* * *

He recibido con la mayor alegría su cordial invitación a sumarme al homenaje al Ilmo. Sr. Prof. Dr. Francisco Canals Vidal con motivo de su 75º aniversario.

El Dr. Canals es una verdadera gloria del catolicismo y de la filosofía que merece mi más franca admiración, pues su testimonio personal y su magnífica obra descuellan largamente en el panorama espiritual de nuestros días. No obstante la distancia que nos separa, los argentinos apreciamos sus fecundas enseñanzas plasmadas en numerosos escritos de valor perenne.

Mario Enrique Sacchi

Buenos Aires (Argentina)

* * *

He recibido su carta del pasado 8 de abril junto con el programa del homenaje que habéis preparado al Prof. Francisco Canals en su setenta y cinco cumpleaños.

Te agradezco muchísimo tu recuerdo e invitación. Ya sabes cuanto aprecio al Prof. Canals no sólo como filósofo sino también como hombre de Dios, y la gratitud que le debemos las Cruzadas de Santa María.

Recibe el testimonio de mi aprecio y adhesión que ruego transmitas al Prof. Canals y a todos los amigos de Schola.

Con un afectuoso saludo.

Lydia Jiménez

* * *

Dr. Francesc Canals i Vidal

Benvolgut senyor i amic: assabentat que rebrà avui un afectuós homenatge dels seus amics i íntims, em plau unir-me al mateix, en nom propi i en el de la nostra Comunitat, com a demostració del nostre agraïment vers la seva persona pel seu bon fer respecte al nostre Orde.

L'encomano al Senyor i a nostra Mare del Carme.

Seu,

Lluís Bosch, O. Carm.

Prior provincial dels carmelites de Catalunya

* * *

Señor Dr. D. Francisco Canals Vidal

Muy estimado amigo:

Ahora, tendrá Vd. la dicha de celebrar el día 10, el don de la vida natural y el más extraordinario de la vida sobrenatural, en su 75 aniversario. Permítame decirle que, desde mi humilde punto de vista, ambos dones recibidos de la generosidad del Padre Bueno, Vd. ha sabido entregarlos como los recibió: regalándolos, en los frutos de amor de su matrimonio y su familia y en este trabajo incansable por el Reino, sobre todo, en esta tarea maravillosamente esencial que es el amor al Sagrado Corazón de Jesús.

Humildemente le doy gracias al Señor, por tanta generosidad, entrega y fidelidad a la Santa Madre Iglesia.

Mons. Eduardo de Paola
Vicario General
San Carlos de Bariloche
Río Negro-Argentina

* * *

Dr. D. Francisco Canals Vidal:

Permítame que entre los gratos y autorizados dichos de discípulos y amigos le llegue el sencillo testimonio de mi experiencia vivida sobre las páginas de sus escritos. Magna, en verdad, es su obra *Sobre la esencia del conocimiento*. Me sigue dando que pensar por lo que dice y por lo que sugiere. Me place igualmente recordar el entusiasmo que suscitó en mí su espléndido estudio *La Iglesia consumada en la escatología intrahistórica de san Buenaventura*. Vamos, en verdad, hacia una Iglesia que ha de consumir su perfección intrahistórica en la realidad de un pueblo cristiano más plenamente consciente de su misión histórica. Por esta misión ha trabajado Vd. toda su vida y ha incitado a hacer lo mismo a cuantos afortunadamente le hemos conocido.

Por todo ello, mil parabienes de parte de quienes tanto le estiman y veneran.

Fr. Enrique Rivera de Ventosa
Prof. Emérito de Filosofía
Universidad Pontificia de Salamanca

* * *

Molt distingit Sr. i ben apreciat amic:

Rebi en primer lloc la més atenta i cordial salutació, extensiva a la seva estimada esposa i a l'extensa i joiosa aureola domèstica que són els seus fills.

El felicito ben de cor. Reconec que el té més que merescut. Si la definició clàssica del «doctorat» és *jus ubique doctorandi* el té per triplicat i la docència l'ha exercit en la càtedra o fora d'ella, sempre magistralment, amb la paraula oral i escrita. En l'aspecte teològic valoro especialment tot el que ha aportat a l'Església, unint la tradició oriental i l'occidental, presentant la gran figura del Patriarca Sant Josep.

Li agraeixo totes les atencions seves, la simpatia amb què m'ha rebut, la bona voluntat amb la qual m'ha escoltat predicant, les seves orientacions algunes vegades inclús telefòniques, i especialment els seus escrits a «Cristiandad». No voldria oblidar cap detall i em permeto manifestar-los globalment per les presents ratlles, sobretot la seva exemplar fidelitat al Magisteri de l'Església, tant controvertit en els nostres temps: M'ha fet molt de bé.

Desitjo que passi un dia de joiosa satisfacció, que compensi els seus afanys i desvetllaments, confiant que tot

el que ha fet fins avui i especialment esforçant-se per revitalitzar Sant Tomas d'Aquino, a qui professo alta estima, esdevingui en un futur històric, no pas llunyà, llum de la humanitat.

Amb una gran abraçada, es reitera seu afm.
Eduard Vivas i Llorens, pvre.
Rector de la Jonquera

* * *

Querido Dr. Canals:

Per molts anys! Le felicito de todo corazón por su cumpleaños. Me uno a su acción de gracias al Señor, a través de la Virgen y de San José, por estos setenta y cinco años tan fecundos para la Iglesia.

Reciba mi enhorabuena, mi agradecimiento y un afectuoso abrazo.

Lluís Clavell
Rector del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz
Roma

* * *

Muy apreciado en Jesús, María y José:

He recibido su atta. carta del 5 de abril haciéndome partícipe del Homenaje previsto al Dr. Francisco Canals Vidal para el día 10 del cte. con motivo de sus 75 años. Me parece muy justo dicho homenaje por lo que el Dr. Canals significa en la vida de sus muchos amigos y discípulos.

Por lo que respecta a mí, como Coordinador de los Congresos Internacionales sobre la Sagrada Familia, tengo un motivo de particular complacencia en adherirme a dicho homenaje. Pues una de las muchas facetas humanas, religiosas y culturales del Dr. Canals es su amor a la Sagrada Familia de Nazaret y su preocupación por cultivar los verdaderos valores de la familia.

Pero hay otro motivo más personal para esta adhesión mía: la estima y consideración con las que, muy inmerecidamente por mi parte, el Dr. Canals me ha distinguido siempre y, especialmente, con motivo de la publicación de *La Sagrada Familia, Icono de la Trinidad*, que él ha apreciado sobremanera.

Por todo ello, considero un honor por mi parte y el de todos los colaboradores en la organización de los Congresos, unimos a este homenaje, que convertiremos en oración de acción de gracias a Dios por la vida y el magisterio del Dr. Canals, y de súplica para que, con la ayuda del Señor y de la Familia de Jesús, María y José, pueda seguir trabajando en el ámbito cultural cristiano todavía por muchos años.

Con especiales felicitaciones y saludos al Dr. Canals, quedo afmo. Y s.s. en Jesús, María y José,

Josep M^a Blanquet, S.F.
Coordinador Congresos Sagrada Familia

Molt estimat amic Dr. Canals:

Gràcies dono a Déu amb V. i tots els amics i admiradors pel do que ens ha fet i ha fet a l'Església.

Amb admiració i afecte renovo la felicitació a V. i la pregària per les seves intencions i necessitats dirigida al Cor Sacratíssim de Jesús.

Francesc Muñoz i Alarcón, pvre.

* * *

Benvolgut amic Francesc,

He rebut la invitació per a participar en l'homenatge —supermerescut— que et retrà el proper dissabte un grup d'amics.

Sento no estar amb tots vosaltres, no estar al teu costat. Que valgui aquesta adhesió meva, més encara que la meva presència física, a l'homenatge que jo també et vull retre: per la teva ciència, la teva dedicació a l'estudi i l'ensenyament, la teva saviesa en la vida, el teu esperit de servei, la teva amistat i, sobre tot, pel teu compromís amb la veritat i el servei de Déu.

Amic Canals, una forta abraçada.

Artur Juncosa i Carbonell

Síndic de Greuges de la Universitat de Barcelona

* * *

Excmo. Sr. Dr. Francisco Canals Vidal

Profesor Emérito de Metafísica de la Universidad de Barcelona

Querido y admirado Maestro:

Al saber que el próximo día diez de mayo se le rinde un merecido homenaje, al cumplir su 75 aniversario, quiero unirme al grupo de amigos que, una vez más, le agradecerán públicamente sus desvelos y enseñanzas derrochados generosamente a lo largo de su vida.

Como testigo y compañero de afanes académicos, en circunstancias, a veces, muy duras, he admirado siempre su valor, su pasión y su coherencia. Creo que puede entonar justamente con San Pablo el *bonum certamen certavit*.

Muy cordialmente.

Buenaventura Delgado

Catedrático de la Universidad de Barcelona

* * *

Querido maestro y amigo:

El homenaje que V. recibirá el próximo sábado 10 de mayo lleva consigo, la gratitud de todos nosotros, sus alumnos y discípulos.

Unos le han leído, otros, además, hemos asistido a sus clases, tan claras, vivaces y bien documentadas en las fuentes, cosa no tan frecuentes entonces.

También son inolvidables las conversaciones por el

claustro de la antigua Universidad, diálogos, llenos de pasión filosófica y humana.

La gratitud debe extenderse a toda su actividad de pensador político, publicista y de animador de la Schola Cordis Iesu. Fiel a su maestro el P. Orlandis, muestra como, sin modelos humanos, es imposible todo tipo de educación que aspire, no a mejorar al hombre, sino a hacer perdurable esta mejora, en el cauce vital que llamamos «tradicición».

Toda su vida en bloque, la ha dedicado a nuestra enseñanza, de la que, por lo menos, los más retraídos, y opuestos al tomismo, reconocerán el valor inapreciable de haber aprendido en qué consistía éste y hasta qué punto era una forma de vida bien patente.

La connaturalidad de su pensamiento con el de Sto. Tomás resalta aun más, si consideramos su conocimiento de la filosofía moderna, concretamente, Kant, Hegel y Heidegger, de modo que, aún su obra más madura, *La esencia del conocimiento*, no siendo una obra específicamente apologética o polémica, y nada escolástica en la forma del discurso científico, no es un monumento de museo, como pensara Nietzsche de la historia, sino que ayuda a los que nos hemos dedicado a esta misma filosofía, a comprender que la materia debe ser iluminada por aquel aliento de vida y orden que llamamos forma.

El valor, el carácter y la juventud de su vida humana y académica, y la incansable lucha, que tuvo que mantener ya desde los años sesenta, por no querer separar, al modo del laicismo, la vida ordinaria de la fe, y de la filosofía más pura merecen el reconocimiento de todos nosotros.

Armando Segura

Catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada

* * *

Benvolgut Dr. Canals:

M'omple de joia el saber que compleix el seu 75 aniversari, i li desitjo, de tot cor moltes felicitats, a la vegada que prego perquè en compleixi molts més, envoltat de tota la seva família i de les persones que li tenim afecte.

Fa ja molts anys que en l'edifici de les Cúpules teníem ocasió de parlar sovint, i jo sempre aprenia del que vosté m'explicava i comentava. Jo era encara bastant jove, i em captivava la seva amplíssima formació, les seves línies argumentals, la gran memòria que demostrava tenir i la seva qualitat humana.

Ben afectuosament.

M Teresa Anguera Argilaga

Catedrática de la Universidad de Barcelona

* * *

Querido D. Francisco:

He recibido la comunicación del homenaje, tan merecido, que se le tributará el próximo 10 de mayo, con motivo

de su setenta y cinco cumpleaños. Lamentándolo de veras no podré estar presente para manifestarle personalmente el agradecimiento al que se ha hecho acreedor por su dilatado y profundo magisterio.

El Prof. Josep Ignasi Saranyana llevará en mano esta carta, representando a este Decano y a los demás colegas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Un cordial abrazo, en esta ocasión más especial,
Ángel Luis González
Decano
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Navarra

* * *

Sr. Francesc Canals i Vidal
Benvolgut amic:

Fa molts anys que vaig tenir la bona sort de fer la teva coneixença. Sé que el 10 d'aquest mes et faran un homenatge. Ben merescut el tens; has treballat molt; has fet una tasca profunda en uns temps gens fàcils. Enhorabona.

Una cordial abraçada,
In Xts. Jaume Brufau
Catedràtic emèrit de la Universitat de Barcelona

* * *

Creo que el Dr. Canals ha sido durante no pocos lustros maestro y guía para cuantos hemos tenido la dicha de beneficiarnos de su amplísimo y profundo saber, así como de la cercanía, disponibilidad y bondad cristiana, en todo su quehacer.

Quedo a su disposición en el Señor,
Juan Luis Cortina, S.I.
Universidad de Deusto (Bilbao)

* * *

Benvolgu professor Canals:

Per compromisos familiars, no podré assistir a l'acte de merescut homenatge que tindrà lloc a la seu de Balmesiana. És per això que, amb aquesta nota, voldria que tingués constància de la meua adhesió a l'acte i del meu reconeixement més sincer.

Sempre recordo de bon grat les seves classes com un exemple excel·lent de passió i de profunditat filosòfiques; i, sovint, en converses amb alumnes i amb d'altres professors de filosofia, tinc el goig de confessar que jo vaig ser de les últimes persones que vaig tenir el privilegi de tenir-lo a vostè com a professor.

Rebi una salutació ben cordial,
Josep M. Esquirol
Professor Titular de Filosofia Moral
Universitat de Barcelona

El Sr. Canals ha sido maestro también de los que no hemos sido alumnos directos, ya que gracias a sus escritos hemos podido aprender muchas de las cosas de filosofía que él solo podía enseñar.

Me gustaría poder contar con un ejemplar de la Miscelánea que con tal ocasión editan. Serviría para recordarme muchas cosas y poder transmitir las a otros.

Ángel Álvarez Gómez
Departamento de Filosofía
Universidad de Santiago de Compostela

* * *

Estimat Dr. Canals:

Amb aquesta carta vull unir-me a la celebració dels seus 75 anys. Tots hem vist en vostè el model d'una vida autènticament cristiana i el mestre del pensament de sant Tomàs.

Joan Pegueroles, S.I.

* * *

De todo corazón, D. Francisco, quiero unirme al gozo de cuantos le rodean en este día. Doy gracias a Dios por el don de su vida al servicio de nuestra Madre la Iglesia y en especial de Schola, por medio de la cual el Señor, en su misericordia, tantos bienes ha derramado y, esperamos de ÉL, seguirá derramando para gloria de Dios y bien de las almas.

Le queda muy agradecida en los Corazones de Jesús y María llevando el mismo anhelo en el corazón «que venga a nosotros su reino».

Un saludo especial para su esposa, a la que siempre recuerdo con mucho cariño.

Paloma del Sdo. Corazón, i.c.d.
Carmelo del Sagrado Corazón
Aravaca

* * *

Exm. Sr. i estimat Dr. Canals:

El Senyor que té en vostè un admirable defensor coratjós i valent, quasi heroic, li concedeixi molts i molts anys de vida i salut per a continuar en el seu lloc.

Déu li pagui tot el bé que ens ha fet i el que ens està fent.

Amb tot respectuós afecte,
Rosa Ribes Muntané

* * *

Quisiera que hicieras públicas estas líneas de respeto y admiración y gratitud hacia la gran figura, gloria de la filosofía española, de la teología católica y del más delicado

patriotismo en esta mezcla maravillosa del amor sublime a España a través de una profunda catalanidad, cuyas raíces están arraigadas en la tradición cristiana del derecho románico y de la familia («la casa pairal»).

Hay que proclamar que gracias al valor de sus virtudes humanas y espirituales su voz no solamente no se ha silenciado nunca, sino que ha sido respetada y para cuantos hemos intentado mantener nuestra lealtad y fidelidad a la Iglesia y a la Patria ha sido un luminoso faro que nos ha enseñado permanentemente el camino de la verdadera ciencia.

Felio Vilarrubias

* * *

Muy apreciado Dr. Canals:

Con mucho afecto nos queremos unir al homenaje que recibirá en Barcelona el próximo día 10 de mayo. No todos podremos acudir a él, como hubiera sido nuestro deseo, pero no queremos dejar pasar tan señalada ocasión para mostrarle nuestro más profundo agradecimiento por toda su vida de entrega a la extensión del Reino del Corazón de Cristo, especialmente con todo su magisterio.

Sepa que a los que nos estamos preparando para el sacerdocio nos hace mucho bien esta enseñanza, siempre tan centrada en el Corazón de Cristo y tan fiel a la Sede de Pedro, sobre todo en estos tiempos difíciles en los que muchos se dejan llevar por cualquier viento de doctrina. «Mirad que no son tiempos de creer a todos sino a aquellos que viereis que van conformes con la doctrina de Cristo».

Confiamos que la Sagrada Familia siga bendiciéndole a Vd. y que todos los que nos sentimos sus discípulos formemos parte cada día más de esa *legión de almas pequeñas* por la que tanto trabajó nuestro querido Padre Ramón Orlandis.

Afectuosamente nos despedimos teniéndole presente en nuestras oraciones. Siempre unidos en los Corazones de Jesús, María y José,

Los seminaristas de Toledo

Roberto de Tapia, Javier Jaurrieta, Luis Petit, David Baranguán, Santiago Arellano, Ignacio González, Josep M^a Manresa, Jesús Barroso

* * *

Siéndome imposible, a pesar de mi ferviente deseo, asistir a los actos de homenaje previstos para el día 10, le suplico haga llegar al profesor Canals estas breves líneas de adhesión.

El profesor Francisco Canals es —para quien suscribo— mucho más que un maestro, es una luz que ha orientado con su ejemplo y sabia doctrina teológico-histórica

la forma concreta de vivir mi tiempo en todas sus facetas.

Por ello ruego al Señor que satisfaga, en su bondad, la deuda impagable que con él tenemos, así como que nos conserve su magisterio por mucho tiempo.

Reciba Vd., a su vez, mi mas cálida felicitación por el acierto del homenaje y un cordial saludo,

Juan Carlos García de Polavieja

Prof. Titular de Sociología

Univ. Popular Aut. de Puebla (en excedencia)

* * *

Dr. Francesc Canals Vidal

Molt estimat Sr.:

En motiu de l'homenatge, em permeto donar-li un consell, que de fet és un prec: continuï treballant en la mesura del possible. Necessitem la seva companyia, consell, idees... Més que mai el món necessita la claror de les ments il·luminades per la Saviesa de Crist i necessita també l'escalf dels cors abrindats per la Caritat del mateix Senyor Jesús.

Sempre seu en Crist, en Maria, Mare i Verge.

P. Carles-Maria Gri

* * *

A través de estas líneas deseo expresar mi más profunda adhesión, a la que mi marido se suma cordialmente, a este homenaje a nuestro querido Dr. Canals. Quisiera también que en mi nombre transmitieras al Dr. Canals mi agradecimiento por todo lo que de él he recibido, que es mucho: sus enseñanzas, su gran paciencia para conmigo y, sobre todo, por la confianza y el paternal cariño que siempre me ha demostrado. La mano de este gran maestro y amigo me ha conducido y formado sabiamente durante muchos años y, suavemente, ha dejado impresa en mi alma una huella fundamental que hoy me permite, con las pobres fuerzas de mis posibilidades, orientar mi vida personal y la de las personas, sobre todo niños y jóvenes, que me son confiadas. De él he aprendido la verdadera importancia del estudio, siempre al servicio de Dios y de su Iglesia y de la verdad. Francisco Canals ha sido siempre para mí un ejemplo vital de valentía auténtica, de generosidad entregada y, en toda circunstancia, un héroe de la fe y de la humildad.

Aprovecho esta ocasión para dar las gracias de todo corazón a Isabel, la muy amada esposa de Francisco Canals, que con su maravilloso «saber hacer», su alegría contagiosa y su desprendimiento sin medida, nos ha permitido a todos gozar del Dr. Canals.

Con un cordial saludo para tí y todos los miembros de Schola Cordis Iesu.

Mercedes Palet-Fritschi, Diessenhofen (Suiza)

Perfil biográfico

Los asistentes al homenaje fueron obsequiados con un libro miscelánea que reúne catorce artículos del Dr. Canals, escogidos entre los más significativos de los temas que han sido fundamentales y constantes en su copiosa obra. El volumen fue honrado con un prólogo del Cardenal Arzobispo emérito de Toledo, Mons. Marcelo González Martín y se abre con un pórtico de ofrecimiento, del que entresacamos esta breve biografía:

Francisco Canals Vidal nació en Barcelona en 1922. Después de haber estudiado en el colegio de los Escolapios de la calle Diputación, cursó Derecho y Filosofía en la Universidad de Barcelona. Se doctoró en Filosofía (Madrid, 1952), en Derecho (Barcelona, 1956) y en Teología (Facultad de Teología de Barcelona, 1981).

Desde muy joven entró en contacto con el grupo formado en torno al Padre Ramón Orlandis Despuig, S.I., Schola Cordis Iesu, que a partir de 1944 tendría esta Revista como órgano de expresión.

El Padre Orlandis orientó su formación y su vocación hacia el estudio y la docencia de la filosofía en el campo universitario. En la Sección de Filosofía de la Universidad de Barcelona fue Ayudante, desde 1949, y Profesor encargado de curso, desde 1956. Fue Catedrático de Filosofía del Instituto Jaume Balmes de Barcelona (1958-1967); y desde 1967 hasta 1988, catedrático de Metafísica (Ontología y Teodicea) de la Universidad de Barcelona. Fue miembro fundador de la revista de filosofía *Convivium*.

El Dr. Canals es un escritor prolífico: ha publicado centenares de artículos en periódicos y revistas de Barcelona, Madrid y Pamplona, muchas veces comentando temas de actualidad.

Sus libros se centran en la filosofía, la teología, la historia y la política: *Cristianismo y revolución. Los orígenes románticos del cristianismo de izquierdas* (1.ª ed.: 1957, 2.ª ed.: 1986), *En torno al diálogo católico-protestante* (1966), *Para una fundamentación de la metafísica* (1967), *Textos filosóficos de la Edad Contemporánea* (1.ª ed.: 1974, 4.ª ed.: 1990), *Textos filosóficos de la Edad Media* (1.ª ed.: 1975, 4.ª ed.: 1991), *Historia de la filosofía medieval* (1.ª ed.: 1976, 4.ª ed.: 1985), *Política española. Pasado y futuro* (1977), *Cuestiones de fundamentación* (1981), *San José, Patriarca del Pueblo de Dios* (1.ª ed.: 1982, 2.ª ed.: 1994), *Sobre la esencia del conocimiento* (1987), *Sant Tomàs d'Aquino. Antología metafísica* (1991) y *La tradición catalana en el siglo xvii ante el absolutismo y la Ilustración* (1995).

El Dr. Canals es miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás desde 1989; *magister* de la Maioricensis Schola Lullistica (Palma de Mallorca); y fue miembro del Consejo asesor del extinto International Institute of the Heart of Jesus. Ha sido miembro impulsor y fundador de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA), de la que ha sido presidente de la Sección española de 1981 a 1986; presidente de la sección de Barcelona desde 1989 a 1991; y desde esta fecha hasta hoy es vicepresidente de la internacional.

Ha participado en numerosos congresos internacionales de carácter filosófico y teológico; entre otros: Congreso sobre el VII centenario de Santo Tomás (Roma-Nápoles, 1974); Congreso sobre el VII centenario de San Buenaventura (Roma, 1974), «Teoría y praxis» (Génova-Barcelona, 1976); II Congreso Internacional de Lulismo (Miramar, Mallorca, 1976); *Convegno* en el centenario de la *Aeterni Patris* (Roma, 1978); VIII Congreso Tomístico Internacional (Pontificia Academia Romana, Roma, 1980); IV Congreso Internacional josefológico (Kalisz, Polonia, 1985); II Congreso Internacional de la SITA (Roma, 1986); IX Congreso Tomístico Internacional (Pontificia Academia Romana, Roma, 1990); III Congreso Internacional de la SITA (Roma, 1991); Jornadas de la SITA de Barcelona (1993); Congresos internacionales sobre la Sagrada Familia (Begues, Barcelona, 1990, 1992 y 1994); además, es asistente habitual a las Semanas de estudios josefológicos.

La fecundidad magisterial del Dr. Canals se pone de manifiesto en la pléyade de discípulos que le deben su orientación filosófica y que ejercen hoy su profesorado en España y fuera de ella. La que es ya conocida mundialmente como Escuela Tomista de Barcelona le debe a él su eclosión y su impulso decisivo.

El Dr. Canals mantiene una intensa actividad como escritor y conferenciante, imparte de forma regular clases de teología en Fundación Balmesiana, y colabora habitualmente en las revistas *Cristiandad* y *La Montaña de San José* (Santuario de San José de la Montaña, Barcelona).

Entrevista al Dr. Canals en «Catalunya Cristiana» (5/6/97)

—**Dr. Canals, usted ha sido maestro de muchas personas, pero ¿quiénes han sido sus maestros?**

—El P. Ramón Orlandis Despuig fue durante 14 años, hasta su muerte, mi principal padre de espíritu y maestro en mi formación. Ejerció totalmente este magisterio en el seno de la Schola Cordis Iesu, una verdadera familia espiritual al servicio del Apostolado de la Oración. He de reconocer también la profunda influencia que en mi orientación teológica ejercieron sucesivamente el P. Bartolomé María Xiberta, eminente teólogo, que orientó en gran medida mi modo de ver la teología sobre Jesucristo y sobre la salvación del hombre; y el P. Francisco de Paula Solá, insigne mariólogo, que dirigió mi tesis de doctorado sobre *San José, patriarca del pueblo de Dios*.

—**¿Por qué una tesis sobre san José?**

—Como señaló León XIII al escribir, en 1899, su encíclica sobre san José —y lo afirmaba también el P. Ignasi Casanovas en un sermón acerca del Patriarca—, el sentido universal de la fe del pueblo cristiano, el «sentido común cristiano», reconoce en el esposo de María y padre de la familia sagrada de Nazaret el custodio paterno del pueblo de Dios.

—**Usted cumple setenta y cinco años, gran parte de ellos dedicados a la docencia universitaria. ¿Qué recuerdos tiene de su paso por la Universidad de Barcelona?**

—En mis tiempos de estudiante, una convivencia amistosa con mis compañeros, y una comunicación muy fecunda con algunos maestros: Joaquín Carreras Artau, Ramón Roquer y Jaume Bofill, cuya relación de discípulo con el P. Orlandis fue el origen de lo que llaman ahora la Escuela Tomista de Barcelona. De mis tiempos de docencia, conservo recuerdos indelebles de amistad y comunicación, así como de colaboración con muchos alumnos. No puedo dejar de mencionar a uno que murió prematuramente, y que fue para mí un verdadero amigo: el sacerdote Pedro Ribes Muntaner.

Con especial agradecimiento tengo presentes a aquellos a quienes mi tarea en las aulas ayudó para su orientación filosófica y docente; los que son ahora profesores universitarios o de institutos de enseñanza media. No puedo olvidar que durante muchos años uní a mi docencia universitaria el desempeño de la cátedra de filosofía en el Institut Jaume Balmes, que siempre he seguido considerando como «mi instituto».

—**Su magisterio no sólo ha tenido lugar en la Universidad, sino también —y sobre todo— en la Schola Cordis Iesu (Escuela del Corazón de Jesús). ¿Qué es la Schola?**

—Es una sección del Apostolado de la Oración, que el P. Ramón Orlandis tuvo el acierto, en verdad carismático,

de fundar en Barcelona. Sólo si se desconoce el profundo y rico mensaje espiritual y doctrinal del Apostolado de la Oración puede resultar difícil entender el significado de la Schola. La dirección general del Apostolado ha reconocido y bendecido reiteradamente la fructificación espiritual y cultural de esta sección, cuyo fruto más visible ha sido la más que cincuentenaria revista *Cristiandad*.

—**Es usted miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás y vicepresidente de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino. ¿Por qué santo Tomás sigue siendo hoy punto de referencia obligado para el teólogo y el filósofo?**

—Los textos oficiales del Magisterio eclesiástico siguen siendo vigentes y reiterados en nuestros días; no en vano, el Concilio Vaticano II señala a santo Tomás como el guía de los estudios teológicos sistemáticos y Juan Pablo II le ha atribuido el nuevo título de *Doctor Humanitatis*. Mi experiencia personal coincide con la afirmación que hizo Joseph Maréchal acerca de que santo Tomás aporta un centro de perspectiva sintético, único para la comprensión de toda la filosofía moderna. En el orden de lo religioso y espiritual, el rigor equilibrado de su síntesis armónica es auténticamente nutrición y medicina en la situación de nuestro tiempo. El P. Orlandis me recomendó su estudio en orden a conseguir unidad y paz en mi vida personal.

—**Una de sus pasiones ha sido siempre la teología de la historia. ¿Cuál es el sentido último de la historia?**

—«Por El creó también los siglos.» «Yo soy el Alfa y la Omega.» La afirmación de que Cristo, Rey del Universo, es el centro de la historia y quien le da sentido y finalidad. Esto está presente, con un matiz especial en doctores de la Iglesia como san Buenaventura y ha alentado el apostolado de hombres como el P. Enrique Ramière, auténtico precursor de la solemnidad de Cristo, Rey del Universo. En el Magisterio pontificio contemporáneo, sobre todo en el pontificado de Pío XI, la esperanza de la paz y la justicia entre las naciones y las sociedades —por la «civilización del amor» que es el reinado del Sagrado Corazón de Jesús (Juan Pablo II)— alienta, explícita o implícitamente, la activa presencia de la Iglesia católica y del pontificado en el mundo actual. Éste, como decía Costa i Llobera, «tiembla de horror y de esperanza, con afán nunca antes sentido» (*d'horror i d'esperança la terra tremolava, d'afany jamai sentit*).

—**Yo le he oído en sus clases mencionar con frecuencia a su esposa y a sus hijos. ¿Qué diría de ellos en su homenaje?**

—Siento una íntima gratitud hacia ellos. Doy gracias a Dios por los dones de paz y felicidad que me han dado.

Enrique Martínez

El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy

En el año 1970, en el número 467 de la revista Cristiandad, aparecía este artículo del Dr. Canals que reproducimos ahora por un doble motivo. Por una parte, en este trabajo se contienen todos los elementos esenciales de la teología que el autor, según el pensamiento de la Iglesia de los tiempos modernos, siente como más esencial y urgente. Además, honramos con estas reflexiones al Sagrado Corazón de Jesús en el mes que le está dedicado.

«Homo homini deus»

La pregunta por el hombre, sobre el sentido de su existencia y su puesto en el cosmos, centró en las décadas entre las guerras mundiales la reflexión de pensadores y filósofos. Si quisiera hallarse un punto en que estuviesen de acuerdo los esfuerzos más representativos del tono y mentalidad contemporáneos, no podría señalarse otro que la conciencia de que el ser del hombre había venido a hacerse problemático para el hombre culto occidental. En este no saber qué somos y tener conciencia de que no lo sabemos se expresaba el acceso a la madurez de la conciencia histórica contemporánea.

La autosatisfacción del espíritu científico y el efectivo dogmatismo del materialismo histórico marxista no han modificado la situación. Para aquella conciencia culta, hoy hegemónica sobre el dinamismo técnico, cultural y político de todo el planeta, el ser del hombre es más que nunca un angustioso interrogante.

Al hablar hoy de una problemática humana no se alude sólo a una constelación de problemas que podrían plantearse desde unos supuestos antropológicos firmes, sino a una desorientación radical que afecta desde lo más profundo todas las dimensiones de lo humano en cuanto tal. El misterio, y no ya el problema, está así instalado, pese a la mentalidad neopositivista, en el centro de la conciencia contemporánea.

Y, no obstante, las empresas colectivas y los ideales que estimulan las energías más universalmente operantes sobre nuestro mundo, se orientan todas según esta convicción: la marcha histórica progresiva conduce a la toma de conciencia por la que lo humano se patentiza para el hombre como lo supremo.

El proceso de este humanismo, que con más precisión que con el término *ateo* puede ser definido con el de *autodivinizador* del hombre, se desplegó en las diversas fases de la evolución de la modernidad desde el Renacimiento, e inspiró tareas e instituciones políticas, educativas y sociales, a partir de la Revolución industrial y del despotismo ilustrado.

Pero no hubiera podido decirse, en épocas anteriores a la nuestra, que esta valoración de lo humano como lo absoluto y supremo constituyese el principio unificante según el que se intenta construir todos los ámbitos en que habite la humanidad en su vida colectiva y el núcleo del espíritu objetivo en el horizonte internacional.

Que esto es ahora así se revela en un hecho cuya significación misteriosa sería imposible exagerar. Parece que nada puede

darse más opuesto a la fe católica que la autodivinización y la adoración del hombre por sí mismo. Lo anticristiano por antonomasia podría definirse por aquella actitud. Y aunque Paulo VI habló del enfrentamiento acaecido en torno al Concilio Vaticano II de la religión del hombre que se hace Dios a la religión de la Encarnación redentora del Dios que se hace hombre, advirtió también que el intento propio de la Iglesia en el Concilio no fue precisamente la de enfrentamiento y condenación. El mensaje conciliar ha tendido a ofrecer misericordiosamente aquella plenitud en cuyo desesperante anhelo se debate la humanidad de hoy.

Que el *aggiornamento* conciliar haya tomado esta orientación hacia lo humano en tiempos de radical antropocentrismo revela que la pérdida de la consciente orientación hacia Dios por parte del hombre de hoy es compadecida por la Iglesia, no ya como proterva rebeldía de la enloquecida sabiduría secular, sino como miseria agobiante y entristecedora que pesa universalmente sobre los hombres de nuestro tiempo; cuando se agrava y universaliza la crisis de la que el carisma profético de la Iglesia jerárquica juzgo con aquellas palabras bíblicas: «Esperábamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror».

En verdad, la dimensión y el sentido mismos —universal por primera vez en la historia, y total y radicalmente orientado por el ideal de la justicia plena sobre la tierra— del fracaso y desengaño de nuestras empresas colectivas, está siendo testimonio para todas las gentes del Evangelio de Cristo, que da el Occidente cristiano y descristianizado a los hombres de todas las culturas, absorbidas hoy en él a modo de «proletariado interno».

«Si conocieras el don de Dios»

La evangelización del misterio de Cristo adecuada a nuestra situación histórica ha de insistir evidentemente en su esencial dimensión de llamamiento y don que ofrece al hombre la posibilidad, por la gracia divinizante, de su propia consumación y plenitud humana.

El iluminar esta congruencia no podría por sí mismo arrastrar el peligro de una deformación o minimización del misterio cristiano. Se nos exige en definitiva que insistamos en algo que está en su sentido más esencial e íntimo: el que se expresa, desde el *propter nos homines* de los antiguos símbolos, en el lenguaje de san Agustín al decirnos que Dios no busca su gloria sino para nosotros —ya que es a nosotros y no a Él a quienes enriquece su

conocimiento y alabanza— o en el de san Ignacio al afirmar que «todas las cosas... han sido creadas para el hombre». Más cercana a nosotros, la santa carmelita de Lisieux expresaba su esperanza de «pasar su cielo haciendo bien sobre la tierra».

Es cierto que con demasiada frecuencia una actitud humanista ha llevado al apostolado contemporáneo a silenciar o dejar en segundo término el misterio de la salvación de Cristo. El optimismo sobre las fuerzas humanas y la fe en la bondad del universo vienen a ser un imperativo que reduce al silencio sobre algunos de sus más centrales temas, a la predicación cristiana. Se teme en el fondo el trágico contraste con una fe en el hombre y en su poder de autorrealización, de la que está ausente el sentido de humildad, la compunción del corazón y el sentido del pecado.

Nos sentimos arraigados en la convicción, que nos transmitieron grandes maestros de espíritu, de la oportunidad providencial y psicológica del culto al Corazón de Cristo para el mundo moderno. Conforme a ella orientaremos nuestras reflexiones, de intención y método teológicos, sobre la problemática humana de hoy. Tal intención y método no excluyen, evidentemente, antes exigen en virtud del propio tema, que por su contenido se refieran a las experiencias y corrientes de pensamiento o ambientes culturales y sociales característicos de la situación contemporánea, y en los que podemos descubrir, como en signos de los tiempos, la urgente adecuación del mensaje del amor divino y humano del Corazón de Cristo.

Perplejidad y crisis

Propuesto por el Magisterio eclesiástico como síntesis de toda la religión y norma perfecta de vida cristiana, después de su triunfal marcha ascendente en el sentir de los fieles, vino a quedar en situación de crisis y problematismo durante el pontificado de Pío XII, en el mundo que salió de la segunda guerra mundial. En realidad, el complejo anudamiento de los problemas remitía a una perplejidad que se sentía ya indudablemente en tiempos de Pío XI, en los años de la postguerra: la perplejidad en torno a la cultura y humanismo cristiano «moderno» recibido de los siglos del Renacimiento y del Barroco.

El carácter patente y universal de la crisis nos libraré de la nota de audaces en nuestro atrevimiento a plantearnos cuestiones que son ineludibles precisamente para poner en claro la congruencia profunda, que creemos deber afirmar, del culto al Corazón de Jesús, para el ambiente y situación espiritual posterior al Vaticano II, cuando se han desatado y simplificado aquellas complejidades y nudos.

No parece que pueda negarse que percibían muchos una como indefinible y paradójica dualidad de ambientes y actitudes espirituales en el magisterio y en la profunda y universal tarea de apostolado del papa Pío XI. Porque queremos sugerir una sutil y casi inefable diferencia de matiz convendrá un lenguaje breve y rápido. La *Miserentissimus Redemptor* proponía la síntesis de toda religión y la norma de vida más perfecta y hablaba del común deber de expiación, pero fue pareciendo cada vez más como adscrita a una escuela particular de espiritualidad, que algunos hubieran calificado peyorativamente como «jesuítica». Entre tanto, la espiritualidad de la que fue «la estrella del Pontificado», santa Teresita del Niño Jesús, aparecía como un «redescubrimiento del Evangelio», como diría Pío XII, y con un signo de universalidad católica y ecuménica.

Reparación y consagración, comprendidas en el contexto del misterio de Cristo, tal como las proponía la enseñanza y la liturgia de la Iglesia, constituyen en verdad el ejercicio más simple y profundo de un culto impulsado y orientado por la caridad. No obstante, y es lícito preguntarse si sólo por causa de una resistencia sectaria, se fueron mostrando cada vez más desde cierto aspecto deformado que causaba reacciones de disgusto y repulsa.

Tal vez los mundanos y los cristianos piadosos hostiles veían a los «reparadores» y «consagrados» no como pecadores penitentes que se ofrecían al amor y a la misericordia, sino como cristianos con conciencia de distinguidos y fieles que se acercaban a consolar a Jesús presentándose ante Él «no siendo como los demás hombres». Tal vez hubiesen muchos dicho de los devotos del Corazón de Jesús, lo que santa Teresita de cierto tipo de almas menos deseosas de «deshojarse» e inmolarse: *Seigneur, sur tes autels plus d'une fraîche rose aime à briller*.

Tal vez las acusaciones de naturalismo o de cristología nestorianizante, radicalmente injustas respecto de los grandes apóstoles de la devoción y de la espiritualidad viva en el pueblo fiel y en la liturgia, recibían algún motivo o pretexto de aquellas apariencias.

La *Haurietis aquas* marca el camino de superación de la crisis y del malentendido. Se muestra con luz nueva y en su plena adecuación al hombre de hoy el culto al Amor de Dios que habita corporalmente en su plenitud en el Corazón de Jesucristo. Es el mensaje del amor misericordioso, es el Evangelio de Juan y de Pablo. Y es el mensaje tradicional del culto «clásico» simplemente entendido en su verdad auténtica y profunda. Porque esto y no otra cosa es lo que presentó Pío XII y lo que ha insistido en mantener la enseñanza postconciliar de Paulo VI.

El mensaje del Amor misericordioso

Si nos atrevemos a señalar aquellos contrastes de matiz y la perplejidad por ellos sugerida, tenemos que afirmar también que las superficiales y aparentes escisiones están superadas, y puesta de manifiesto la continuidad del culto moderno estimulado por Paray-le-Monial con el misterio de salvación. Se nos ofrece, tal es nuestra convicción, la síntesis buscada para nuestro tiempo, en la vida y la espiritualidad de santa Teresita del Niño Jesús o de Juan XXIII, por citar dos ejemplos que hacen intuible lo que queremos expresar.

Aún reconociendo, pues, las deficiencias que hayan podido darse en la presentación tradicional del culto al Corazón de Cristo, hay que afirmar, nos parece, para moverse en lo esencial y no caer en planteamientos inadecuados y accidentales, que el problematismo suscitado en torno a él se relaciona con la vacilación en proponer al mundo contemporáneo la buena nueva del Amor misericordioso. La aceptación de la misericordia y del don implica el reconocimiento de la indigencia y de la miseria. De aquí el recelo y la resistencia humanista a un mensaje que no puede dejar de invitar a la expiación y reparación por el pecado.

Pero la ambigüedad de la universal tentación anticristiana de nuestro tiempo consiste precisamente en que, enfrentada a la autoafirmación de plenitud superadora de alienaciones, y paradójicamente confundida con ella, una corriente de angustia y amargura oprime el ánimo de los hombres de hoy. Un nuevo pesimismo maniqueo que es en cierto sentido más profundamente anticristiano que el propio optimismo antropocéntrico.

Las proféticas advertencias del Magisterio eclesiástico sobre el fracaso inevitable de las construcciones emprendidas bajo

el signo de la mundanidad secularizadora y arreligiosa, hallan su paralelo antiteísta en las expresiones filosóficas y literarias del inconformismo, la desesperación y la náusea. La dialéctica desintegradora de la revolución anticristiana ha ido pidiendo rápidamente cuentas a los sucesivos proyectos y empresas colectivas en que la ciudad terrena ha concretado sus esperanzas de paz y de felicidad universales.

La herencia cristiana mantiene vigente su exigencia sobre la conciencia social contemporánea. Y ninguna de las actitudes o de las interpretaciones que pretenden rehuir este imperativo cristiano y desoír el clamor trágico con que el acontecer contemporáneo revela el fracaso de la finitud cerrada sobre sí misma pueden pacificar íntimamente al hombre de hoy.

Por esto el supremo esfuerzo de resistencia, el modo contemporáneo de «dar coces contra el aguijón», rehusando aceptar el don de Dios, se realiza en el sobrevalorar la inquietud y la tensión. El mundo, que nos promete la paz que no puede darnos, termina por maldecir la paz como un conformismo estático que quitaría sentido a la vida. Para rehúsar el don de Dios decimos a veces: «no hay camino». Ignoramos a Cristo, camino, verdad y vida. El mundo se distrae así y evita reconocer que «nos hemos extraviado y hay que volver al camino», como proclamó Pío XII.

Pero sigue clamando por la paz y gritando la protesta y la desesperación por su inquietud insatisfecha. Si renunciamos a la hipocresía y convencionalismo superficial, casi al nivel de una moda literaria, que tantas veces coarta nuestro testimonio cristiano, nos encontraremos connaturalmente en situación de afirmar con humilde seguridad que sólo en el ambiente de la fe cristiana se puede comprender al hombre de nuestro tiempo.

Nuestro corazón está inquieto con la inquietud que confesó san Agustín; con la indigencia y sed del rocío divino que clamaban los salmos. Para vivir como hombres estamos necesitados de que nuestra cotidianidad, nuestra convivencia doméstica y nuestro cuidado y tarea diaria, nuestra soledad errante entre lo público, *sean* bajo la mirada y la mano poderosa de nuestro Dios personal y paterno. Tenemos necesidad «de un corazón ardiente de ternura, con el que nos sintamos día y noche, de corazón a corazón, en convivencia y diálogo».

Por esto al plantear en una perspectiva teológica el problema de la oportunidad del culto al Corazón de Cristo para el mundo contemporáneo, sería inadecuado detenerse sólo en constatar las deficiencias de integración y síntesis, las escisiones y tensiones no superadas, que fueron características de los tiempos en que se difundió en el mundo cristiano. No llegaríamos así a tratar del sentido de aquel símbolo y mensaje. Una reflexión teológica adecuada en su método y rectamente orientada mostrará, sin duda, la virtualidad del culto al Sagrado Corazón para hacer unitaria y simple, auténtica, la vida religiosa del hombre de hoy.

«La finitud constituyente»

«Se estremece la tierra con afán nunca antes sentido, de horror o de esperanza», dijo el excelso poeta Costa i Llobera. Con su doble faz de radical pesimismo y de inaudita expectación de progreso, el dinamismo histórico del hombre moderno, tenso anhelo colectivo de divinización, se ha mostrado como un esfuerzo trágico de «finitud constituyente», para decirlo con las palabras con que Vuillemin quiso significar esta revolución de lo finito contra el Dios trascendente y soberano.

«La muerte de Dios», que permitiría que el hombre viva y reine sólo sobre la tierra, se realiza en la conciencia del hombre masificado de nuestra sociedad urbana a través de la «diversión» respecto de lo eterno. En nuestras jóvenes generaciones se destruye el hambre de inmortalidad —la aburrida idea de la inmortalidad del alma, decía Engels— y con ella el sentimiento y comprensión, la disponibilidad y apertura para lo eterno e infinito.

Contemplada superficialmente y en el ámbito de lo cotidiano, la pérdida de sentido de lo sagrado y eterno parece sólo una inmersión en el movimiento, monótono en su rapidez, causado por la publicidad planificadora de la agitación y del cambio que la política y la técnica imponen sobre nosotros.

En una perspectiva más universal y que no ignore los impulsos profundos que alientan las fuerzas que ejercen, por aquella publicidad y planificación, su lucha planetaria por la voluntad de poder, reconoceremos que el olvido por el hombre masa de lo absoluto y eterno viene a ser subproducto del inmanentismo y la absolutización de la naturaleza y del hombre en la mentalidad dirigente del mundo de hoy.

En el ámbito mismo del pensamiento científico y filosófico, las corrientes empiristas, positivistas o materialistas —en su doble fase mecanicista y dialéctica— sólo desde una consideración exterior que pierda de vista sus conexiones y condicionamientos profundos se presentan como cerradas en lo inmediato sensible y material. Detrás de Marx está Hegel, y a la ética y política positiva o utilitarista subyace también el *Deus sive Natura* de Spinoza, aquel en quien «comienza la filosofía» para el propio Hegel.

El enfrentamiento a lo eterno se ejercita por la afirmación del valor absoluto de lo temporal. El devenir dialéctico y el «eterno retorno de lo igual» expresan esta divinización, ante la que en vano se rebela el finitismo que busca en el tiempo el horizonte de comprensión del ser. La finitud constituyente es usurpación por lo finito y terreno de los atributos de lo eterno; es saqueo de lo celeste. Por esto las mismas rebeldías o desconocimientos de lo divino inmanentizado se expresan en la angustia ante la nada o en la afirmación de que lo absoluto es lo contingente, lo que es en definitiva la atribución a lo contingente de la absolutez de lo absoluto.

La modernidad anticristiana se ha desplegado filosóficamente como una progresiva toma de conciencia en la que los atributos de la divinidad han venido a ser puestos en lo humano. La inflexión decisiva, más que en la proclamación nietzscheana de la necesidad de la muerte de Dios para la vida del hombre, había tenido lugar en el tránsito al hegelianismo de izquierda en la obra de Feuerbach. Sus palabras suenan a «extrañas profecías» cargadas de sentido revelador de las nuevas coordenadas de la contemporánea visión del mundo secularizada y desacralizada. La política es nuestra religión. Lo humano es lo *divino*. El Estado es la *providencia* del hombre. Se pone en la humanidad, ya divinizada, lo que «todavía» ponía Hegel en el Espíritu absoluto, o Spinoza y Giordano Bruno en la Naturaleza o en el Universo.

El movimiento que pretende expresar el pleno humanismo en la superación de todas las alienaciones, el marxismo, encontraría aún fundamento para acusar de contaminación teológica a la propia afirmación de la divinidad en lo humano. Lo que quiere afirmar es la supremacía de lo humano en cuanto tal. El proceso antropocéntrico culmina así en una actitud que entronca con el antiteísmo postulativo, para el que Dios es el ser que no debe existir y que en todo caso debe ser rechazado.

El radical antropocentrismo en que se consumó el proceso de la modernidad separada de Dios ejerció su máxima influencia

sobre la conciencia contemporánea a través de un nuevo sentido u orientación. Aquel que se expresa en el marxismo, frente a la atribución especulativa de un carácter divino a la humanidad en su esencia universal, afirmando que no se trata ya de conocer la realidad, sino de transformarla.

La autorrealización del hombre como lo supremo se ejercita en todas las dimensiones privadas y públicas de la vida contemporánea, con inspiración marxista o pragmatista, en cuanto se desenvuelve como un vivir constituido desde sí mismo por la primacía de la *praxis* humana.

«En el principio era la acción»

Al plantearse la pregunta sobre las relaciones entre la prudencia y la sabiduría, sostiene Aristóteles que sólo podría atribuirse a la prudencia el primado sobre la sabiduría si se afirmase que el hombre ocupa el primer lugar en el universo del ente. Fundamenta así que la virtud de la razón práctica, que gobierna la acción en el orden al fin humano, tenga que regirse por el supremo saber contemplativo, el que conoce en sí mismo el fin y bien.

«En el principio era la acción» hace decir Goethe al Doctor Fausto. Al poner la acción humana como fundamento creador de sentido del universo y de la vida hace patente su disponibilidad para el pacto mefistofélico.

El hombre fáustico busca la sabiduría, pero rehúye la contemplación que retendría y aniquilaría su vida, y se rebela contra la paciencia y el don de la verdad. Si el hombre moderno prefiere con Lessing la «mano izquierda» que le ofrece la búsqueda y el anhelo, y no acepta la riqueza de la verdad venida de la «mano derecha» divina, es porque quiere sentir el goce creador de una acción sin otro objeto que el ejercicio mismo de la libre creatividad.

Las múltiples expresiones literarias o filosóficas, pedagógicas y políticas, de este primado de la acción y de la voluntad, no hacen sino traducir conceptualmente actitudes que, desde la época romántica, vienen a constituir tal vez la más seductora y profunda tentación de cuantas nos arrastran engañosamente fuera del orden y de la concepción cristiana del mundo.

Para la secular sabiduría cristiana el «deber ser» incondicionado se fundaba y constituía desde la destinación del hombre a su fin último trascendente a su finitud. La Bondad eterna e infinita, el amor que Dios es, se nos propone por la fe para ser recibido y abrazado en contemplación y amor eterno. Por esto advertía santo Tomás que el bien divino, en orden al cual se pone en tensión por la caridad el íntegro dinamismo de la vida cristiana, no es objeto de entendimiento práctico, sino el supremo fin saciativo y beatificante para la mente contemplativa.

Y toda la obligatoriedad de la ley se funda en la necesidad del fin a que se ordena. En el plano mismo de la *syndéresis* natural la conciencia de deber presupone la fundamentación del bien ético en el «verdadero bien» ontológico. Por esto una ética de fines da por supuesta la sumisión del hombre a un orden universal que le trasciende y le llama con exigencias absolutas de las que no es él mismo fundamento ni autor. La libertad del hombre se constituye desde esta destinación natural a un fin entitativo y «verdadero».

Aunque todavía el formalismo de la ética autónoma de Kant mantuvo como postulado práctico la idea de Dios y el alma espiritual e inmortal, la primacía de la razón práctica que se afirmaba para huir del carácter heterónomo del imperativo moral ex-

presaba un hecho nuevo en la historia del mundo cristiano, que tenía, no obstante, sus precedentes en las posiciones éticas racionalistas: ya no eran los «libertinos» los que se enfrentaban a la fe revelada; por el contrario, se podía ya ser no creyente en la fe sobrenatural y positiva, porque se era «honesto» y en virtud de la misma fe moral. En el mejor de los casos se vino a negar importancia teórica al contenido de la fe, para reducir la fuerza de lo religioso a la profundidad del sentimiento.

La religiosidad romántica que va de Schleiermacher al modernismo en todas sus fases, no ha hecho sino reforzar el impacto deletéreo de los pragmatismos. Una misma actitud en el fondo alienta la fe en la creatividad fundante y originaria de la acción humana. La roca firme de Dios eterno no sería sino el obstáculo supremo, una «naturaleza» no-yo, algo absoluto «en-sí», que no podría ser ya estímulo a superar, sino condición y límite supremo de la libertad y de la *praxis* del hombre.

El postulado antiteísta de una moral que, en virtud de su radical antropocentrismo, ha de negar toda esencia o valor anteriores al ejercicio de la libre opción, no se ha formulado en toda su crudeza sino en contados casos. Lo que interesa, sin embargo, es advertir el impacto en una filosofía no de sentido académico sino «mundano», y que ha consistido mucho más en una penetración «práctica» que en una difusión literaria o conceptual.

Las ilusiones de la autenticidad y la autorrealización, la creatividad y originalidad radicales, debilitan máximamente la capacidad de comprensión del mensaje de la fe. Todo profesor de teología que ha visto discutir el interés actual y práctico, la conciencia para la vida y para la eficacia, de los tratados dogmáticos trinitarios y cristológicos, puede dar testimonio de lo que queremos sugerir.

Si esto es así en quienes viven insertos en las instituciones eclesiales, el hecho acaece cotidianamente afectando todos los sentimientos e ideas del hombre masificado de nuestros días.

El prestigio de la investigación científica conseguido en la rápida transformación del horizonte vital de quienes estamos ya inmersos en un mundo «creado por los hombres», que oculta y aún presenta como triviales y primitivas las dimensiones del universo natural o del que es herencia de la técnica y el arte de anteriores generaciones, parece conmovir las esencias y el sentido de las cosas y del hombre mismo, e invita con enérgico desafío a la lucha por la vida y a la vertiginosa carrera de llegar a hacerse algo por sí mismo.

Tendemos así a apoyarnos en nosotros y a no afirmarnos más que desde nuestra propia autorrealización. Pero es aquí precisamente donde la constitutiva destinación del hombre a no hallar el sentido de su vida sino en una felicidad que le trasciende y exige la ordenación a ella de su entero dinamismo se pone de manifiesto en una situación límite en la que se halla hoy el hombre, en proporción a su progreso y dominio técnico sobre la naturaleza.

La *praxis* humana no puede ser el lugar originario de su propio valor y sentido. La voluntad y la acción carecen de consistencia si no se reconoce que una «voluntad constituyente» está impresa en la naturaleza del hombre y entitativamente la destina, con anterioridad radical a toda opción, hacia fines existentes en el universo real y en el fundamento último del hombre y del universo. Es decir, la *praxis* en cuanto tal no se pone en movimiento sino supuesto el hombre ya constituido en su posibilidad radical como sujeto libre y activo.

Y en verdad la afirmación especulativa de la primacía de la acción, y la entrega práctica a la búsqueda de un sentido de la

vida que fuese independiente de todo valor o fin anteriores al ejercicio de la libertad, no han hecho sino lanzar al hombre culto de la modernidad a un círculo en el que la misma dimensión ética viene a ser olvidada en su esencia, para ser asumida sólo como eficacia técnica a través del desarrollo, por la educación científica, de las posibilidades creadoras entendidas como capacidades de dominio y de producción.

El hombre movilizado como servidor de la eficacia técnica

La primacía de la voluntad y de la acción deforma antropocéntricamente aquella esencial dimensión de la vida cristiana que la discierne de cualquier frío y orgulloso intelectualismo teórico: si poseyese toda la ciencia y conociese todos los misterios, si no tuviese caridad nada soy. La secularización, de espaldas al don del amor de Dios, del imperativo de que la fe obre por la caridad, explica la fuerza, desintegradora del orden cristiano, de los voluntarismos y pragmatismos.

Pero esta misma desviación antropocéntrica del dinamismo práctico, del que desaparece con la contemplación «final», también el amor, convierte el «dominar la tierra» bíblico, ejercicio por el hombre de un aspecto esencial de su carácter de imagen de Dios, en el babélico esfuerzo de dominio autónomo y cerrado a la trascendencia, que pretende su reinado exclusivo y soberano sobre el mundo.

Un nuevo concepto del saber alentó desde la *scienza nuova*, y ya decisivamente en el empirismo de Bacon de Verulan, las progresivas conquistas del hombre moderno. Se trata de un saber del que ha desaparecido toda finalidad contemplativa y, por ello, todo orden a la aceptación de aquel «amor que mueve al sol y a las estrellas», cuyo gusto tuvieron los medievales. Hay que saber, para dominar la naturaleza.

Y para dominarla, obedecerla. La praxis humana, ya desde entonces radicalmente transformada en técnica, tiene que reconocer desde su punto de partida fuerzas y leyes naturales. Pero la preocupación de inmediatez, que se tradujo en la vigencia de una noética empirista, lleva al abandono de cualquier consideración de un orden esencial. No se atiende ya más que a las reglas constantes de conexión de los hechos, cuyo conocimiento posibilite la previsión, el proyecto y la planificación.

Desde las primeras fases de la filosofía moderna se recorre así, en el orden de la fundamentación de la ciencia, el destino por el que ha avanzado cada vez con mayor universalidad la cultura occidental; hasta culminar en la hegemonía planetaria de su ciencia tecnificada sobre todas las dimensiones de la vida contemporánea.

La revolución industrial y la revolución política de signo positivista dieron a la vida social el dinamismo y orientación que condicionan todavía hoy su sentido. El empirismo gnoseológico, la concepción materialista del mundo y la ética utilitarista se implican y autofundamentan. Se cierra un círculo en el que el único proyecto que puede constituirse en fin de la acción humana es el desarrollo y progreso económico y técnico.

Las guerras mundiales y la fuerza creciente de la antítesis marxista han situado a la sociedad occidental, regida por aquel progresismo, ante una crisis cuya trágica paradoja se manifiesta en un fenómeno desconcertante: las mismas corrientes y movimientos de rebeldía en que se consuma la esperanza ilusoria en la omnipotencia de la técnica, y que exigen en su nombre «el final de la utopía», estallan contra el sistema opresivo estableci-

do por la hegemonía de lo técnico sobre las estructuras y el ambiente de la sociedad moderna.

La tecnocracia viene a definir en sentido muy esencial el impulso directivo de nuestra vida. Porque el antropocentrismo, ejercido en la primacía de la acción transformada en eficacia técnica, impone la necesidad —según ha puesto en claro el agudo análisis heideggeriano— de que la voluntad de poder se identifique con el instinto calculador que somete la libertad humana y transforma el animal racional en mano de obra o equipo de trabajo al servicio del consumo del ente. Cuando ya el ente ha perdido todo otro sentido que no sea el de estar destinado a ser desgastado por la planificada voluntad de dominio.

Del obedecer para dominar, y como cogido de nuestras propias redes, hemos caído en servidumbre respecto al mecanismo de nuestras propias planificaciones y proyectos.

Para la propaganda de la política o de la guerra total, o para la que asume la tarea de producir en serie, la opinión democrática, la opción política y su expresión está condicionada al asesoramiento del reflexólogo o del psicólogo conductista. El acierto en el ritmo de un *slogan* o en la sugerencia que en el mecanismo de asociación de imágenes puede tener un gesto o una frase lanzada a través de los grandes medios de comunicación de masas pueden representar millones de votos para la designación de los más influyentes poderes en el mundo de hoy.

La acción humana tecnificada, desarraigada de toda orientación a lo eterno por el impulso de autorrealización del hombre como lo absoluto y supremo, consuma en la vida colectiva la caída de la libertad y mismidad en la dependencia respecto de lo anónimo y lo público.

Resulta coherente que en este «mundo feliz» se disperse y pierda la intimidad personal, por cuanto el presupuesto profundo que sostiene la negación de la apertura de la finitud y subjetividad humana hacia lo eterno y divino implica de raíz el desconocimiento del libre albedrío como atributo de la esencia del hombre, en que se despliega su acción, desde la perspectiva de la fe cristiana, como espíritu e imagen de Dios.

La paradoja del espíritu liberal

Ninguna demasía y exageración hay en el reconocer que la humanidad de hoy ha accedido a madurez y plenitud apenas entrevistas en anteriores siglos, y que el progreso, a pesar y a través de sus trágicas crisis, ha llevado a la exigencia de realizar algunas de las posibilidades más profundamente constitutivas de la existencia humana.

Las concepciones de filosofía de la historia que han querido establecer la tesis de la decadencia como el sino fatal de nuestra cultura habrían de olvidar que en el Occidente postrevolucionario ha alcanzado su plenitud una dimensión esencial de lo humano en cuanto tal: la conciencia histórica. Esto equivale a decir: la toma de conciencia de la libertad como formadora de sentidos y estructuras del espíritu objetivo en su devenir temporal.

Bastaría esta maduración de la toma de conciencia histórica para justificar la aplicación a nuestro mundo contemporáneo de una afirmación misteriosa y espléndidamente «humanista» de san Agustín. Después de haber definido la ciudad terrena como originada por el amor del hombre a sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios, que le enfrenta a la ciudad celeste, advierte que «no es acertado decir que los bienes que desea la ciudad

terrena no son bienes, puesto que ella misma es tanto mayor bien, cuando mejor sea en el orden de lo humano».

Si, orientados por la sugerencia agustiniana, nos libramos de todo maniqueísmo, podremos comprender que los males de nuestro tiempo no son sino privaciones de orden e integridad, ausencia de orientación hacia Dios. Por lo mismo, y puesto que el mal no es eficaz y operante sino por virtud del bien que corrompe y en el que radica, admitiremos sin escándalo, con el papa Juan XXIII, que el progreso mismo haya sido la fuerza que ha transformado el olvido de Dios de hecho individual en fenómeno universalmente difundido en la conciencia social. Todavía Balmes pensaba que, mientras el individuo puede ser ateo, la familia y la sociedad no lo serán jamás. Pero el desarrollo técnico y económico, que opera universal e inmediatamente sobre la sensibilidad del hombre, ha sido el factor eficaz en la «diversión» respecto del eterno y final destino en Dios.

Precisamente el llamamiento de la ciudad celeste a este mundo muestra en esto su congruencia: los bienes que busca la ciudad terrena se invierten y desintegran por la privación de su orden a Dios. El cerrarse de la finitud sobre sí misma no sólo impide que se consume la indigencia de apertura a lo absoluto e infinito, sino que corrompe y deshace los elementos más nucleares del bien en el orden de las cosas humanas. La autodivinización de lo humano, que ha enfrentado al hombre moderno a la trascendencia y personalidad de Dios, ha tenido su impulso nuclear en la voluntad de autoafirmación como sujeto libre y creador. Pero el enfrentamiento a la trascendencia se ha consumado en la negación teórica y práctica de aquella libertad.

De los dirigentes más exaltados del liberalismo español comentó con extrañeza Menéndez Pelayo que su ardiente amor a la libertad contrastaba con un pensamiento filosófico crasamente materialista. No hay fundamento para la extrañeza del insigne polígrafo, que podría compararse con la que se sintiera ante el hecho de que «todos los niños de Francia» sepan hablar francés. Los grandes dirigentes, los representantes más geniales del espíritu liberal, han profesado siempre filosofías incompatibles con la afirmación, espiritualista y teocéntrica «agustiniana», del libre albedrío.

La corriente central de la Ilustración del siglo XVIII, la que nutrió la fuerza de las revoluciones que dieron nacimiento al contemporáneo Occidente liberal, se explica sólo desde la poderosa influencia de la filosofía íntegramente naturalista de Spinoza. Su monismo subyace como fundamento oculto, pese a las transformaciones «espiritualizantes» y dialécticas, en los grandes sistemas del idealismo alemán, o en la visión del mundo de Goethe. Es su implicación en la filosofía hegeliana la que posibilita la «puesta sobre los pies» marxista de la dialéctica, en la que de nuevo el entendimiento formador de ideas aparece como *natura naturata*, o según la nueva terminología, como determinado por la realidad de las fuerzas materiales.

La divinización de la materia sigue presidiendo todos los paralelismos psicofísicos, y también las antropologías implicadas en las más difundidas escuelas de psicoanálisis. Si oímos hablar de «mentalidad liberal», no debemos nunca olvidar la hegemónica fuerza de las doctrinas «conductistas», para las que el concepto tradicional del libre albedrío se explica cómo una laguna en el conocimiento científico de las conexiones necesarias entre estímulos y respuestas.

Esta trágica paradoja del espíritu liberal puede ser comprendida únicamente si no se quiere ignorar la intención que orientó sus primeras y más influyentes formulaciones. Esta intención se

hace patente si contrastamos hoy los fundamentos de la enseñanza de Juan XXIII en la *Pacem in terris* sobre el derecho al libre ejercicio de la religión, con la doctrina spinoziana expuesta en el *Tractatus theologico-politicus*, la más profunda y originaria fuente del pensamiento liberal de la Ilustración.

Para el magisterio pontificio se trata del derecho a ejercitar el deber de religión según la propia conciencia, que, en virtud de su constitutiva religación a Dios, es libre frente a las potestades humanas. Para Spinoza: «los que poseen el imperio supremo son los intérpretes no sólo del derecho civil sino también del sagrado; y sólo ellos tienen el derecho de discernir qué sea lo justo, y qué lo injusto, qué lo piadoso y qué lo impío; de aquí se concluye que podrán conservar este derecho del mejor modo y el Estado en seguridad, sólo si conceden que cada uno sienta lo que quiera y diga lo que siente».

Con acierto magistral advirtió León XIII en la *Libertas* que las libertades de conciencia, culto y pensamiento propugnadas por el liberalismo eran la puesta en práctica en lo social y político de la emancipación naturalista del hombre respecto a Dios.

Pero esta liberación frente a la trascendencia, que lo es también respecto a la conciencia de culpa y de responsabilidad, tenía su fundamento doctrinal en una filosofía que niega la subsistencia personal del individuo humano.

Para liberarse de la religación y del orden a una trascendencia infinita y eterna hubo que realizar en el plano del pensamiento el suicidio del hombre como sujeto libre, como espíritu creado a imagen y semejanza de Dios.

Autenticismo y despersonalización

«Cualquiera ve que la mente no es corpórea, y que es substancia», escribió san Agustín. La metafísica del espíritu hipostático y personal, imagen del Dios viviente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, legada al pensamiento cristiano medieval, y todavía transmitida al Occidente postrenacentista por el cartesianismo, seguiría siendo la única base que podría dar coherencia a la aspiración humanística de la modernidad: dignidad y derechos naturales de la persona, igualdad de todos los hombres, y exigencia de aquél respecto al hombre como fin y no como medio de que habló Manuel Kant.

Pero las orientaciones del pensamiento que han pesado sobre el dinamismo cultural y político europeo y han regido los ideales sociales y el sentido de la educación y de la vida comueven de raíz aquel concepto del hombre como ser personal y libre.

Por los diversos tipos de materialismo, de Hobbes a Marx pasando por la Enciclopedia, y por las gnoseologías empiristas que inspiraron el liberalismo inglés; por el monismo naturalista y posteriormente por el criticismo y el idealismo alemán, desde muy diversos supuestos doctrinales se ha persistido en negar la unidad entitativa del hombre como sujeto personal.

Los malentendidos, fundados en la necesidad de «descosificar» la persona o de liberarse de este término y concepto al pensar en el ser del hombre, se radicalizaron en las corrientes antropológicas más influyentes en nuestro siglo. Y así nos hemos encontrado con que al tiempo que la existencia auténtica se situaba como tema de primer plano se hundían las bases para una posible caracterización de la unidad y mismidad del hombre.

No alcanza a escamotear este oscurecimiento de la conciencia personal el convencionalismo de nuestro lenguaje literario y

político proyectado sobre una eticidad de horizonte culturalista y sociológico; lenguaje cargado de la exigente indignación moral que es la dimensión más característica tal vez de la mentalidad revolucionaria moderna.

Porque la hipócrita escisión entre la razón práctica y el saber teórico sobre el fundamento último de la realidad ha llevado al hombre moderno a emprender el intento de liberarse del sentido del mérito y del demérito ante Dios, del pecado personal y de la necesidad de la gracia y de la Redención —a través de «nuevas astrologías» deterministas—, a la vez que proyectaba su orgullosa actitud moralizante contra instituciones y clases sociales, tradiciones del pasado, estilos y criterios establecidos, estructuras superadas, naciones, culturas o partidos políticos.

Pero, así como la «engañifa del monismo» de que habló Unamuno es un sucedáneo inadecuado para el hambre de inmortalidad personal arraigada en el corazón del hombre, así la eticidad que tiene como presupuesto un determinismo dialéctico o positivista es incapaz de fructificar en la serenidad interior, la sencillez y el confiado gozo, que podrías hallarse sólo en la humildad cristiana y en la aceptación de la gracia redentora.

Aquel suicidio ontológico del hombre deja sin sentido la vida personal. De aquí el dramatismo y la tensión, la pseudo-profética energía que alienta las tareas educativas, los reformismos y progresismos sociales que intentan suplantar las esperanzas proporcionadas a la vocación divina y eterna del hombre por redenciones inmanentes «según los elementos del mundo» y por el esfuerzo de hallar una satisfacción absoluta en los proyectos del futuro, en el propio advenir temporal e histórico.

Escatologías y esperanzas terrenas

Federico Engels, en un estremecedor pasaje de su *Dialéctica de la naturaleza*, con lenguaje que revela el entronque heraclítico del materialismo dialéctico marxista, nos habla de los ciclos en que se despliega en eterno retorno el movimiento de las fuerzas materiales.

Ante ellos la historia humana y geológica no es sino un breve instante. Nada permanece, más que la materia eterna y las leyes en su incesante devenir, que imponen férreamente la necesidad de la destrucción también de lo que representa el supremo florecer de la materia: la conciencia y el espíritu. Pero esta misma férrea necesidad, nos dice Engels alentándonos a la esperanza, nos asegura su resurgir en otros planetas, en otros sistemas y constelaciones en el seno del universo infinito y eterno.

Y el propio Carlos Marx, nada menos que en el prefacio de *El capital*, nos advierte que sus apasionadas diatribas contra los burgueses y capitalistas, indispensables para la crítica de la economía política y la acción revolucionaria, no han de hacernos olvidar que los burgueses no son sino personificaciones de las fuerzas materiales que en su choque cumplen inexorablemente un destino dialécticamente determinado.

El marxismo representa en esto la culminación doctrinal de aquel proceso de absolutización de lo inmanente en que sucumbe todo reconocimiento de la libre personalidad del individuo humano. Y, no obstante, también en él se consume aquella misteriosa dimensión del espíritu moderno que señaló Voegelin al definirlo como secularización y racionalización de las escatologías milenaristas y de las redenciones gnóstico-maniqueas.

El impacto del marxismo sobre la conciencia de nuestros

días no podría explicarse sólo desde su dimensión filosófica de hegelianismo de izquierda; es decir, en cuanto prolonga, en una nueva fase de la filosofía del devenir universal, una concepción monista del mundo. Muchas veces se ha notado la inconfundible herencia profética y mesiánica que alienta, bajo las apariencias científicas y filosóficas, en el mensaje revolucionario y marxista.

El proletariado es el nuevo pueblo escogido, enfrenteado a la burguesía, la nueva gentilidad. La revolución es el juicio de las naciones. La sociedad sin clases, síntesis final en el horizonte histórico, sustituye el «milenio» de los ebionitas. Pero hay que recordar que este mismo esquema había regido ya en momentos anteriores, cuando la burguesía representaba frente a la aristocracia el elemento redentor y escogido, el que llevaba en sí la luz y la libertad. Y condiciona de nuevo hoy los movimientos de rebeldía en los que el «conflicto de generaciones» constituye el nuevo advenimiento mesiánico: los «jóvenes» nos redimen del anquilosamiento y putrefacción de los «mayores», los instalados en lo establecido.

Esta escatología inmanente inspira la idolatría de los tiempos nuevos que conmueve tan profundamente desde sus bases la visión cristiana y el contenido dogmático de la fe en la conciencia contemporánea.

Es obvio, no obstante, que el torbellino que arrastra la cronolatría, cada vez más ampliamente difundida desde el Humanismo y la Ilustración, devora sucesivamente sus propios ídolos. La aceleración de la historia, en que se ejercita su triunfo, no hace sino más inestable y desalentador el culto del hombre, en el que hay que quemar cada vez con mayor rapidez lo que poco antes se adoró.

En verdad, el anhelo de ser feliz personalmente, que constituye el dinamismo central, la voluntad constituyente del hombre como sujeto activo, así como no puede descansar en su inmersión en la impersonal unidad desoladora de un universo en el que con la muerte de Dios ha muerto también el hombre como persona, tampoco puede descansar, a pretexto de engañosos altruismos, en la «procesión de fantasmas» de las generaciones que tienden al mundo futuro justo y feliz.

Soledad en la socialización

La eticidad de las redenciones inmanentes desintegra y «reduce» el sentido auténtico del amor. El dinamismo de comunicación y don de la plenitud de una vida espiritual y personal queda radicalmente imposibilitado; y hay que buscar un sucedáneo en la unidad para la lucha impulsada por la indignación moral en que fructifica el «resentimiento».

Al removerse, teórica y prácticamente, la idea cristiana del hombre, imagen de Dios, llamado a la filiación divina, el término *amor* ha venido a perder su sentido para invertirse y no ser sino lema de combate.

Vindican con airada tensión igualdades de derechos y claman indignamente contra discriminaciones por la raza, la nación, la edad, el sexo o la confesión religiosa, quienes no distinguen ontológicamente el hombre de la naturaleza y sólo ven en él un superior nivel de progreso evolutivo que se consume en la técnica y en la cultura.

Prolongando sugerencias de Max Scheler, podría decirse que el «amor» socialista, más que «horizontal» o antropocéntrico, es un impulso de unión contra las potestades o valores que en algu-

na línea aparezcan como en un orden más elevado. Por esto el «amor», en este contexto ideológico y social, juega siempre como estímulo y factor de oposición y se enfrenta a aquel acatamiento a lo superior de que habló el Apóstol en la carta a los romanos.

Elemento de la lucha por el poder, tal «amor» se impulsa siempre de un modo u otro desde la «providencia del hombre» que es el Estado, y a través de las tensiones antitéticas entre lo «establecido» y lo que «se opone». Quedamos así inmersos en lo público y anónimo, y perdidos en la soledad mientras se acelera el ritmo del proceso socializante. Nos sentimos solos, e incluso decimos querer estarlo: «el infierno son los otros».

Porque la rebeldía, anonadante de lo que es en-sí, que define la libertad para el existencialismo antiteístico, siente la mirada del prójimo como objetivadora supresión de la autenticidad de lo «para-sí», del sujeto libre. Al mirarme me cosifican. De aquí que el antiteísmo postulativo tiene su razón más intrínseca para que «no deba ser» Dios, en el hecho de que sería el «inspector» supremo. Si estamos desnudos y patentes ante sus ojos, hasta lo más medular de nuestro espíritu, hemos de rebelarnos ante la más plenaria personificación de la autoridad.

La anarquizante rebeldía expresada en el «prohibido prohibir» de la revolución universitaria sentiría la providencia paterna y regia de Dios como la absolutización de todas las opresiones.

Estamos una vez más en un juego dialéctico en que la antítesis triunfa porque se enfrenta contra una tesis en la que pesa toda la aplastante opresión de un monismo unívocamente pensado. Porque en este caso el honor de Dios queda comprometido por la carga de lo que en la vida política moderna había sido ya edificado precisamente también con sentido antiteocrático.

A las amargas razones del corazón del ateísmo que se arraiga como en sentimiento fundamental en la náusea ante lo existente y culmina en la rebelión ante lo concebido como supremo «en-sí y para-sí», contemplador infinito que nos aplasta con su mirada, podría replicarse con la pregunta sobre el sentido que podría tener la vida de un hombre hipotético que definiésemos como «aquel a quien nadie miró». Si este personaje hallase su autor tendríamos el protagonista de la narración más estremecedora entre las más trágicas expresiones literarias del existencialismo del absurdo.

Y, no obstante, tal vez participan de aquella imaginaria tragedia quienes entre los jóvenes de hoy son vanguardia y fuerza de choque de las fuerzas desintegradoras. Cuando se trata de justificar y explicar el fenómeno de la revolución de la juventud y el conflicto de generaciones se olvidan a veces dos aspectos decisivos del problema. Estamos ante la primera promoción, probablemente, que no se siente ya amparada en su vida por la mirada paterna de un Dios personal; y a la que ha faltado, más que a ninguna de las anteriores, y especialmente en los más altos sectores sociales de nuestro mundo industrializado y urbano, la vigilante «represión» del amoroso mirar de sus padres.

Los hombres de esta generación, a quienes se ha defraudado por una parte lo que durante siglos no faltó en épocas de menores posibilidades y de menos profunda conciencia histórica, son empujados, por otra parte, a la rebeldía contra la tradición y la autoridad por las fuerzas que luchan al servicio de la voluntad de poder. Porque el tema de nuestro tiempo es esta crítica implacable contra toda autoridad y superioridad establecidas, es congruente la fructificación de aquella lucha en el uniforme y obligado «no conformismo» en que parece consistir el imperativo incondicionado de nuestro tiempo.

Precisamente por esto, esta juventud, víctima del desamor y de la violencia del odio, podría sentirse expresada, en un plano más profundo que el de los tópicos que le reconocen las motivaciones de su rebeldía impuesta y sugerida, en la airada reacción del príncipe Segismundo: «acciones vanas, querer que tenga yo respeto a canas... porque aún no estoy vengado, del modo injusto con que me has criado».

El desengaño del pacifismo. El mensaje de la paz de Cristo

En un horizonte de universalidad planetaria, el dinamismo social del mundo culturalmente unificado en su absorción por el Occidente cristiano y apóstata, patentiza que el mal no es operante sino por virtud del bien. En el fondo de las tendencias que enfrentan a los hombres de nuestra generación al mensaje sobrenatural de la fe late todavía, deformado y reducido por el inmanentismo y la cerrazón de la finitud, un llamamiento cristiano, sagrado y divinizante.

La máxima fuerza desintegradora del orden cristiano, la que suplanta y se opone al Evangelio, consiste en el atractivo de ideales desviados en sentido antropocéntrico y antiteístico, pero cuya presencia y dinamismo histórico sólo puede explicarse a modo de testimonio ante todas las naciones del mensaje de la esperanza mesiánica.

Justicia y paz. Estos anhelos agitan movimientos de rebeldía implacable, de ciega injusticia, sostienen inquietudes y tensiones que son estímulo de la permanente inestabilidad de una época que fue caracterizada con acierto como la del pacifismo y las guerras mundiales.

En todas las esferas de la sociabilidad humana, desde la doméstica hasta la internacional, y en la intimidad de nuestra vida personal, se revela como el argumento del acontecer diario aquel que fue anunciado, a la entrada de nuestra época histórica, en el extraordinario documento que es la *Ubi arcano* de Pío XI: *La paz que el mundo anhela, la justicia que exige, sólo en el Reino de Cristo puede obtenerla*.

Sería engañoso entender esta actualidad y adecuación del ideal del Reino de Cristo para nuestro tiempo, cual si pudiéramos esperar que se le acepte con fácil popularidad; o que sintone cómodamente con la sensibilidad masificada por la propaganda, vertida hedonísticamente hacia lo inmediato, o torturada por la soberbia y endurecida rebeldía de los justicialismos y pacifismos «mundanos».

Este malentendido llevaría a confundir con la eficacia y fructificación del apostolado cristiano y de la *consecratio mundi* los éxitos equívocos que se apoyan en tácticas de adulación, instrumento de influencias de grupo o de secta, que ponen a su servicio las energías cristianas, a las que deforman por la renuncia al escándalo de la Cruz. En este tipo de éxito, con el que triunfan hoy las nuevas gnosis pseudocristianas y las teologías «modernistas», el apóstol y el dirigente cristiano sucumben en el fondo a aquellas tentaciones que planteó Satanás en el desierto al ofrecer a Jesús el dominio sobre todos los reinos del mundo.

No afirmamos con seductor naturalismo que la espiritualidad y doctrina del Reino de Cristo por su Corazón se armonice con el sentir de los amadores del mundo de nuestro humanismo secular. Tenemos que reconocer, por el contrario, la estridencia y la tragedia inevitable del choque y de la hostilidad. Pero debemos arraigarnos en la convicción de la oportunidad y armonía

del evangelio del Amor misericordioso, que llama al acatamiento de la soberanía de Dios respecto de las necesidades y aspiraciones de la humanidad frustrada en su desarrollo y progreso, y fracasada en sus esperanzas terrenas, en la medida en que se cierra y vuelve de espaldas a lo único que podría traerle la paz.

La espiritualidad del Corazón de Cristo propone con divina simplicidad y autenticidad el mensaje de salvación. Cuando se plantea el problema de la actual situación humana y de la puesta al día de la pastoral y de la vida cristiana, hay que advertir siempre la unilateralidad de las deformadas concepciones teológicas que escinden el misterio con el intento de satisfacer por modo fácil e inmediato exigencias surgidas a partir de tensiones y antítesis.

Lo carismático frente a lo jurídico; lo histórico y social frente a lo eterno y trascendente; el amor y la libertad frente a la ley y al acatamiento de la soberanía divina; amor horizontal y antropocéntrico frente a la caridad teologal, correspondencia al don divino; esperanza «hacia adelante» y orientada hacia el futuro, que hace olvidar lo eterno y las «cosas de arriba»; «sobrenaturalismo» que desdeña la historia de la salvación en su realidad concreta; religiosidad sin sobrenaturalismo ni trascendencia, reducida a un horizonte imanentista; cristianismo arreligioso; «Dios» no espiritual ni personal; teología sin Dios.

El éxito, publicitario y mundano, políticamente afectado, de los autores y obras representativos de aquellas corrientes, no ha de ocultar su inconsistencia y desarraigo en el verdadero sentido de la fe del pueblo de Dios. Son corrientes infecundas y esterilizantes, que, en el ámbito mismo de la doctrina, desintegran y anulan las mismas dimensiones en que pretenden insistir y apoyarse: de una teología sin Dios no puede derivar sino un personalismo sin persona humana, un evangelio social sin consumación y plenitud del reino mesiánico; una filantropía horizontal sin amor.

El culto al Corazón de Cristo es en nuestra situación histórica llamamiento a la verdad y profundidad de la fe y del amor cristianos. Y es un imperativo ineludible el anunciarlo desde la fuerza y pureza de la misma fe. Con frecuencia nuestros esfuerzos de adaptación humanista no han sido sino obstáculo y complicación. Ciertamente, todo lo humano está destinado a ser asumido y salvado por el don de la gracia, y a servir a la gracia misma como instrumento de salvación; pero sólo cabe que lo humano sea instaurado y elevado por la fuerza del propio don del Espíritu. En otro caso nuestros medios e instrumentos de «encarnación» son los que nos hacen llegar precisamente tarde «para nuestros tiempos». Es oportuno insistir en el reconocimiento de que las adaptaciones barrocas o románticas se han contado entre las dificultades de ambiente al evangelizar las riquezas del Corazón de Cristo a los hombres de nuestro siglo.

En el horizonte y perspectiva de la fe, la doctrina y espiritualidad centradas en el símbolo del Corazón de Jesucristo concretan para el hombre de hoy la síntesis que muestra el íntegro misterio de la economía redentora y la visión cristiana del universo y de la historia en unidad no escindida, superación radical de escisiones y tensiones antitéticas.

El Corazón de Cristo nos propone: la religión, como acatamiento y honor debidos a la excelencia y soberanía de Dios, fundada con el amor, unión y entrega; la dimensión teocéntrica o vertical de la vida cristiana y la efusión del amor a los hombres «como Cristo nos amó»; sin antinomia entre encarnación y escatologismo, la esperanza del Reino del Sagrado Corazón, orientando unitariamente la concepción de la historia, en marcha hacia la instauración de todas las cosas en Cristo.

Culto al Amor

«Cuando el hombre estará perfectamente sometido a Dios», dice el Doctor Angélico refiriéndose a la eterna bienaventuranza en la patria celeste. «El servir a Dios... es fin», escribe san Ignacio en los Ejercicios Espirituales: «el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor».

Este lenguaje de los grandes doctores de la espiritualidad cristiana no es sobrevivencia de una supuesta ley antigua a la que se entiende a veces antitéticamente enfrentada la nueva alianza del amor y de la filiación divina.

El Evangelio del Reino, que anuncia la final sumisión de todas las cosas a Dios Padre, no cancela la religión, el deber de justicia, fundado en la dependencia del hombre como criatura respecto de su Creador y Señor.

Pero la religión no es virtud teologal; no tiene a Dios como objeto sino sólo como término de la relación debida por parte del hombre. Obediencia a la ley, culto a la majestad divina, son relaciones de respeto que miran a Dios en su excelencia infinita y en su dominio omnipotente. Por esto la religión no deifica al hombre. El respeto y la justicia no superan la alteridad, y mantienen la distancia infinita entre Dios y su criatura.

La economía de la gracia llama a la felicidad, consumación última de nuestra perfección personal en la comunicación de la vida misma de Dios. De aquí que podamos preguntarnos en qué sentido pueda todavía el lenguaje teológico mencionar el servicio y la reverencia, la perfecta sumisión y el culto que proclama el honor de Dios, como dimensiones que se integran en el fin último del hombre.

Planteada por autores insignes, consideramos ahora esta cuestión desde nuestra concreta perspectiva y ambiente. El nexo íntimo entre religión y caridad teologal, y la posible antinomia en que podamos caer al ser incapaces de pensarlas en síntesis, nos sugiere tentaciones de rebeldía frente a la «divinidad celosa», o de exigencia de que se abduque la soberanía y omnipotencia para que no repudiamos como insoportable la ofrenda del Amor. Para el nuevo cristianismo arreligioso «Dios es Amor» significa que se da por superado el concepto de Dios omnipotente y paterno.

Pero lo que la enseñanza de la fe católica nos presenta, y precisamente lo que se concreta y simboliza en el Corazón de Cristo, es el auténtico evangelio del Reino de Dios que es Amor. El culto y la adoración, el conocimiento de alabanza en el que consiste la divina gloria es fin para nosotros, es decir, nuestro bien y perfección.

Dios crea el mundo para su gloria, lo que significa: no para utilidad y beneficio suyos, sino por efusión liberal y comunicativa del bien infinito. La gloria de Dios es la manifestación de su bondad, que constituye el fin que estamos ordenados a poseer, y en orden al cual somos llamados a semejarnos y participar a Dios mismo.

Para el ser personal finito, creado a la imagen y semejanza de Dios, y destinado a participar de su misma vida, la sujeción de culto y obediencia se exige como dimensión constitutiva de la economía sobrenatural.

Pero el culto y la obediencia que integran la religión no sumarían, en cuanto orden debido de la criatura al Creador, del siervo al Señor, la plenitud a que nos destina la dispensación del don divino. El dinamismo intelectual y voluntario del corazón —al que ha sido enviado el Espíritu de Dios— se ejercita en

te y la esperanza teologales, dirigiéndose hacia Dios mismo, al que abraza desde ahora ya la caridad, amor de correspondencia al Amor que nos invita a la vida eterna, contemplación cara a cara de Dios que es Amor.

El acatamiento y sumisión humilde, el culto a la gloria divina, no se dirigen a un Dios celoso. Son la simplicidad y autenticidad de nuestra apertura a la convivencia con Dios infinitamente bueno. La religión es exigida también por razón de correspondencia al amor. El pecado y la desobediencia a la ley son repudio y cerrazón hacia quien nos ama.

«Si me amáis guardad mis mandamientos», y la caridad es debida a quien nos amó primero y nos dio su Hijo, propiciación por nuestros pecados. El desamor es la máxima injusticia. El amor a Dios, y a nuestros hermanos desde el amor de Dios, que nos amó primero y nos exige que le amemos como Él nos ha amado, es el primer precepto de la ley.

La caridad exige la religión. Y la religión exige la caridad. A esta subjetiva e íntima vinculación de las dimensiones de justicia y amor en nuestra vida personal, corresponde la eterna y trascendente unidad del amor y la misericordia y el señorío y la justicia. El objeto del culto es lo excelente y poderoso, pero Dios es, por decirlo así, máximamente adorable y digno de ser obedecido, porque es Amor.

Lo más honorable y excelente, lo más poderoso y respetable es el amor. En el culto al Corazón de Cristo, en el que habita corporalmente la plenitud de Dios, se alaba a Dios porque es bueno y su misericordia es eterna. Y se nos llama a reparación por el pecado, al invitarnos a corresponder a su amor, a reparar la injusticia del desamor hacia quien es justo y misericordioso.

Misericordioso, porque es justo y conoce nuestra pequeñez, Dios nos envió a su Hijo, nacido de mujer, hecho en todo semejante a nosotros, para sensibilizar en su Corazón su eterno amor misericordioso. El clamor y gemido del Corazón que tanto ha amado a los hombres nos libera del riesgo de rebelarnos contra un imaginario Dios frío e indiferente «que no necesita de nosotros». La efusión del amor divino para llevarnos su gozo eterno ha querido excitarnos a compasión hacia el Hijo del Hombre, vulnerado por nuestro desamor.

Consagración y reparación, el doble elemento de culto al Corazón de Cristo conforme a la enseñanza del magisterio de la Iglesia, sintetizan amor y religión en unidad inseparable. La entrega al Amor es acatamiento a la soberanía de Dios; la reparación a la justicia es voluntad de «consolar» el Amor no correspondido.

«Como yo he amado»

Síntesis de obediencia y de comunión de vida en el amor, el mensaje del Corazón de Cristo revela también con unidad y sencillez lo que nuestras tentaciones mundanas contraponen y escinden: el amor a Dios y el amor a nuestros hermanos.

En la tensa polémica que divide los ánimos y confunde la fe de los cristianos de hoy insisten algunos exclusivamente en una «horizontalidad». La entrega del cristiano, «hombre para los demás», al servicio fraterno de su prójimo es lo «único necesario», e invalida como hipocresía y fariseísmo la religiosidad y el amor a Dios. «Quién no ama al prójimo a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve?» —insisten en recordar.

Al enfrentarse a este nuevo cristianismo antropocéntrico y

arreligioso, para vindicar la trascendencia y personalidad de Dios, y la verticalidad religiosa de la auténtica caridad cristiana, se insiste, de otra parte, en recordar polémicamente que el amor cristiano a nuestro prójimo sólo tiene fuerza y sentido «por amor de Dios».

A quienes vindican el amor horizontal e inmanente tales palabras suenan a su vez cual desprecio y falta de solidaridad hacia los hombres como tales. Les parece que el cristiano no sentiría así todo lo humano como suyo, y sería éticamente inferior a los gentiles que se sabían hombres y nada humano pensaban como ajeno. La religiosidad y teocentrismo serían olvido de la palabra profética que nos exhorta a «no despreciar jamás al que es nuestra carne».

Y en verdad que en la urgente defensa y proclamación del primer precepto de amar a Dios con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas, podría caerse en una visión sutilmente deformada que ofrecería blanco a las acusaciones formuladas por el cristianismo humanista y arreligioso frente a la ortodoxia tradicional. Porque podríamos caer, paradójicamente, a pretexto de radical teocentrismo, en el orgullo secreto de una «religiosidad» egocéntrica.

No podemos *partir de nuestro yo* y ascender «cartesianamente» a Dios para considerar después «sólo por Dios» a nuestro prójimo como digno de ser amado como nosotros mismos. Lo que en definitiva importa es tener presente que no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que en esto consiste el amor: en que Él nos amó primero a nosotros, siendo miserables y enemigos, hasta darnos a su Hijo para redención de nuestros pecados. La auténtica «verticalidad» no es farisaica ni ascendente, sino humilde aceptación del don que desciende misericordiosamente desde el amor eterno con que Dios nos ha amado.

«Desde Dios», que es amor, podemos amar al prójimo «como Él nos ha amado». Esto es amar al prójimo por Dios. No podemos «tener» la caridad teologal desde nosotros y centrada en nosotros. Somos llamados a «permanecer en el amor» que nace de Dios. No hay amor cristiano sin la fe. Por esa fe creemos en el Amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo: y si alguno no ama, no conoce a Dios, porque Dios es Amor.

La palabra del evangelista del amor nos ilumina y nos hace comprender que es en verdad impotente y engañoso el amor a los hombres que pretendiese brotar sólo del hombre mismo. Sólo la aceptación del don puede hacernos ser «para los demás», en entrega cual la de Aquel que no nos ha amado por egoísmo o indignidad, sino desde la efusión infinitamente generosa por la que Dios Padre revela en el Corazón de su Hijo los tesoros infinitos de su amor.

El Reino del Corazón de Cristo

La contemporánea apostasía de la fe cristiana, en un mundo heredero de los valores espirituales y culturales de la Cristianidad, se ha producido por la hegemónica influencia de una praxis social y política que ha suplantado las vivencias cristianas por la fuerza de un mesianismo redentor de horizonte histórico y terreno.

Ninguna de las herejías dogmáticas ni de los errores especulativos habían podido borrar tan eficazmente de la conciencia social de Occidente la fe en el Evangelio de nuestra filiación divina y el anhelo de la vida eterna en el gozo del Señor.

Por esto mismo cualquier proposición fragmentaria, o desarraigada del misterio de salvación, de una «doctrina social católica» o de un «cristianismo social» resulta insuficiente y tardía

frente al ateísmo que lleva en sí el vigor de su mesianismo antiteísta.

Se tiene en muchos casos la impresión de hallarse ante un intento defensivo y una apologética concesión, en la que el mérito y la fuerza de la iniciativa y del anhelo de justicia parecen estar de parte exclusivamente del llamamiento revolucionario anticristiano.

La máxima urgencia para la teología de nuestro tiempo radica, nos parece, en la tarea de fundamentar una interpretación teológica del sentido de la historia. Debemos convencernos en primer lugar de que la fuerza desintegradora de los errores sociales de la modernidad anticristiana consiste en aquel su carácter de reducción secularizada, gnóstico-ebionita, de la esperanza mesiánica enunciada por los dos Testamentos.

Ante una humanidad universalmente impulsada por el anhelo de conseguir en la inmanencia y en la historia la plena racionalidad de lo real y el sentido absoluto de la vida, se anunciaría estéril y fragmentariamente el mensaje del Corazón de Cristo, síntesis del evangelio del Reino, si se olvidase su constitutiva inserción en el dinamismo de anhelo y esperanza hacia el reinado del amor de Cristo sobre la universal sociedad humana.

El *sensus fidei* del pueblo cristiano, sintonizado con la liturgia, la enseñanza del Magisterio y la doctrina de los grandes apóstoles del Corazón de Cristo, en la línea que se expresó característicamente en la tarea no superada del padre Enrique Ramière, ofrecen las más preciosas posibilidades de anuncio al mundo de hoy del evangelio del Reino de Cristo.

Esta perspectiva exige el más decidido retorno a las fuentes. Hay que anunciar con el lenguaje de la Escritura y de los grandes doctores de la Encarnación, y según la letra y el espíritu de los antiguos concilios, a Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado, el Hijo de David, el Rey de Israel, el Hijo de Dios que no asumió naturaleza angélica, sino el linaje de Abraham.

El Corazón que nos patentiza a Dios que es Amor, y cuyo clamor divino y humano, espiritual y sensible, expresa en universalidad concreta el argumento de la historia entera de la humanidad, es el Hijo del Hombre, en quien Dios Padre ha querido consumir lo prometido a los Patriarcas y Profetas del pueblo que eligió para que en él fuesen bendecidas todas las naciones.

Los que hemos sido admitidos por la gracia de Cristo a la filiación de Abraham y a la dignidad israelítica somos llamados a no ignorar el misterio de la «salvación por los judíos». Es decir, precisamente por la promesa con la que Dios con gratuita misericordia, con independencia de toda obra y mérito humano, con anterioridad a toda justicia por la ley, y con soberana liberalidad frente a la grandeza y sabiduría de los hombres quiso formarse un pueblo según sus designios.

El Israel del Dios de la nueva alianza es también el pueblo de los pobres de Dios, para los que es bueno Yahwé. La satánica deformación ebionita que nutre la más tremenda tentación contemporánea no podrá, con toda la fuerza de su engaño, sustituir el anhelo de los que confían en el Dios de Israel. De los que «compadecen» el gemido de Aquel cuya tragedia, que traspasa los siglos, y por la que es contemporánea de todas las generaciones y protagonista de la historia universal, contiene en sí todos los dolores de la humillación y del sufrimiento, de la opresión y de la injusticia.

El apostolado del Corazón de Cristo Rey, simplemente ejercido en su verdad, no deformado ni minimizado por nuestra incompreensión de los designios del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, podría tener en sí el signo de «preparación de los caminos del Señor», rectificación de las sendas, por las que se colme todo valle y todo monte y collado se abaje. Porque, ejercido en aquella verdad y autenticidad, tendría más que nunca el sello y el signo del advenimiento del Reino de Dios: «la evangelización de los pobres».

RELEVO EN LA DIRECCIÓN DE «CRISTIANDAD»

Con ocasión de cumplir Francisco Canals Vidal sus setenta y cinco años, lo que ocurría el 30 de mayo del corriente, nos ha pedido él mismo, de forma insistente, que fuese relevado del cargo de Director de la revista. Había asumido esta función cuando el anterior Director, D. Fernando Serrano Misas, que durante casi cincuenta años la dirigió, nos pidió su relevo también por edad. Este mismo número de la revista está dedicado a conmemorar la tarea incansable de Canals que, además de su espléndida tarea profesional, ha dedicado su vida, en enorme medida, al servicio de la Iglesia y, muy en particular, a través de las páginas de esta su revista, en la que seguirá colaborando como siempre.

Nos corresponde ahora, por tanto, decir solamente que asume la responsabilidad de la dirección de «Cristiandad» un hombre de la casa, de la nueva generación pero ya veterano pues, desde 1960, colabora en la redacción de la revista. Josep M^º Mundet Gifre es perio-

distista titulado, autor de varios libros, y de dilatada experiencia en el mundo editorial. En los últimos años ejercía ya de redactor jefe y puede decirse que, desde entonces, la revista ha salido con el esmero que Mundet le ha sabido imprimir, fruto tanto de su gusto y experiencia como de su gran dedicación. Ninguna novedad, pues, en la revista, pero al mismo tiempo un relevo generacional que manifiesta la vitalidad que, gracias a Dios, posee «Cristiandad». En este primer año del triduo preparatorio del jubileo del año 2000 pedimos al Dios encarnado, Jesucristo, que sepamos todos los redactores ser fieles al ideal programático de esta ya más que cincuentenaria revista, que pretende, al tratar cualquier tema, «*plura ut unum*», difundir el ideal y la esperanza cierta del Reino social del Sagrado Corazón de Jesús en el mundo.

El Patronato de la
«Fundació Ramon Orlandis i Despuig»